

Teología y Pastoral para América Latina

Vol. XXXIII / No. 131 / Septiembre 2007

**Perspectivas Teológicas
de Aparecida**

medellín

medellín

Teología y Pastoral para América Latina
Revista Trimestral Fundada en 1975

<u>Director</u>	Leonidas Ortiz Lozada, pbro. Rector del Itopal
<u>Secretario y Suscripciones</u>	Luis Guillermo Pineda Asistente Administración ITEPAL
<u>Consejo Editorial</u>	Mons. Carlos Aguiar Retes (México) Mons. Ricardo Cuéllar Romo (México) Mons. Guillermo Melguizo Yepes (Colombia) Mons. Cristian Precht Bañados (Chile) Padre Víctor Manuel Ruano Pineda (Guatemala) Padre Mario de França Miranda (Brasil)

Nota: El Autor de cada artículo de esta publicación asume la responsabilidad de las opiniones que expresa.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN para el año de 2007

COLOMBIA: \$ 50.000,00
AMÉRICA LATINA: US\$ 60,00
ASIA Y ÁFRICA: US\$ 65,00
EUROPA Y AMÉRICA DEL NORTE: US\$ 75,00

Forma de Pago a la Administración de la Revista

COLOMBIA: Cheque en pesos colombianos a nombre del CELAM.
Consignación en las cuentas bancarias: BBVA 0013-0019-91-0200374487;
Colmena: 0102500068995; Las Villas: 01713043-6 (todas a nombre de CELAM)
OTROS PAÍSES: Cheque en dólares americanos sobre Banco de Estados Unidos a favor del CELAM.
Efectivo ó giro postal en dólares americanos.
En cualquier caso favor enviar la constancia de la transacción a:

INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA - ITEPAL

Avenida Boyacá No. 169D-75 / A.A. 253353
Tels.: (57-1) 667 0050 - 667 0110 - 667 0120
Fax: (57-1) 677 6521 / E-mail: itepal@celam.org
Bogotá D.C. - COLOMBIA

©

Edición No. 131 - 2000 ejemplares - 2007
ISSN 0121-4977

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano son una experiencia única en la Iglesia Católica, una modalidad institucional singular de ejercicio de la comunión y colaboración del episcopado de este Continente con el Sucesor de Pedro. Los documentos emanados de las Conferencias Generales han sido muy valorados por la Iglesia universal. El Papa Benedicto XVI le expresó claramente a la Presidencia de la V Conferencia, en el momento en que ésta le entregaba el texto final, que la autorización que concedería a la publicación del documento conclusivo era un signo de aprecio al magisterio episcopal latinoamericano y caribeño¹.

En la carta de autorización, el Papa expresa su reconocimiento por “el amor a Cristo y a la Iglesia, y por el espíritu de comunión que ha caracterizado dicha Conferencia General”; y destaca que este documento debe ser “luz y aliento para una fecunda labor pastoral y evangelizadora en los años venideros”. De las orientaciones pastorales del Documento, el Santo Padre hace énfasis en la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia; en la santificación del Día del Señor; en la formación cristiana de los fieles en general y de los agentes de pastoral en particular; y en la Misión de nivel continental “que las Conferencias Episcopales y cada diócesis están llamadas a estudiar y llevar a cabo, convocando para ello a todas las fuerzas vivas, de modo que caminando desde Cristo se busque su rostro”.

Después de haber superado la etapa de las primeras impresiones sobre Aparecida, incluyendo el desconcierto de muchos sectores eclesiales por los cambios coyunturales a algunos temas puntuales del documento presentado al Santo Padre, ya se comienzan a publicar estudios de mayor profundidad, los cuales destacan el enfoque global y las líneas orientadoras que impulsan a la Iglesia a una nueva vida en el seguimiento de Jesucristo.

¹ ERRÁZURIZ, Francisco Javier. Palabras de inauguración de la XXXI Asamblea Ordinaria del CELAM. La Habana, Cuba, Julio 10 de 2007.

En el enfoque global del documento se descubren dos líneas de fuerte impacto: el llamamiento a una VIDA plena en Jesucristo y el fortalecimiento de la identidad del DISCIPULADO en sus cuatro vertientes (Vocación, Comunión, Formación y Misión). Y así está estructurado conceptual y vivencialmente el documento conclusivo. En efecto, después de la mirada sobre la realidad (capítulos 1 y 2), los Obispos presentan el Evangelio con sus buenas noticias para el mundo de hoy, comenzando por la Vida y la Dignidad Humana (capítulo 3) y posteriormente dedican toda su reflexión a fortalecer la identidad de los discípulos y discípulas del Señor en su **Vocación** (capítulo 4), en su vida de **Comunión** (capítulo 5), en su **Formación** (capítulo 6) y en su **Misión** (capítulos 7 a 10).

Tanto el tema de la Vida como el tema del Discipulado son transversales en el documento. Metodológicamente, en la parte del VER, se da una mirada, como discípulos del Señor, a la vida de nuestros pueblos hoy; en la parte del ILUMINAR, cuando se habla de “La Vida de Jesucristo en los discípulos misioneros”, se parte del presupuesto de que los discípulos deben vivir en Jesús, desde las dimensiones vocacional, comunional y formativa; finalmente, en la parte del MISIONAR, se trata de entregar “la Vida de Jesucristo para nuestros pueblos” y se destaca el sentido de la misión de los discípulos al servicio de una vida plena.

La dimensión misionera recibe un fuerte impulso en Aparecida. Los cuatro capítulos que se dedican a la Misión, la definen como un “vivir y comunicar la Vida nueva en Cristo a nuestros pueblos”, lo cual exige una conversión personal y pastoral y una renovación misionera de las comunidades. Y presenta una tríada de acciones prioritarias: Rescate de la Dignidad humana, Fortalecimiento de la Familia y Promoción integral de nuestros Pueblos. A estos cuatro capítulos es necesario agregar la Conclusión del documento que tiene una única preocupación: despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero.

La Revista Medellín, con los estudios que presenta en este número, quiere colaborar con las Conferencias Episcopales, con los agentes pastorales y estudiosos en general, en el descubrimiento de la novedad de Aparecida, especialmente desde las ópticas bíblica, cristológica y misionera. Esperamos que estos materiales sean de utilidad para los amables lectores.

El Director

Sumario

La influencia del Papa Benedicto XVI, especialmente a través de la homilía en la Eucaristía inaugural y del discurso en la sesión inicial, fue decisiva para la buena marcha de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. El autor de este artículo sostiene que Aparecida, siguiendo esta modalidad institucional singular de las Conferencias Generales, fue una experiencia original de ejercicio de la comunión y colaboración del episcopado latinoamericano con el Sucesor de Pedro. Desde una renovada conciencia latinoamericana, los obispos repensaron la misión de la Iglesia en los nuevos escenarios mundiales y regionales, despertando en los cristianos una viva conciencia de su dimensión misionera al servicio de la sociedad, especialmente de los más pobres y excluidos.

El Papa Benedicto XVI y la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano

**Prof. Dr. Guzmán M. Carriquiry
Lecour**

*Sub-Secretario del Consejo Pontificio
para los Laicos*

Introducción

Por una parte, el viaje apostólico a San Pablo, en Brasil, y la inauguración y realización de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (13-31 de mayo de 2007) fueron un hito fundamental y, a la vez, un gran desafío para el pontificado de S.S. Benedicto XVI. Por otra, resultaría desenfocado y trunco considerar esta Conferencia en cuanto acontecimiento eclesial y examinar su documento final, sin tener en debida cuenta todo lo que significó al respecto la presencia y la palabra del Papa. Es por todo ello que me ha parecido oportuno y conveniente, dado también mi servicio en la Santa Sede, comenzar por recapitular el “evento Aparecida” a la luz del Pontificado, de su visita pastoral en San Pablo y, sobre todo, de su homilía y su discurso en la inauguración de la V Conferencia.

Además hay que tener presente que, si bien el Papa viajó al Brasil, a San Pablo y Aparecida, y los directos destinatarios de sus mensajes fueron brasileños y latinoamericanos, lo sucedido y compartido durante esa visita pastoral interesa a toda la Iglesia universal. Cuatro aspectos resultan importantes en esta perspectiva “católica”. En primer lugar, es siempre el Pastor universal que se dirige especialmente a porciones del pueblo de Dios y a sus Obispos, pero abrazándolos a la luz de su ministerio petrino y de su solicitud apostólica por todas las Iglesias particulares esparcidas por el mundo entero. En segundo lugar, su Magisterio, aunque referido a concretos destinatarios, no deja de ser universal. Basta tener presente algunos de los grandes temas tratados por S.S. Benedicto XVI durante su viaje apostólico para comprender cabalmente su importancia y repercusión en muchas otras localizaciones eclesísticas. Todo lo que el Santo Padre señaló sobre las exigencias de renovación y revitalización de la fe ante los ímpetus actuales de descristianización, la centralidad de la Eucaristía y de la Palabra de Dios, la formación de auténticos discípulos para nuestro tiempo, las

cuestiones planteadas al ejercicio del ministerio episcopal, el enfoque de toda la realidad desde Dios, los criterios para afrontar y solucionar los problemas sociales y políticos, entre otras enseñanzas, ofrecen valiosas contribuciones y acentuaciones de su magisterio para bien de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares. En tercer lugar, el Pastor universal dirigió especialmente sus enseñanzas, sobre todo en Aparecida, a los Obispos de un pueblo creyente en el que se encuentra casi la mitad de los bautizados en toda la Iglesia católica: en América Latina está en juego, en buena medida, la vida y el destino de la Iglesia católica, al menos para las próximas décadas, y ello no puede menos que interesar a toda la catolicidad. En cuarto lugar, en fin, importa estar atentos al estilo del ejercicio del ministerio petrino por parte de S.S. Benedicto XVI: una preocupación prioritaria por confirmar y transmitir la fe católica, introduciendo a sus misterios mediante un relieve educativo, mostrando la razonabilidad de las verdades centrales de la fe, y por manifestar sobre todo el afecto colegial a los Obispos (primero del Brasil, reunidos por la Conferencia Nacional de Obispos brasileños, y luego de toda América Latina, reunidos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano) compartiendo con ellos muy serias cuestiones relativas a su ministerio y alentándolos a asumir sus propias responsabilidades.

1. La naturaleza del acontecimiento colegial

La Conferencia general del episcopado latinoamericano constituye una modalidad institucional singular y una experiencia original de ejercicio de la comunión y colaboración episcopales, animadas por el afecto colegial. No existen otras semejantes en diversos continentes y macro-regiones. Es única en su género. No es un Concilio provincial ni un Sínodo, ni cualquiera de las otras formas de reunión contempladas en el Código de Derecho Canónico. Se trata de una Reunión extraordinaria que los Episcopados de América Latina, por propia iniciativa, a la luz de consideraciones prudenciales, piden al Papa que la convoque. Existe ya como una tradición marcada por la sucesión periódica, cada 10 a 15 años, de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano: la primera tuvo lugar en Río de Janeiro (1955), la segunda en Medellín (1968), la tercera en Puebla de los Ángeles (1979), la cuarta en Santo Domingo (1992) y la quinta en Aparecida (2007).

En su libro, *De Río a Santo Domingo*, Germán Doig ha sabido destacar muy bien la importancia de estas Conferencias. Ellas “han sellado hondamente la manera de ser de la Iglesia en el continente latinoamericano. No es posible entender el peregrinar de la Iglesia por estas tierras (...) sin la obligada referencia a estas jornadas y a sus correspondientes documentos. Constituyen una importante toma de conciencia de sí misma y de su misión”.

Preparándose hacia la V Conferencia, S.S. Benedicto XVI señalaba a los nuncios apostólicos en América Latina, el 17 de febrero de 2007, que “esa asamblea recapitula y es continuación de las Conferencias generales anteriores, mientras que se enriquece con numerosos dones ‘posconciliares’ del Magisterio pontificio (...), así como con los frutos del camino sinodal de la Iglesia católica”, proponiéndose “definir las grandes prioridades y dar nuevo impulso a la misión de la Iglesia al servicio de los pueblos latinoamericanos en las circunstancias concretas del inicio de este siglo XXI”. “Como ocurrió con las Conferencias anteriores –dijo S.S. Benedicto XVI a los jóvenes en San Pablo (10.V.07)– también ésta (de Aparecida) marcará de modo significativo los próximos diez años de evangelización en América Latina y el Caribe”.

Como es bien sabido, la V Conferencia, así como las anteriores, ha sido convocada por el Papa, a petición de las Conferencias Episcopales de América Latina. Si bien la idea de proponer al Papa la convocatoria de una V Conferencia había sido ya acordada en la XXVIII Asamblea General Ordinaria del CELAM, en mayo de 2001, y desde entonces se había procedido a diversas consultas a las 22 conferencias episcopales de América Latina, a los cardenales del sub-continente y a instancias competentes de la Curia Romana, la propuesta formal es planteada desde los comienzos mismos del pontificado de S.S. Benedicto XVI. Es el Papa quien decide la convocatoria. Es el Papa que indica la sede de la Conferencia. Es el Papa que examina el tema presentado por el CELAM, le hace añadiduras fundamentales y lo adopta. El tema presentado fue: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos tengan la vida”; y el Papa, aún demostrándose satisfecho, quiso agregar: “para que en El tengan la vida”, con el siguiente subtítulo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14, 6). Resuena al respecto la pregunta fundamental planteada por el Papa en su discurso inaugural: “¿Estamos realmente convencidos que Cristo es el camino, la verdad y la vida?”.

Es el Papa quien aprueba el Reglamento de la Conferencia y después la lista completa de sus participantes. Es el Papa quien había regalado a la Iglesia en América Latina la oración para la V Conferencia. Ha sido el Papa quien presidió la solemne apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. Es también el Papa que autoriza la publicación de su documento final, como lo hizo por carta del 29 de junio de 2007.

Todas estas intervenciones pontificias no son, por cierto, meros procedimientos formales ni limitaciones y controles que reducen la responsabilidad de los Obispos latinoamericanos. Están requeridas por la naturaleza misma de la V Conferencia como acontecimiento eclesial y episcopal. En ella se expresa el vínculo de comunión y el afecto colegial cum e sub Pietro. Así lo reconocían los Obispos participantes de la Conferencia, en la introducción de su documento final: “Con alegría estuvimos reunidos con el Sucesor de Pedro, Cabeza del Colegio episcopal” (n. 2). El mismo documento empeña los Obispos a “procurar la unión constante con el Señor, cultivar la espiritualidad de comunión con todos los que creen en Cristo y promover los vínculos de colegialidad que los unen al Colegio Episcopal, particularmente con su cabeza, el Obispo de Roma” (n. 189). Los Obispos latinoamericanos, reunidos en Aparecida, reconocen haber sido confirmados por el Papa “en el primado de la fe en Dios, de su verdad y amor, para bien de personas y pueblos” y agradecen “todas sus enseñanzas, especialmente su discurso inaugural, que fueron iluminación y guías seguras para nuestro trabajo” (n. 2).

La convocatoria del Papa, sus sucesivas intervenciones y su presencia en Aparecida tienen, pues, una honda significación teológica y pastoral.

2. ¿Una América Latina lejana?

“(…) Me alegra que haya llegado para mí el momento de ir a América Latina –dijo S.S. Benedicto XVI respondiendo a las preguntas de los periodistas en el avión que lo llevaba hacia el Brasil (9.V.07)-, de confirmar el compromiso asumido por Pablo VI y Juan Pablo II, y de seguir en la misma línea”. Así como Pablo VI inauguró la II Conferencia

en Medellín y Juan Pablo II la III Conferencia en Puebla y la IV Conferencia en Santo Domingo, Benedicto XVI presidió la apertura de la V Conferencia en Aparecida. Más aún: como para el pontificado de Juan Pablo II, también en el actual pontificado el primer viaje apostólico extra-europeo llevó al Sucesor de Pedro a tierras latinoamericanas, al encuentro de sus pueblos.

No faltaron quienes, antes y durante este viaje de Benedicto XVI al Brasil, acusaron al Papa de cierto “eurocentrismo”, que habría dejado América Latina como en sombras lejanas, sin prestarle atención prioritaria. No extraña que estas críticas provinieran de personajes como Leonardo Boff y fray Betto, pero también circulaban más difusamente. América Latina resultaría así *terra incognita*, lejana y brumosa en el horizonte de realidad del pontificado.

En verdad, el Cardenal Joseph Ratzinger ha mantenido desde hace décadas muchas relaciones y amistades latinoamericanas, sobre todo desde los años de las sucesivas sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II. Colaboró con diversos latinoamericanos en la promoción y redacción de la revista internacional “Communio”. Como íntimo colaborador de Juan Pablo II durante casi todo su pontificado, le tocó seguir y discernir con especial atención las corrientes doctrinales, culturales e ideológicas del tiempo contemporáneo. Conoció a fondo los debates latinoamericanos sobre la teología de la liberación y el discernimiento de los Obispos latinoamericanos, examinó las obras de diversos autores y tuvo papel primordial en las dos instrucciones, la *Libertatis Nuntius* (6.VIII.84), en la que se procedió a una recapitulación crítica de la teología de la liberación en sus vertientes de contaminación ideológica, las que pretendían componer teología y marxismo, y la *Libertatis Conscientia* (22.V.86), en la que sentaba los fundamentos y cauces para una auténtica teología de la libertad y la liberación, como luego lo afirmaría Juan Pablo II en su encíclica *Centesimus Annus* (cfr. n. 35). Durante sus 25 años de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe contó con la colaboración de prelados y teólogos latinoamericanos entre los miembros y consultores de su dicasterio, así como también en la Comisión Teológica Internacional. Mantuvo frecuentes e intensos diálogos con Obispos de todos los países latinoamericanos, sea en sus visitas *ad limina apostolorum* sea en ocasión de muy diversas consultas e iniciativas. Viajó a Chile donde

tuvo diversas conferencias, presidió el Congreso nacional mariano del Ecuador, estuvo en Colombia y visitó la sede del CELAM, presidió en Guadalajara (México) el Congreso de Obispos responsables de las Comisiones episcopales de Doctrina de las Conferencias episcopales de los países latinoamericanos.

Por eso, al periodista que se hacía eco de quienes afirmaban que “se echa un poco de menos América Latina” en relación a la “referencia al relativismo de Europa, a la pobreza de África”, pudo responder con la verdad de la propia experiencia y convicción: “No, yo amo mucho a América Latina; he hecho muchas visitas a América Latina y tengo muchos amigos; conozco cuán grandes son sus problemas y, por otra parte, cuán grande es la riqueza de este continente”. Si bien en una visión geopolítica, América Latina parece descentrada respecto de los conflictos “predominantes” y de las “prioridades inmediatas” que plantean los problemas de otras regiones, “no me preocupan menos los problemas de América Latina, porque no amo menos América Latina, el gran -más aún, el mayor- continente católico, que por eso también constituye la mayor responsabilidad para un Papa”. En esa conversación informal, llegó a decir de estar “convencido de que aquí se decide, al menos en parte -en una parte fundamental-, el futuro de la Iglesia católica. Esto ha sido siempre evidente para mí”. Por eso también, en su formación, “un aspecto importante ha sido seguir el desarrollo de estos pueblos católicos de América Latina”.

3. Desde los comienzos del Pontificado

Quien ha seguido con atención las primeras jornadas del actual pontificado se asombra que pocos días después de su elección, precisamente el 29 de abril de 2005, Benedicto XVI haya ya recibido en audiencia a la Presidencia del CELAM al completo, y que en mayo de 2005 el Cardenal Giovanni Batista Re ya transmitiera en Lima, durante la celebración del cincuentenario del CELAM, el beneplácito con el que el Papa estaba considerando la convocación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Más desapercibido pasaba el gesto muy elocuente de Benedicto XVI cuando se dirige, el 11 de mayo, a la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en los jardines vaticanos, depositando una ofrenda floreal, encomendándose a la

Madre invocada por los hombres y mujeres del pueblo mexicano y de América Latina. La lectura de los numerosos escritos del Cardenal Ratzinger permitir advertir el profundo conocimiento que tiene del acontecimiento guadalupano y de su significación para la fe de los pueblos latinoamericanos.

Es cierto que durante los algo más de 8 meses del 2005 y todo el 2006, son muy escasos los desarrollos y referencias explícitas del magisterio de Benedicto XVI sobre América Latina. ¿Pero acaso su magisterio universal, católico, no se dirigía también a los latinoamericanos? Basta releer el documento final de Aparecida para advertir las muy numerosas citas incluidas de la encíclica *Deus caritas est* y de muchas otras catequesis, homilias y mensajes de Benedicto XVI. Temas centrales del magisterio de Benedicto XVI tienen fuerte impacto e influjo en la determinación de contenidos y planteamientos del documento de Aparecida. Es evidente que los Obispos latinoamericanos han seguido con atención y admiración su magisterio todo centrado en la realidad, centralidad y primado de Dios en la experiencia humana. Su genial inteligencia cristiana para introducir en profundidad en los misterios de fe y para dar cuenta de su razonabilidad, el relieve educativo dado a los contenidos del “Catecismo”, su hermenéutica cristiana de la realidad desde los fundamentos inseparables de la verdad y el amor en los que se revela el mismo don que viene de Dios, la exigencia de respetar y valorizar una auténtica racionalidad abierta a la luz del Logos divino y a su amor apasionado por el destino del hombre, su certeza de que no hay verdadera construcción auténticamente humana que pueda descartar la “piedra angular” que es Jesucristo, su juicio cristiano sobre la cultura “global” en sus vertientes de agnosticismo relativista y hedonista: todo ello, y más aún, ha estado presente en las reflexiones de los Obispos latinoamericanos. No es por casualidad que algunos textos del magisterio pontificio, que el mismo Papa vuelve a citar en sus discursos en el Brasil, adquieren especial fuerza expresiva y reiterativa en el documento de Aparecida, como las palabras introductorias de la encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Y así podrían ser resaltadas muchas otras expresiones del magisterio de Benedicto XVI que sirvieron de articulación iluminante de contenidos del documento de Aparecida.

Desde comienzos del año 2007 y ya más próximo el horizonte de realización de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, S.S. Benedicto XVI tiene dos alocuciones dedicadas a la preparación de este importante evento. El 20 de enero de 2007 es su primera intervención pública sobre la preparación y contenidos de esa Conferencia, dirigiéndose a los participantes en la Asamblea de la Comisión pontificia para América Latina; poco tiempo, el 17 de febrero del mismo año, vuelve ampliamente sobre el tema en el discurso pronunciado en ocasión de la audiencia concedida a los Nuncios apostólicos en los países latinoamericanos, reunidos en el Vaticano, bajo la presencia del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado, precisamente como preparación para la Conferencia de Aparecida. Se trata de textos alentadores, de sensibilización general al evento, en donde ya se asoman algunos temas que interesan al Santo Padre, pero que son sólo aproximaciones a lo que madurará como intervención decisiva del Papa durante la apertura de la Conferencia en Aparecida, en el contexto de su visita pastoral en San Pablo.

4. Repensar la misión de la Iglesia en los nuevos escenarios mundiales y latinoamericanos

No era tarea fácil afrontar la realidad actual de América Latina en este momento de la catolicidad, a la luz del pontificado, y cara a las situaciones nuevas y tendencias emergentes en la vida de los pueblos del sub-continente.

Se ha afirmado con buenas razones que el discurso inaugural de Juan Pablo II a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla fue decisivo para sus orientaciones fundamentales, pero que también la madura autoconciencia eclesial y latinoamericana del documento final fue como un horizonte de realidad que permitió al Papa conocer y abrazar más cabalmente la vida de nuestros pueblos, las grandes tareas y desafíos planteados a la misión de la Iglesia en esa realidad. Ese mismo documento de Puebla tiene que haber resultado importante también para su íntimo colaborador, que fue el Cardenal J. Ratzinger. En cambio, una de las mayores dificultades que encontró la IV Conferencia de Santo Domingo fue la de realizarse precisamente en medio de la transición sorprendente y tumultuosa de un cambio

de época, de un gigantesco giro histórico que concluía la fase del mundo bipolar surgido desde la segunda posguerra, y que dejaba de golpe obsoletos muchos esquemas intelectuales, ideológicos y políticos. Además, la sorprendente novedad, fluidez e indeterminación de los nuevos rumbos que se abrían, todavía informes, provocaban una ola de desconciertos y exigían replanteamientos profundos. Ante esta dificultad de comprensión y proyección de ese momento histórico, “Santo Domingo” se limitó a proseguir sobre las huellas de “Puebla”. Desde entonces, la Iglesia en América Latina tuvo dificultades para actualizar y reformular un pensamiento orgánico capaz de incluir las nuevas situaciones, problemas y desafíos, las nuevas oposiciones, y de relanzar y movilizar una dinámica intensa de colaboración a nivel propiamente latinoamericano. Se fue algo dispersando en temáticas particulares y en los afanes locales del “tram tram” eclesiástico. El CELAM intentó dar cuadros más generales con sus estudios sobre las “megatendencias” y sobre “globalización y nueva evangelización”, pero aparecían demasiado generales y escasamente movilizadoras para las distintas localizaciones eclesiásticas. Por otra parte, no podía esperarse que viniera de la Curia Romana lo que a la Curia Romana no llegaba desde una experiencia, reflexión y movilización de conjunto de las Iglesias en América Latina.

Debates apasionados, polarizados, dramáticos se dieron durante la preparación de la Conferencia de Puebla. No era para menos, pues estaban en juego cuestiones decisivas para la misión de la Iglesia y el bien de los pueblos latinoamericanos. Esos mismos debates, que implicaron las diversas Iglesias locales y muy amplia participación, trascendieron también a niveles políticos y culturales. Sirvieron para visualizar y discernir mejor las cuestiones en juego y las diversas alternativas. Todo ello ayudó, sin duda, a que el discurso inaugural de Juan Pablo II en la Conferencia de Puebla (22.I.79) fuera de gran claridad, orgánico y sistemático en sus planteamientos, decisivo en sus orientaciones. La preparación de Santo Domingo fue mucho más calma, mas bien cansina después de las turbulencias vividas, con menor participación y pasión. Ya habían quedado atrás las décadas de altas mareas ideológicas, borracheras de hiperpolitización y dialécticas violentas que habían conmovido y sacudido la Iglesia en América Latina, y ésta aparecía ahora fatigada, debilitada, algo replegada sobre sí, empobrecida su conciencia y dimensión latinoamericana. En cambio, camino a Apare-

cida, fue gradualmente recobrándose el gusto de pensar, intercambiar y trabajar en conjunto a nivel de la Iglesia en América Latina, se interesaron e implicaron mucho más las conferencias episcopales, se creó un clima de cordial colaboración y así se fue procediendo gradualmente a una renovada “latinoamericanización”. El CELAM promovió muchas actividades, estudios y publicaciones para acompañar y animar ese proceso, aunque resultaba difícil advertir como se iría componiendo un cuadro de conjunto de los aportes que se iban acumulando en modos mas bien dispares.

Hubo diversos factores que operaron positivamente para una renovada toma de conciencia de la Iglesia a escala latinoamericana y para una mayor colaboración episcopal. Por una parte, la incansable, polifacética y fecunda siembra misionera del pontificado de Juan Pablo II y la profundidad y belleza del magisterio de Benedicto XVI fueron estimulando y madurando esa renovada conciencia eclesial latinoamericana. Por otra, la turbulencia actual en las sociedades latinoamericanas, en pleno crecimiento económico y transformaciones tecnológicas vinculadas a los dinamismos de la globalización, con irrupciones de sectores sociales postergados, nuevos regímenes políticos en tiempos de democratización y de algunas recaídas autoritarias y autocráticas, intensificación de dinámicas de integración regional, tendencias de fuertes identificaciones étnicas, culturales y religiosas, emergencia de variadas ofertas religiosas, difusión capilar de la cultura “global” con ímpetus anti-cristianos (y anti-católicos especialmente), así como otros factores más, planteaban nuevas cuestiones a la libertad de la Iglesia, a su presencia y contribución en la vida pública de las naciones, a su misión educativa y evangelizadora en nuevas condiciones, a la vigencia, custodia y fructificación de la tradición católica en la sabiduría de vida de los pueblos. Nada podía seguir siendo igual que antes. Emergían nuevas situaciones y problemas que operaron como revulsivos y acicates de las inercias y dispersiones eclesíásticas y que requerían aproximaciones y colaboraciones de conjunto por parte de las Iglesias locales y los Episcopados de América Latina, superando el riesgo de la “confusión desconcertante” ante las nuevas realidades, a la que hiciera referencia Benedicto XVI en su discurso al episcopado brasileño (11.V.07). De nuevo había que ponerse a pensar en serio, en grande y en conjunto. El tema de la V Conferencia operó como un acertado, excelente hilo conductor para muchos aportes. El documento de síntesis de aportes

para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano era ya fruto promisorio para los trabajos en Aparecida.

Tres meses antes de la Conferencia, el Papa adelantaba ya a los Nuncios la exigencia que se planteaba a la Iglesia en América Latina de afrontar “enormes desafíos”, entre los que destacaba el cambio cultural, los flujos migratorios, “la reaparición de interrogantes sobre como los pueblos han de asumir su memoria histórica y su futuro democrático”, la globalización y el secularismo, la pobreza creciente y el deterioro ecológico, así como la violencia y el narcotráfico (17. II.07). “La Iglesia está llamada a repensar profundamente y repensar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales”, reconocían los Obispos en la introducción del documento final de Aparecida (n. 11). No era cosa fácil, entre quienes “sólo ven confusión, peligros y amenazas” o “quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables” (n. 11). No era cosa fácil, por cierto, para el Papa Benedicto XVI en su primer viaje a América Latina y en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

5. La propuesta de un “Método”

Fue fundamental en los hechos la propuesta del “método” que debía guiar los trabajos de la V Conferencia. Benedicto XVI la planteó especialmente en la homilía de la Misa de inauguración de la Conferencia (13.V.07). Es lo que nos relata los Hechos de los Apóstoles sobre el Concilio de Jerusalén: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (Hech. 15, 28). “Éste es el ‘método’ con que actuamos en la Iglesia -dijo el Papa a los Obispos-, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes:(...) es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo”. Es el “método”, al decir del Papa, que procede de una fiel, profunda gozosa pertenencia a la Iglesia, en cuanto “morada con los hombres”, en la que resplandezca “la gloria de Dios; o sea, “una Iglesia totalmente animada y movilizada por la caridad de Cristo (...), imagen histórica de la Jerusalén celeste, anticipación de la ciudad santa (...)”. Pues bien, en la conclusión del documento de Aparecida, los Obispos dan cuenta de haber seguido este

“método”, reconociendo que “el Espíritu de Dios fue conduciéndonos, suave pero firmemente, hacia la meta” (cfr. N. 547). De esto, quien participó a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, no puede tener la menor duda.

Es prueba elocuente de tal método el óptimo resultado de un “documento final”, que parecía “imposible” al tener en cuenta la dinámica de trabajos de la Conferencia: casi 150 Obispos, procedentes de más de 25 países latinoamericanos, junto con otro centenar de personas de títulos y procedencias diversas, encerrados durante 22 días, trabajando colectivamente y a marchas forzadas, mediante intervenciones en sesiones plenarios, por una parte, e intercambios, propuestas y síntesis a través de una red de numerosas comisiones y sub-comisiones, por otra, para ir elaborando sucesivas redacciones de un documento general, sobre el que se presentaron más de 2.400 enmiendas de textos, para concluir en 130 páginas y 554 densos numerales, que pretenden abrazar en modo bastante omnicompreensivo la realidad de la Iglesia y los pueblos de América Latina. Y, sin embargo, la V Conferencia de Aparecida no fue una “Babel” sino un sorprendente milagro de comunión, una experiencia tangible, empíricamente demostrada, de ese misterio de comunión que es la naturaleza misma de la Iglesia. Las ansias, preocupaciones y afanes por su resultado final, que no podían sino aflorar en la primera parte de la Conferencia, dejaron lugar, gradualmente, a la sorpresa y alegría ante una maduración de los trabajos, paso a paso, hasta lograr un óptimo documento final. En verdad, no hubo el tiempo de poder exponer aún más a fondo las propias razones, ni de debatir y discernir muchos temas con posibilidades más pausadas y sedimentadas de profundización, ni de ir articulando y “digiriendo” mejor los diversos contenidos, ni de redactar con más calma y precisión consultando muchas otras fuentes. Es inevitable que en el documento final existan repeticiones, algunos textos algo aproximativos, ciertos desequilibrios y lagunas. No obstante todo ello, suscita maravilla que se haya podido concluir con ese documento. Es mucho mejor de lo que humanamente hubiera sido “lógico” esperar.

“Pareció bien al Espíritu Santo y nosotros...”. Estas palabras que concluyen el documento de Aparecida no hubieran podido ser escritas sino gracias a la experiencia compartida de una recurrente invocación y súplica al Espíritu Santo, sobre todo en la liturgia cotidiana (liturgia

eucarística y rezo de las horas), muy bien preparada y cuidada, de belleza irradiante, y en la compañía orante del pueblo de Dios en América Latina, representado por las multitudes de peregrinos brasileños y de otros países latinoamericanos que, especialmente en los fines de semana, llenaban el Santuario de Nuestra Señora con profunda y expresiva devoción. Esa concreta y admirable compañía de un pueblo pobre de creyentes puso ante la mirada conmovida de los Obispos la grey que la Providencia les confiaba a su cuidado; por eso, de ellos dicen en la introducción del documento: “nos edificaron y evangelizaron” (n.3). “Esta celebración litúrgica -dijo el Santo Padre en Aparecida (12.V.07)- constituye el fundamento más sólido de la V Conferencia, porque pone en su base la oración y la Eucaristía, *Sacramentum caritatis*”; y sólo “la caridad de Cristo, derramada por el Espíritu Santo, puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para este continente y para el mundo entero”.

“Ven Espíritu Santo, ven por María”: los apóstoles rezaban asiduamente, junto a María (Hech. 1, 13-14). Tal es la imagen que el Papa tiene ante sus ojos en el Santuario de Aparecida. Tenía razón Benedicto XVI cuando dijo, en diversas oportunidades, que reunirse en la sede del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida era cosa “providencial”. A la Santísima Virgen María, especialmente en sus invocaciones de Guadalupe y Aparecida, el Papa había encomendado los trabajos de la Conferencia. Quiso la delicadeza del Papa que cada uno de los Obispos se pusiera en el lugar de san Juan Diego, cuando Nuestra Señora de Guadalupe decía: “¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y mi resguardo?, ¿no soy yo la fuente de tu alegría?, ¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?” (cfr. Discurso inaugural). La celebración eucarística de apertura fue precedida, la tarde anterior, por el rezo del Rosario del Papa con todos los participantes de la Conferencia en el Santuario. “No hay fruto de la gracia en la historia de la salvación -había dicho el Papa dos días antes en la misa de canonización de fray Galvão (11.V.07)- que no tenga como instrumento necesario la mediación de Nuestra Señora”. El acontecimiento de Aparecida fue como una renovación de la especial alianza de la Virgen María con su pueblo latinoamericano, representado por sus Pastores. La más perfecta discípula del Señor, es la “gran misionera (...) que trajo el Evangelio a nuestra América” (n. 269). “Paradigma de humanidad, es artífice de comunión”: “la Iglesia-familia se genera en

torno a una madre, quien confiere alma y ternura a la convivencia familiar” (n. 268). El esplendor del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida fue morada cálida (¡no obstante las ráfagas de aire frío que provocaron una epidemia de gripe entre los participantes!) para las 23 jornadas de convivencia y trabajo. Se rezó mucho el Rosario. María estuvo muy presente, fue muy madre, intercedió con fuerza por el bien de los trabajos, y los Obispos supieron agradecerle. No fue el tema mariano uno entre otros en el documento final. La presencia de Nuestra Señora recorre todos sus capítulos transversalmente. Y ahora cabe esperar también una relectura mariana de su conjunto.

Aparecida fue un acontecimiento eclesial de serena y constructiva comunión eclesial, entre los Obispos latinoamericanos y de ellos con el Sucesor de Pedro. Hubo sí fuertes debates. Hubo enmiendas sustanciosas y discutibles, sostenidas por algunos Presidentes de Conferencias Episcopales, que fueron desechadas. Hubo insistencias excesivas y desproporcionadas sobre algunos temas, que fueron oportunamente moderadas. No es que se buscó las medias tintas de grises denominadores comunes. Impresionaba una predominante cordialidad. Después de las dificultades de “rodaje” inicial, la Presidencia de la Conferencia supo conducir el evento con respeto, aliento y valorización de todos los aportes. Apoyó decididamente el valioso trabajo y precioso servicio de la Comisión de Redacción del documento final. Hubo un trabajo serio de inclusión de todos los aportes, en la medida de lo posible. No hubo “bandos” enfrentados, sino el prevalecer del don y compromiso de unidad, tanto más significativo en cuanto abundan hoy las dialécticas de contraposiciones y acusaciones en muchos ámbitos de la vida pública de América Latina. E incluso la tienda del grupo crítico de “Amerindia”, muy cercana a la sede de la Conferencia, visitada por algunos Obispos, no provocó mayores tropiezos ni tensiones en el desarrollo de los trabajos (y, a decir verdad, sus aportes e influjos fueron escasos y escasamente percibidos en la Conferencia).

Se realizaba así lo que el Papa había pedido en la homilía inaugural: “Pido al Espíritu Santo, que asiste siempre a su Iglesia, que la gloria de Dios Padre misericordioso y la presencia pascual de su Hijo iluminen y guíen los trabajos de este importante evento eclesial, a fin de que sea signo, testimonio y fuerza de comunión para toda la Iglesia en América Latina” (12.V07). En efecto, en su carta de autorización de la

publicación del documento final, el Papa expresa su reconocimiento “por el amor a Cristo y a la Iglesia, y por el espíritu de comunión que ha caracterizado dicha Conferencia General”. Ella fue testimonio y fuerza de comunión eclesial, suscitada y sostenida por el Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen María, y custodiada y promovida por el ministerio apostólico.

6. Inteligencia genial y asistencia especial del Espíritu

El discurso inaugural de Benedicto XVI no tuvo el mismo carácter sistemático ni el desarrollo orgánico de contenidos que aquél de Juan Pablo II al comienzo de la Conferencia de Puebla o que otros discursos anteriores del Papa actual; pero como en Puebla, también en Aparecida, el discurso inaugural del Sucesor de Pedro fue decisivo. Textos de este discurso inaugural de Benedicto XVI fueron citados más de 50 veces en el documento final de Aparecida.

Impresiona la humildad de Benedicto XVI cuando espontáneamente, en su diálogo con los periodistas, interrogados sobre algunos temas latinoamericanos, afirmó que no es “un especialista” y que, “como es obvio, siento en la necesidad de profundizar aún más mi conocimiento de este mundo”. Sin embargo, su inteligencia genial, animada por la asistencia especial que el Espíritu de Dios infunde para el ejercicio del ministerio petrino, hizo que su discurso inaugural expusiera algunos núcleos temáticos fundamentales para el desarrollo de los contenidos de la Conferencia. Apenas pronunciado el discurso, ¡qué sensación de gratitud y alegría se advirtió en los rostros de muchos! ¡La Conferencia de Aparecida ya quedaba bien encaminada!

Entre esos núcleos temáticos fundamentales, quizás el que tuvo mayor impacto y resonancia, una influencia más profunda y decisiva, fue aquél que expresaba con estas palabras: “(...) ¿Qué es lo real? ¿Son ‘realidad’ sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye

a Dios de su horizonte falsifica el concepto de 'realidad' y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas (...). Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en enigma indescifrable; no hay camino, y al no haber camino, no ha vida ni verdad" (13.V.07).

Este núcleo temático -retomados en muy diversos numerales del documento final de la V Conferencia- encierra grandes enseñanzas: es el primado de Dios, el fundamento y clave de juicio de toda la realidad, autor y señor de la creación que, por la encarnación de su Hijo y su victoria pascual, es liberada del desorden radical introducido por el pecado y la muerte en la historia humana y es conducida a la recapitulación de "todo y todos" en Dios. Es la "mirada creyente de la realidad" que se propusieron los Obispos en Aparecida y que recorre todo el documento. Se supera así el riesgo de todo moralismo, de todo mesianismo secularizado. Esto imprime un salto de cualidad al método del "ver, juzgar, actuar" seguido en ese documento. ¡Cuántas veces el "ver" la realidad en ámbitos eclesíásticos se había reducido a enunciados mas bien simplistas, a veces con tintes ideológicos, centrados en los aspectos económicos, sociales y políticos, en los que no se advertía con claridad su nexos con Dios y su pertinencia respecto a la misión de la Iglesia! Las dos primeras redacciones del documento de Aparecida pecaban todavía de tales dificultades, pero un cambio sustancial se produjo cuando las indicaciones del Papa fueron tomadas muy seria y concretamente en cuenta para intentar una nueva aproximación a la realidad.

Si Dios es la "realidad fundante", se acoge, pues, "la realidad entera del Continente como don: la belleza y fecundidad de sus tierras, la riqueza de humanidad que se expresa en las personas, familias, pueblos y culturas (...)" y, sobre todo, "la plenitud de la Revelación de Dios, un tesoro incalculable, la 'la perla preciosa' (cf. Mt. 13, 45-46), el Verbo de Dios hecho carne, Camino, Verdad y Vida de los hombres y mujeres a quienes abre un destino de plena justicia y felicidad" (n.6). "La fe en Dios amor y la tradición católica en la vida y cultura de nuestros pueblos son sus mayores riquezas", afirmaron los Obispos (n. 7). Entonces, el "ver" de la realidad no se limita a un catálogo de denuncias, lamentaciones y acusaciones, sino que suscita, ante todo, la acción de gracias, que se expresa en los cánticos de alabanza recogidos, en modo especial, en los capítulos 1 y 3 del documento final. Ya lo había exhortado el Papa

durante la misa de canonización de fray Galvão: “Alabémoslo todos, pueblos de Brasil y de América; cantemos al Señor sus maravillas, porque ha hecho grandes cosas en favor nuestro” (10.V.07). Hay en el documento episcopal un desborde de gratitud, alegría y compromiso para anunciar el Evangelio de Jesucristo y, con él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, del progreso científico, del destino universal de los bienes (cfr. nn. 101-128).

La “mirada creyente de la realidad” no es este documento, pues, la de sociólogos o políticos, sino la de los discípulos y misioneros de Jesucristo. No es, por cierto, un conjunto de expresiones devotas, exhortaciones morales, buenos propósitos. Intenta hacerlo desde la “asunción de criterios que provienen de la fe y la razón para su discernimiento y valorización con sentido crítico” (n. 19). A la vez, es un “mirar la realidad cada vez con más humildad, sabiendo que ella es más grande y compleja que las simplificaciones ideológicas con que solíamos verla en un pasado aún no demasiado lejano” (n. 36). No se limita a seccionarla analíticamente. “Es frecuente que algunos quieran mirar la realidad unilateralmente -prosigue el documento- desde la información económica, otros desde la información política o científica, otros desde el entretenimiento y el espectáculo”, pero “ninguno de estos criterios parciales logra proponernos un significado para todo lo que existe” (n. 36). Se advierte bien esa gran dificultad. La fragmentación y limitación de criterios trae aparejada “una crisis de sentido”, capaz de “dar unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia” y que los creyentes llamamos “sentido religioso”. Por eso, en el documento de Aparecida se intenta reformular, desde la tradición cultural católica de los pueblos latinoamericanos, un “horizonte de realidad” que sea capaz de incluir y discernir los diversos aspectos de la realidad (n. 37 y ss.).

Temas como los impactos de la globalización y las renovadas e inicuas formas de la inequidad social y cultural, la irrupción de nuevos sectores sociales en la vida pública, el fortalecimiento de los regímenes democráticos y el avance de diversas formas de regresión autoritaria, el crecimiento de la corrupción y la violencia, los procesos de integración regional, las grandes cuestiones de la biodiversidad y la ecología (con especial referencia a la Amazonia), las situaciones de mayor pobreza y exclusión (entre quienes se cuentan a muchas mujeres, jóvenes que no reciben una educación de calidad, desempleados, migrantes desplaza-

dos, campesinos sin tierra, quienes buscan sobrevivir en la economía informal, sobre todo los indígenas y afro-americanos), los nuevos rostros de los pobres (entre las víctimas de la violencia y las drogas, los ancianos solos, los enfermos del SIDA, las personas con discapacidad...) son desarrollados por el documento final desde esa mirada de los discípulos y misioneros de Jesucristo (cfr. nn. 43-97). La situación sociocultural, económica y política es abordada así con la seriedad que reclama su complejidad, con la incisividad profética que clama al cielo ante las inequidades, opresiones e injusticias que se sufren en América Latina, sobre todo por los más pobres y desamparados, y con la esperanza de superación del déficit educativo, social y político para la construcción de una “patria grande”, “donde todos tengan una morada para vivir y convivir con dignidad” (n. 534).

7. La gratitud, alegría y belleza de ser discípulos y misioneros de Jesucristo

“El rico tesoro de continente americano (...), su patrimonio más valioso” es “la fe en Dios amor, que reveló su rostro en Jesucristo”. Esta es la fuerza que vence al mundo -afirmó el Papa en su homilía en Aparecida-, la alegría que nada ni nadie os podrá arrebatarse, la paz que Cristo conquistó para vosotros con su cruz. Esta es la fe que hizo de Latinoamérica el continente de la esperanza. No es una ideología ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de la esperanza (...). Por eso, “agradecemos a Dios como discípulos y misioneros -dice el documento de los Obispos- porque la mayoría de los latinoamericanos y caribeños están bautizados. La providencia de Dios nos ha confiado el precioso patrimonio de la pertenencia a la Iglesia por el don del bautismo que nos ha hecho miembros del Cuerpo de Cristo, pueblo de Dios peregrino en tierras americanas desde hace más de 500 años” (n. 127).

Se puede hablar, como lo hace el Papa en el discurso inaugural, de “la identidad católica”, pues “la fe en Dios ha animado la vida y cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos”. Este patrimonio se manifiesta “en la fe madura de muchos bautizados y en la piedad popular” que el Papa reconoce “en el amor a Cristo sufriente, el Dios

de la compasión, del perdón y la reconciliación (...), el amor al Señor presente en la Eucaristía (...), el Dios cercano a los pobres y a los que sufren, y la profunda devoción a la Santísima Virgen (...). De esta "piedad popular hay textos muy profundos y hermosos en el documento final (cfr. nn. 260-267). "Se expresa también -prosiguen los Obispos- en la caridad que anima por doquier gestos, obras y caminos de solidaridad con los más necesitados y desamparados, Está vigente también en la conciencia de la dignidad de la persona, la sabiduría ante la vida, la pasión por la justicia, la esperanza contra toda esperanza y la alegría de vivir aún en condiciones muy difíciles que mueven el corazón de nuestras gentes. Las raíces católica permanecen en el arte, lenguaje, tradiciones y estilos de vida, a la vez dramático y festivo, en el afrontamiento de la realidad" (n. 7).

Este patrimonio está sometido a fuerte proceso de erosión. "Se percibe -sintetiza el Papa en su discurso inaugural- un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica, debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudorreligiosas". En medio de un cambio de época, los Obispos reconocen que "nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado" y "ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa" (n. 39). Por eso, Benedicto XVI señala a los Obispos latinoamericanos en ese discurso que "la Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y testigos de Jesucristo". El tema escogido para la V Conferencia introduce de lleno en esta tarea capital, donde el enfoque queda referido, no tanto a los grandes programas, sino a los sujetos que redescubren la gratitud, belleza y alegría del ser cristianos, como lo repite siempre Benedicto XVI en su magisterio y lo retoman como hilo conductor los Obispos en Aparecida. "Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras -destacan los Obispos- sino de hombres y mujeres nuevos, que encarnen dicha tradición y novedad (...) (n. 11)".

Hay que defender ese patrimonio contra toda "leyenda negra" sobre la evangelización americana, contra todo intento de desarraig

la fe del corazón de las gentes (como en la en los intentos de manipulación ideológica de sectores indígenas, cfr. n. 531), contra toda insidia cultural e incluso legislativa que atenten contra “principios éticos no negociables” arraigados en la naturaleza humana y en la sabiduría cristiana de los pueblos (cfr. nn. 40, 127, 455...). Tiene razón el Papa cuando afirmó, en su discurso inaugural, que “la utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso sino un retroceso”, una “involución” artificiosa y anacrónica. El Papa ya había manifestado esta preocupación, con conocimiento de causa, a los nuncios apostólicos en América Latina. Los Obispos latinoamericanos comparten dichas preocupaciones, manifestándose alertas y vigilantes. Agradecen a todos los que los han precedido en la gran obra evangelizadora del “Nuevo Mundo” y han mantenido viva la fe de los pueblos. Los Obispos no tienen temor de reconocer que “desde la primera evangelización hasta los tiempos recientes la Iglesia ha experimentado luces y sombras”, escribiendo “páginas de nuestra historia de gran sabiduría y santidad” y sufriendo “también tiempos difíciles, tanto por acoso y persecuciones, como por las debilidades, compromisos mundanos e incoherencias, por el pecado de sus hijos (...)” (n. 5). En el sub-capítulo que considera la “situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos” (cfr. nn. 98-100) operan este particularizado examen de conciencia, desde el sereno y confiado confesarse de la Iglesia “como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconciliada, unida y enviada por la fuerza de Resurrección de su Hijo y la gracia de conversión del Espíritu Santo” (n. 100 h).

Lo esencial para la “renovación y revitalización” de ese patrimonio de fe es “recomenzar desde Cristo en todos los ámbitos de la misión” (cfr. discurso del Papa a los Obispos brasileños), convertirse, en “discípulos fieles, para ser misioneros valientes y eficaces” (cfr. homilía de la Misa de inauguración). En las catequesis de las audiencias de los miércoles en Plaza de San Pedro, Benedicto XVI ya había afrontado el gran tema del discipulado cristiano a través de las vicisitudes de los apóstoles. Sus enseñanzas, proseguidas en Aparecida, pusieron de relieve el método cristiano del discipulado. Hay referencias importantes en los discursos del Papa y muchas páginas hermosas en el documento de Aparecida sobre la originalidad de ese discipulado, sobre la importancia capital y decisiva del encuentro con la persona de Jesús, que hay que renovar

siempre en la vida personal y comunitaria, sobre el seguimiento de Cristo, el “permanecer” en su compañía, el experimentar una conversión por compenetración en la novedad de vida que Cristo trae al mundo, el escuchar, asimilar y transmitir fielmente sus enseñanzas, el configurarse a El en íntima comunión. Es la vocación a la santidad (cfr. cap. IV, nn. 129-153). “Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigado en nuestra historia –afirman los Obispos-, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros” (n. 11). Hay muchos otros textos importantes sobre el encuentro con Cristo, aquí y ahora en la vida de los creyentes, mediante su pertenencia a la comunión eclesial, sobre todo por medio del Pan de su Palabra y el Pan Eucarístico. Esto es muy central en los discursos del Papa en San Pablo y Aparecida. La Eucaristía es “el lugar privilegiado” de ese encuentro, escriben los Obispos, destacando también la importancia de la sagrada liturgia, del precepto dominical, del sacramento de la reconciliación, de la oración personal y comunitaria, de la piedad popular. Se lo encuentra asimismo por medio de la unidad de los creyentes y los testigos de su Presencia. “También lo encontramos de un modo especial en los pobres, afligidos y enfermos” –escriben los Obispos-, identificado con ellos y sujetos de su amor preferencial. “(...) (cfr. nn. 246-265). La opción preferencial por los pobres –confirmó una vez más el Papa, en su discurso inaugural– está implícita en la fe cristológica (...)”. Hay otras importantes recomendaciones pontificias y desarrollos en el documento de Aparecida sobre las exigencias e itinerarios, dimensiones y contenidos de la formación cristiana de todos los fieles, a la luz de un repensamiento profundo de la iniciación y reiniciación cristiana y de los procesos y contenidos de la “catequesis permanente”, prosiguiendo con las particulares exigencias de formación de los “agentes pastorales” (cfr. nn. 273-300). Y aún otras, sobre distintas instancias comunitarias de la Iglesia como compañía, sostén y alimento de esa formación de auténticos discípulos y misioneros de Jesucristo: diócesis, parroquias, familias, comunidades eclesiales de base, otras pequeñas comunidades, movimientos eclesiales, centros educativos católicos, universidades católicas... (cfr. nn. 164-180; nn. 301-346). Ello constituye el cuerpo fundamental del discurso inaugural del Papa y del documento de Aparecida, para ser leído con toda atención. Se necesita, como dijo Benedicto XVI a los Obispos brasileños en San Pablo, “un salto de cualidad en la vida cristiana del pueblo, para que pueda testimoniar su fe de una manera límpida y clara”.

8. Para que nuestros pueblos en Él tengan vida

Junto al de discípulos y misioneros, éste ha sido también un hilo conductor, transversal, de todas las reflexiones de Aparecida. Resuenan en las intervenciones del Papa y en el documento de los Obispos las palabras conclusivas de la homilía de inicio de su ministerio petrino: “¡Abran, más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo!..quien deja entrar a Cristo, no pierde nada, nada -absolutamente nada- de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana (...). ¡No tengan miedo de Cristo! El no quita nada y lo da todo. Quien se da a El, recibe el ciento por uno. Sí, abran, abran de par en par las puertas a Cristo y encontrarán la verdadera vida”. Todo el discurso de Benedicto XVI a los jóvenes en San Pablo está guiado por el diálogo de Jesús con el “joven rico” (cfr. Mt. 19, 16-22), en la que éste pregunta al Maestro: “¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”. “¿Cómo vivir la vida? ¿Cómo darle significado y plenitud?”

Es participando en la vida divina que “se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural” -enseña el Papa en su discurso inaugural-. La vida eterna, que alcanza su plenitud en la Jerusalén celeste, “es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos”, dijo Benedicto XVI en su homilía en Aparecida, en donde “ya no habrá ni muerte ni luto, ni llanto ni dolor (...) (Ap. 21, 2-4). Es claro que ello “no debe ser motivo de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. Gaudium et Spes, 1)”.

A la luz de esta perspectiva, el Papa afirma, en su discurso inaugural, que “los pueblos latinoamericanos tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus Pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, ‘pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura..., a la cooperación en el bien común...hasta el reconocimiento, por parte del

hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ella es la fuente y el fin' (Populorum Progressio 21)".

El documento final de Aparecida integra las grandes opciones pastorales del Episcopado Latinoamericano a la luz de "la vida de Jesucristo para nuestros pueblos" y dentro "la misión de los discípulos al servicio de la vida plena". Como "grandes ámbitos, prioridades y tareas para la misión de los discípulos de Jesucristo en el hoy de América Latina", los Obispos en Aparecida vuelven a destacar las intrínsecas e inseparables relaciones entre "Reino de Dios, justicia social y caridad cristiana", se ponen al servicio de la dignidad humana desde "el valor supremo de cada hombre y mujer", reafirman la "opción preferencial por los pobres y excluidos", se empeñan en una "renovada pastoral social para la promoción humana integral", apuntan a la "globalización de la solidaridad y justicia internacional" (cfr. nn. 380-406). Entre los "rostros sufrientes que nos duelen" y que interpelan a una mayor atención caritativa y misionera, el documento final de Aparecida señala los de "las personas que viven en la calle en las grandes urbes", de los enfermos, de los adictos dependientes, de los migrantes, de los detenidos en las cárceles... (cfr. nn. 407-430). Hay que "trabajar incansablemente -había indicado el Papa en su audiencia a los participantes en la Asamblea de la Comisión Pontificia para América Latina- para ofrecer nuevas oportunidades a quienes se encuentran en la pobreza o en las zonas periféricas más abandonadas, para que puedan ser protagonistas activos de su propio desarrollo, llevándoles un mensaje de fe, de esperanza y de solidaridad".

Entre las "cuestiones que han alcanzado particular relevancia en los últimos tiempos" y en los que esta en juego la calidad de vida de las personas y las naciones, los Obispos renuevan su compromiso a favor del matrimonio y la familia, "uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y (...) patrimonio de la humanidad entera". Una "pastoral familiar intensa y vigorosa" -como pedía el Papa en su discurso inaugural- tiene que constituir, según los Obispos, "uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora" (cfr. nn. 432-437). "Precisamente la familia merece una atención prioritaria -decía el Papa a los nuncios apostólicos en América Latina-, pues muestra síntomas de debilitamiento bajo las presiones de *lobbies* capaces de influir negativamente en los procesos legislativos". El Episcopado latinoamericano exhorta a los legisladores, gobernantes y profesionales de la salud a

defender y proteger la familia, a la luz de una cultura de la vida, contra “los crímenes abominables del aborto y de la eutanasia, recordando la necesaria “coherencia eucarística” (n. 455). También el cuidado de la niñez (cfr. nn. 438-441), así como “el bien de lo ancianos” (cfr. nn. 442-445) son ámbitos de acción prioritaria para la Iglesia en América Latina. Se confirma la importancia de la opción preferencial por los jóvenes (cfr. nn. 443-451). Se pone especial atención y solidaridad a la promoción de “la dignidad y participación de las mujeres” (cfr. nn. 451-458), a lo que el documento final de Aparecida junta fuertes y novedosos textos sobre “la responsabilidad del varón y padre de familia” (cfr. nn. 459-463.). En las prioridades indicadas en el capítulo sobre “Familia, personas y vida” se incluye, en fin, la defensa y promoción de la cultura de la vida y el cuidado del medio ambiente (cfr. nn. 464-475).

El compromiso de la Iglesia con la educación en todas sus formas y niveles, con la evangelización de la cultura, con la pastoral urbana, con una renovada presencia en las comunicaciones sociales, van completando las grandes prioridades asumidas por los Obispos en Aparecida, para que nuestros pueblos tengan vida nueva en Cristo y ella se irradia en todos los ámbitos de la convivencia y de edificación de la sociedad (cfr. nn. 476-519).

9. La contribución de la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos

“La prioridad de la fe en Cristo y de la vida ‘en El’ (...) ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad ingente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?”. El Papa Benedicto XVI planteaba esta pregunta en su discurso a Aparecida para afrontar decididamente la cuestión de cómo puede “contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y la miseria”. Siete criterios fundamentales dejó planteados el Papa a los Obispos latinoamericanos al respecto.

El primer criterio es que resulta “inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo las que crean injusticia”, pues “las estructuras

justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo de la sociedad". El segundo se refiere a la pretensión, tanto del capitalismo y del marxismo, de responder con una mecánica presuntamente científica de cambio de estructuras, sin necesidad de plantearse la cuestión del sujeto y de su moralidad. Se trata de una premisa y una promesa ideológica "falsa": en efecto, "el sistema marxista, donde ha gobernado, no sólo ha dejado una triste herencia de destrucciones económicas y ecológicas, sino también una dolorosa opresión de las almas", mientras que en Occidente se advierte el constante crecimiento de "la distancia entre pobres y ricos y se produce una inquietante degradación de la dignidad personal con la droga, el alcoholismo y los sutiles espejismos de felicidad". En tercer lugar, el Papa indica que las estructuras justas "no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre los valores fundamentales", lo que plantea la cuestión de los fundamentos de la democracia y de la sociedad justa más allá de toda deriva relativista. En ese sentido, Benedicto XVI prosigue con una anotación de suma importancia: "Donde Dios está ausente -el Dios del rostro humano de Jesucristo- estos valores no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos". En cuarto lugar, el Papa señala que, "a la luz de los valores fundamentales", la búsqueda de estructuras justas es tarea de la razón política, económica y social -"cuestión de la recta ratio y no de ideologías-, que se sirve de "un tesoro de experiencias políticas y de conocimientos sobre los problemas sociales y económicos" para discernir los caminos a seguir y los que se han de evitar. "En situaciones culturales y políticas diversas y en el cambio progresivo de las tecnologías y de la realidad histórica mundial", importa esta aproximación racional en forma de juicios prudentiales. En quinto lugar, el Papa afirma que "este trabajo político no es competencia inmediata de la Iglesia", que no tiene que identificarse con partidos y posiciones políticas, en el "respeto de una sana laicidad". "Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector". En sexto lugar, hay en el discurso pontificio un llamamiento urgido a la responsabilidad de los laicos en la vida pública. "Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas". "Es preciso trabajar incansablemente -había dicho a los Obispos brasileños- en

la formación de los políticos, como también de todos los brasileños que tienen un determinado poder de decisión, grande o pequeño que sea”. El Papa concluye este itinerario de pensamiento volviendo a la afirmación, en cuanto criterio rector, de que “la presencia de Dios, la amistad con el hijo de Dios encarnado, la luz de su Palabra, son siempre condiciones fundamentales para la presencia y eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades”. Más aún: en su discurso a los Obispos del Brasil afirmó que “donde no se conoce a Dios y a su voluntad, donde no existe la fe en Jesucristo y en su presencia en las celebraciones sacramentales falta lo esencial para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos”. “De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos –dijo en su discurso inaugural– un inmenso caudal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia”. La verdad y la fuerza de toda profunda transformación de las condiciones de existencia reside en el amor. El Papa quiso resaltar un ejemplo concreto de ello en su visita a la “Fazenda da Esperanza”. Por eso mismo, exclamaba: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y el Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del amor!”. Es la “revolución del amor” de la que habló a los jóvenes en Colonia (Alemania), en agosto de 2005, durante la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud.

El documento de Aparecida retoma y, en algunos aspectos, desarrolla estos conceptos. “Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en que no haya inequidad –afirman los Obispos– y donde haya posibilidades para todos. Igualmente se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales” (n. 384). El documento recuerda la encíclica *Deus caritas est* (n. 28), cuando afirma que “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política” y no de la Iglesia, pero ésta “no puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia”. Tienen bien presente los Obispos que, “sea un viejo laicismo exacerbado, sea un relativismo ético que se propone como fundamento de la democracia, animan a fuertes poderes que pretenden rechazar toda presencia y contribución de la Iglesia en la vida pública de las naciones y la presionan para que se repliegue en los templos y sus servicios ‘religiosos’. Consciente de la distinción

entre comunidad política y comunidad religiosa, base de sana laicidad, la Iglesia no cesará de preocuparse por el bien común de los pueblos y, en especial, por la defensa de principios éticos no negociables porque arraigados en la naturaleza humana” (n. 504). En ese sentido, tarea fundamental de la Iglesia es purificar la razón de todos los elementos que la ofuscan y “despertar en la sociedad las fuerzas espirituales (...) y los valores sociales” (cfr. n. 385), hacer “converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas” (cfr. n. 538), pues “democracia sin valores”, puramente formal, sin vasta participación popular y sin respeto de los derechos humanos, “se vuelve fácilmente una dictadura y termina traicionando al pueblo” (cfr. n. 74, 538). Para ello, la Iglesia “ha de educar y conducir cada vez más a la reconciliación con Dios y con los hermanos”, sumando y no dividiendo; “importa cicatrizar heridas, evitar maniqueísmos, peligrosas exasperaciones y polarizaciones” (n. 534). Más aún: “es necesario educar y favorecer en nuestros pueblos todos los gestos, obras y caminos de reconciliación y amistad social, de cooperación e integración” (cfr. n. 539). La Iglesia “alienta y favorece la reconstrucción de la persona y de sus vínculos de pertenencia y convivencia, desde un dinamismo de amistad, gratuidad y comunión”, promueve la realización del principio de subsidiariedad, educa y realiza una “cultura de la paz” (cfr. nn. 535, 539, 542, 543). De tal modo, la Iglesia colabora “en la consolidación de las frágiles democracias, en el positivo proceso de democratización en América Latina, aunque existan actualmente graves retos y amenazas de desvíos autoritarios”; por eso, “urge educar para la paz, dar seriedad y credibilidad a la continuidad de nuestras instituciones civiles, defender y promover los derechos humanos, custodiar en especial la libertad religiosa y cooperar para suscitar los mayores consensos nacionales” (cfr. n. 541).

Los Obispos latinoamericanos concuerdan con el Papa la seria preocupación por “la notable ausencia” de líderes católicos en ámbitos de la vida pública y le dedican un subcapítulo (cfr. 10.5) de reflexiones y orientaciones. Se reafirma, pues, con fuerza la responsabilidad de los fieles laicos en la secularidad (cfr. n. 210) y la prioridad pastoral de su formación cristiana, de la coherencia entre la fe y la vida en sus diversos compromisos, de su conocimiento y aplicación creativa de la Doctrina social de la Iglesia, de su integridad moral y competencia, y de la compañía y sostén que requieren los “constructores de la sociedad” (cfr. nn. 501 y ss.).

10. Desde una renovada conciencia Latinoamericana

Recorre todo el acontecimiento de “Aparecida” una renovada toma de conciencia de América Latina, en su singularidad histórico-cultural, como “mundo” de encarnación e inculturación del Evangelio de Cristo, como proximidad de fraternidad, solidaridad y comunión, como tarea histórica a la luz del designio de Dios. Descuella, pues, nuevamente, con fuerza y claridad, la autoconciencia eclesial y latinoamericana en las circunstancias concretas de inicios del siglo XXI.

En su discurso a los representantes diplomáticos de la Santa Sede en los países latinoamericanos, S.S. Benedicto XVI pone de relieve la creciente inserción del área latinoamericana “en las dinámicas mundiales y cada vez más condicionada por los efectos de la globalización”. Para afrontar ese desafío, el Papa observa “que las naciones que la componen tratan de afirmar, de diversas maneras, su identidad y su peso en el camino histórico del mundo de hoy”. Y aún más: “sintiéndose como ‘hermanas’ quieren llegar a ser también una comunidad, unida en la paz y en el desarrollo cultural y económico”. Más concretamente, los Obispos en Aparecida también aprecian “en los últimos 20 años avances significativos y promisorios en los procesos y sistemas de integración de nuestros países. Se ha intensificado las relaciones económicas y políticas. Es nueva la más estrecha comunicación y solidaridad entre el Brasil y los países hispanoamericanos y caribeños”. Sin embargo, “hay muy graves bloqueos que empantanar esos procesos”. El documento cita la fragilidad y ambigüedad de “una mera integración comercial” y su reducción como “cuestión de cúpulas políticas y económicas, sin arraigar “en la vida y participación de los pueblos”. Sobre todo, se constata que, “no obstante el lenguaje político abunde sobre la integración, la dialéctica de la contraposición parece prevalecer sobre el dinamismo de la solidaridad y amistad”. “La unidad no se construye -concluye el documento- por contraposición a enemigos comunes sino por realización de una identidad común” (n. 528).

¿Se puede acaso hablar en nuestro tiempo de “identidad latinoamericana” como lo hacen el Papa y los Obispos? La pregunta no es ociosa. Hubo quienes pretendía definir ante todo América Latina como realidad multiétnica, multicultural y multirreligiosa. La presunta obviedad de esta afirmación llevaba a desconocer o relativizar radicalmente la

identidad de una América Latina, que queda así como mero continente sin contenidos realmente unificadores. Sin embargo, la respuesta fue muy clara. El documento de la III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano se había referido a América Latina como “originalidad histórico-cultural”, sellada por la evangelización y simbolizada en el rostro mestizo de María de Guadalupe. Benedicto XVI intuyó claramente esta vocación original, recordando a los representantes diplomáticos de la Santa Sede las palabras de Juan Pablo II en la inauguración de la IV Conferencia de Santo Domingo (12.X.92), que habló “de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia”. Y sus primeras palabras en el discurso inaugural fueron referidas a esos pueblos “y a la rica cultura cristiana de este continente expresada en el arte, la música, la literatura y, sobre todo, en las tradiciones religiosas y en la idiosincrasia de sus gentes, unidas por una misma historia y un mismo credo, y formando una gran sinfonía en la diversidad de culturas y lenguas”.

“No somos un mero continente -subrayaron los Obispos en Aparecida-, apenas como un hecho geográfico con un mosaico incompatible de contenidos. Tampoco somos una suma de pueblos y etnias que se yuxtaponen” (n. 525). El “mestizaje es la base social y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos” (n. 88), intentando, en medio de contradicciones, una síntesis de muchos aportes en pos de una “convergencia en una historia compartida” (cfr. n. 56). “Una y plural, América Latina es la casa común, la gran patria de hermanos (...)”. Es la “Patria grande” de la que hablaron “Puebla” y “Santo Domingo”, y “la V Conferencia expresa su firme voluntad de proseguir ese compromiso” (Cfr. nn. 525-526). Desde la introducción misma del documento de Aparecida se afirma que “el don de la tradición católica es un cimiento fundamental de identidad, originalidad y unidad de América Latina y el Caribe: una realidad histórico-cultural marcada por el Evangelio de Cristo, realidad en la que abunda el pecado -de opresión, violencia, ingratitudes y miserias - pero donde sobreabunda la gracia de la victoria pascual” (n. 8). Por eso puede también decir el documento que “no hay por cierto otra región que cuente con tantos factores de unidad como América Latina -de los que la vigencia de tradición católica es cimiento fundamental de su construcción-, pero se trata de una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones, todavía incapaz de incorporar a sí ‘todas las sangres’

y de superar la brecha de estridentes desigualdades y marginaciones” (n. 527). No es por casualidad que a continuación del subcapítulo que trata “sobre la unidad y fraternidad de nuestros pueblos” (cfr. 10.7) siga otro sobre “la integración de los indígenas y afrodescendientes” (cfr. 10.8) y culmine otro aún referido a “caminos de reconciliación y solidaridad” (cfr. 10.9).

Si la Iglesia católica se reconoce en las enseñanzas del Concilio Vaticano II como “sacramento de unidad del género humano, es en América Latina y el Caribe “sacramento de comunión de sus pueblos. Es morada de sus pueblos; es casa de los pobres de Dios. Convoca y congrega a todas sus diversísimas gentes en su misterio de comunión, sin discriminaciones ni exclusiones por motivos de sexo, raza, condición social y pertenencia nacional” (n. 524). Es designio y milagro de unidad que se va abriendo paso en medio de la historia de los hombres, todavía marcada por el pecado pero ya destinada a la “patria de la plena comunión de Dios con los hombres”. En ese camino la Iglesia es testimonio y servicio, desde el Evangelio, de todo lo que favorece la comunión de las personas, la integración de los pueblos y la edificación de una común familia humana.

11. El ímpetu de una “misión continental”

Quien ha tenido la gracia de participar en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida y quien lea atentamente su documento final no puede menos que observar cómo una voluntad e ímpetu misioneros recorrió todas sus jornadas y sus páginas. Hubo la viva conciencia de entrar, de tener que entrar, de querer entrar, en una nueva fase misionera al servicio de las personas, las familias y los pueblos de América Latina.

“La Iglesia peregrinante es misionera –citan los Obispos el decreto conciliar *Ad gentes*, n. 2– porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre”. Por eso, “el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos” (cfr. n. 346). “Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla” repitieron al unísono el Papa y los Obispos. “Cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar

de anunciar al mundo que sólo El nos salva (cf. Hch. 4, 12). El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”. Así lo indicó el Papa, y lo expresaron los Obispos en todo el documento: “Cuando crecer la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo” (cfr. n. 145). Por eso, “para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos” (cfr. n. 564). Hay que despertar “a los bautizados que han dejado esa gracia de participación en el misterio pascual y de incorporación en el Cuerpo de Cristo bajo una capa de indiferencia y olvido” (cfr. n. 564), “cuidar el tesoro de la piedad católica de nuestros pueblos para que resplandezca la perla preciosa que es Jesucristo y sea siempre nuevamente evangelizada en la fe de la Iglesia y por su vida sacramental” (id.) y responder adecuadamente a la sed religiosa de “los que han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos” mediante un encuentro con Jesucristo, una vivencia comunitaria, una formación bíblico-doctrina y un compromiso misionero de toda la comunidad, saliendo a su encuentro, interesándose por su situación, para “reencantarlos con la Iglesia e invitarlos a volver a ella” (Cfr. 216-217).

Ha sido el Papa que ha invitado a la Iglesia latinoamericana “a una misión evangelizadora que convoque a todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño” que es el pueblo de Dios en América Latina. Así lo decía en su discurso a los Obispos brasileños: En ese esfuerzo evangelizador, la comunidad eclesial se destaca por las iniciativas pastorales, al enviar, sobre todo entre las casas de las periferias urbanas y del interior, sus misioneros, laicos o religiosos, buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad (...). El pueblo pobre de las periferias urbanas y del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia, sea en el socorro de sus necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundamentada en la justicia y la paz”; hay que “estar particularmente atento en ofrecer el divino bálsamo de la fe, sin descuidar el ‘pan material’ ”.

La respuesta de los Obispos ha sido muy clara e impetuosa. La V Conferencia “desea despertar la Iglesia en América Latina y el Caribe para un gran impulso misionero -se proponen los Obispos-. No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de ‘sentido’, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que El nos convoca en Iglesia y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en América Latina. Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos areópagos de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia” (n. 548). La Iglesia necesita “una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del continente. Necesitamos que cada comunidad se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente, una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y esperanza” (cfr. n. 362).

Así están dadas las premisas -el espíritu, las enseñanzas, orientaciones y prioridades- para la “misión continental” que se propone la Iglesia en América Latina desde el acontecimiento de Aparecida. Ésta es muy grande y sería responsabilidad planteada a todos los cristianos y comunidades cristianas, a las diócesis y a las conferencias episcopales y, en modo servicial, al CELAM, por su papel de animación, propulsión y acompañamiento de un camino misionero que ponga a toda la Iglesia latinoamericana en un movimiento de conjunto. “En este sentido -escribió S.S. Benedicto XVI a los Obispos latinoamericanos, con fecha 29 de junio de 2007, ha sido para mí motivo de alegría conocer el deseo de realizar una ‘Misión Continental’”.

12. Reconocimiento y aliento

En su carta del 29 de junio de 2007, S.S. Benedicto XVI autoriza la publicación del Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Hay quien destaca que no se trata de una aprobación pontificia del documento. Esto es obvio, pero no implica, en absoluto, una toma de distancia crítica a su respecto. Después de cada una de las cinco Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, los sucesivos pontífices han operado de modo similar: han autorizado la publicación de los documentos conclusivos, con palabras de reconocimiento, aprecio y aliento, para animar y enriquecer la vida y misión de la Iglesia en América Latina, siempre “en comunión con la Santa Sede y el debido respeto por la responsabilidad de cada Obispo en su propia Iglesia particular”. El Papa valoriza de tal modo la responsabilidad y las decisiones asumidas por los Obispos en la realización de esta experiencia original que es una Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

No hay mejor reconocimiento, que el manifestado en la carta del Papa, “por el amor a Cristo y a la Iglesia, y por el espíritu de comunión que ha caracterizado dicha Conferencia General”, pidiendo al Señor que “sea luz y aliento para una fecunda labor pastoral y evangelizadora en los años venideros y destacando las “numerosas y oportunas indicaciones pastorales, motivadas con ricas reflexiones a la luz de la fe y del contexto social actual” del documento final.

Lo más recomendable para todos los católicos latinoamericanos es ahora leer y releer este documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, meditarlo, asimilarlo, dejarse interpelar por sus contenidos, con la actitud de respeto y adhesión y con la disponibilidad a la conversión que requieren sus enseñanzas, orientaciones y prioridades sostenidas por el consenso casi unánime de los Obispos presentes en Aparecida y por el reconocimiento y aliento del Santo Padre. Hay que comunicarlo y compartirlo por doquier, lo más ampliamente posible. Merece la mayor atención a todos los latinoamericanos, más allá de sus convicciones religiosas, porque la Iglesia católica es presencia fundamental en la historia, actualidad y destino de nuestras naciones y porque afronta cuestiones decisivas para la vida de las personas y los pueblos.

Sumario

Un principio hermenéutico fundamental para estudiar el Documento de Aparecida es identificar las grandes líneas que le dan forma al texto, más que ir a buscar la multiplicidad de temas que aborda. Los ejes temáticos que el autor destaca en el DA forman una tríada: vida-misión-discipulado. Además de los ejes temáticos se resalta en el artículo el tono novedoso, el estilo propio y los acentos del documento, a partir de la identificación de las palabras que más aparecen, de las palabras nuevas y de las que no se repiten tanto como un lector desprevenido supondría.

Claves de interpretación y aplicación del documento de Aparecida

Víctor Manuel Fernández, Pbro.

Doctor en Teología. Vice-Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Argentina.

Estamos en un momento crítico para la recepción de Aparecida. De nuestra apertura para asumir esta novedad del Espíritu y para plasmarla en cauces concretos, dependerá que se convierta en un momento verdaderamente renovador para América Latina o que caiga pronto en el olvido. En orden a la recepción y aplicación del Documento propongo algunas claves de lectura.

1. Criterio fundamental de interpretación

¿Cuál es la propuesta de la V Conferencia?. El Documento trata muchísimos temas de actualidad: desde el cambio de época, la economía de mercado, la integración latinoamericana o la ecología, hasta los migrantes, la comunicación social, los padres de familia o la animación bíblica de la pastoral.

Pero más que ver cuáles son los variados temas que aborda, lo importante es percibir las grandes líneas que le dan forma. Este es un principio hermenéutico fundamental para un documento de este tipo. Hay que tener muy en cuenta que no es un libro escrito por una sola persona, que se sienta a pensar bien cada frase que escribe y redacta lo que a él le parece. Este es un documento hecho por más de 260 personas.

Por eso no conviene leerlo para buscar frases interesantes, ya que hay frases colocadas por insistencia de alguna persona, o palabras modificadas por la propuesta de algún miembro muy respetable, pero que no siempre representan las preocupaciones de la mayoría. En esos detalles es posible que no siempre haya consenso. Por eso no cabe ir a este documento a buscar expresiones que a uno le gusten. Algunos leen una frase que no les agrada, y por eso ya arrojan todo el documento a la basura, olvidando que lo que interesa aquí son las grandes propuestas.

Mejor es descubrir los grandes acentos que resultaron de un proceso de intenso debate y constante participación.

Tampoco tiene mucho sentido preocuparse por encontrar lo que el Documento dice sobre un tema que a uno le interesa. Los que van sólo a mirar qué se dice sobre un asunto que les apasiona (la pastoral juvenil, o la pastoral del turismo, o la ecología, o las CEBs), seguramente se desilusionarán. Si el Documento dice poco sobre ese tema o no dice lo que ellos esperan, posiblemente despreciarán todo el esfuerzo realizado. Pero esa actitud sería la expresión de una incapacidad de entrar en una pastoral de conjunto, una dificultad para subordinar los propios intereses a un camino comunitario que el Espíritu Santo quiere suscitar en el Continente.

Este Documento es el resultado de muchos días de discusión y de oración comunitaria para ir encontrando *grandes coincidencias, algunos consensos fundamentales que nos unan a todos* los que queremos evangelizar en América Latina y el Caribe. Por eso, lo que interesan aquí son las *grandes líneas*, los *núcleos de fondo* que estructuran el conjunto del Documento y que permiten comprender el sentido que se quiere dar a las distintas frases y a los diversos párrafos. En un texto hecho a partir de un diálogo de tres semanas, y varias veces revisado, podemos pensar que los temas que están más destacados y repetidos son los que realmente interesaban a la gran mayoría y que representan el pensamiento de la V Conferencia, no sólo de algunas personas o grupos.

Este mismo presupuesto hermenéutico es el que invita a no otorgar demasiada importancia a los cambios que se realizaron al texto después de su votación, precisamente porque esos cambios no modifican los grandes consensos y los núcleos básicos del Documento, y se refieren a cuestiones particulares sobre las que podrían haber diferentes opiniones. Por ejemplo, para las CEBs, más importante que leer lo que se dice sobre ellas mismas, es reconocer el acento del documento sobre la opción preferencial por los pobres, puesto que dice que “debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades” (DA 396), e insiste en la necesidad de una mayor cercanía real a los pobres (cf. DA 397).

2. Los tres ejes básicos

La clave principal para entender bien el texto es precisamente el tema general de la V Conferencia: *“Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en él, tengan vida”*. El tema engloba tres grandes ejes que son las que de hecho estructuran todo el Documento: vida-misioneros-discípulos.

- 1) El gran eje del tema es *“para que tengan vida”*. El “para qué” es sumamente importante, porque indica la finalidad de toda la actividad de la Iglesia: “La propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, *el contenido fundamental de esta misión*, es la oferta de una vida plena para todos” (DA 361). A veces se acusa a los cristianos de una prédica más bien negra o negativa, hablando más de prohibiciones que de propuestas positivas. Pero su mensaje es el Evangelio de Jesucristo, que es una oferta de vida. Esto significa que todo lo que hace la Iglesia debe ser *para promover una vida más digna y más plena*, para que la gente pueda vivir mejor. Hoy queremos mostrar que la relación con Jesucristo no nos hace menos felices, sino que nos ayuda a desarrollarnos plenamente y a disfrutar más de la existencia. Así queda claro que la fe católica no pretende hacer sufrir a las personas o limitar su felicidad legítima. La propuesta de Jesús siempre debería dar ganas de vivir, llenar de ilusión y de esperanza:

“Su amistad no nos exige que renunciemos a todos nuestros anhelos de intensidad vital, porque él ama nuestra felicidad también en esta tierra. Dice el Señor que Él creó todo ‘para que lo disfrutemos’ (1 Tim 6, 17). La vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana... Sólo así se hará posible percibir que Jesucristo es nuestro salvador en todos los sentidos de la palabra. Sólo así manifestaremos que la vida en Cristo sana, fortalece y humaniza” (DA 355-356).

Esto tiene expresiones muy concretas. Vale la pena detenerse a leerlas:

“La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo

de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero. Podemos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia, y así brota una gratitud sincera” (DA 356).

Es interesante que un documento diga que la vida en Cristo incluye el entusiasmo por progresar y el placer de la sexualidad. Así queda claro que la fe católica no pretende hacer sufrir a las personas o limitar su felicidad legítima.

Este acento puesto en la vida digna y plena que Jesús nos quiere dar, tiene consecuencias pastorales muy prácticas en todo lo que haga la Iglesia:

“La doctrina, las normas, las orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, deben dejar transparentar esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y de El Caribe” (DA 361).

Esto no implica renunciar a educar las pasiones y los deseos, cosa tan necesaria hoy, pero siempre habrá que hacerlo de tal manera que se manifieste que esa educación está al servicio de una vida más digna y feliz.

Esta propuesta de vida está íntimamente unida a Jesús mismo. La relación personal con él nos amplía los horizontes para alcanzar una felicidad más plena, para encontrarle el sentido más profundo a todo lo que nos pasa, también a los momentos duros: “Jesucristo nos ofrece mucho, incluso mucho más de lo que esperamos... Se entrega él mismo como la vida en abundancia” (DA 357). La relación personal con Jesucristo ha sido alegría y esperanza para millones de personas a lo largo de 2000 años y lo sigue siendo hoy.

- 2) Vamos a un segundo aspecto de este gran tema. Se quiere mostrar que una vida digna y feliz no se realiza en el aislamiento y en la comodidad individualista. Uno de los grandes peligros de la época en que vivimos es que cada uno se encierre sólo en su mundo

privado, buscando nada más que sus intereses personales y cuidando sus espacios de comodidad y placer de un modo enfermizo. Así no es posible una vida digna, no es posible la solidaridad, ni la amistad, ni la preocupación por los pobres, ni el compromiso ciudadano. El Documento recuerda que una ley de la vida es que la vida crece en la medida en que uno la comunica (DA 360). Así aparece el segundo gran eje, que es la *misión*: El empeño por compartir y comunicar lo que hemos recibido.

A partir de esta convicción se quiere promover una actividad misionera mucho más intensa, para llegar especialmente a las periferias y a los que están más abandonados, como pidió insistentemente al Papa en Brasil. Consiste en buscar una mayor cercanía, sobre todo con los pobres.

En este llamado misionero no se trata sólo de predicar. Cada uno lo realizará según su propia vocación. Un periodista lo hará particularmente buscando la verdad y promoviendo valores, un político lo hará buscando sinceramente y con sacrificio el bien común, más que la mera conquista del poder, un docente lo hará disfrutando de su misión de ayudar a crecer a sus alumnos. Pero a todos se convoca, más allá de sus actividades ordinarias, a buscar a los que están alejados de Jesucristo o prescinden de él en sus vidas.

Dentro de esta actividad misionera se destaca el aliento para que los laicos colaboren en la transformación de las estructuras de la Sociedad civil. Cuando se lamentan las sombras de la Iglesia en América Latina se dice: “Constatamos el escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad” (DA 100c). Sin duda esta es una de las preocupaciones que reaparece, de una forma o de otra, en todo el Documento.

Sostiene también que “es una contradicción dolorosa que el continente del mayor número de católicos sea también el de mayor inequidad social” (DA 527). Se percibe que aquí no se logró *iluminar y transformar con el Evangelio la realidad social*, y se destaca “una notable ausencia en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coheren-

tes con sus convicciones éticas y religiosas” (DA 502). Al mismo tiempo, se reconoce que “si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales” (DA 501).

La propuesta misionera incluye este fuerte llamado a la participación de todos en la vida pública. También se pide a las parroquias que no se ocupen sólo de sus agentes pastorales sino de formar y acompañar a “los laicos insertos en el mundo” (DA 306).

El Documento es muy profético en lo que respecta a la misión, porque pide que todas las estructuras de la Iglesia se reformen de manera que sean más misioneras, que estén más al servicio de esta vida digna y plena de la gente. Pero también pide “abandonar las estructuras caducas” que no sirvan a esta finalidad (DA 365). Habrá que ver el coraje de las Diócesis y de todas las instituciones de la Iglesia a la hora de sacar las consecuencias concretas de estas afirmaciones.

- 3) Finalmente, vamos al tercer eje: Nosotros, los cristianos, creemos que podemos ofrecer un mejor servicio al pueblo latinoamericano y caribeño si somos realmente *discípulos* de Jesucristo.

No es lo mismo alguien que proclama una verdad creyendo que es un sabio o un dueño de la verdad, que alguien que se considera un humilde discípulo, necesitado del Maestro, que aprende de él todos los días, que necesita volver a escucharlo, volver a consultarlo, volver a imitarlo. Al mismo tiempo, alguien que tiene corazón de discípulo sabe que también tiene que aprender de los demás, y por eso fomenta el diálogo con los diferentes, se deja cambiar los esquemas, se deja enriquecer por los otros. Evidentemente, no es lo mismo un sacerdote, un político o un docente, si tiene o no tiene un corazón de discípulo.

Se quiere remarcar que *todos* somos discípulos (el Papa, los empresarios, cada ama de casa, etc.) y que *siempre* somos discípulos, hasta la muerte. Por esta misma razón se dedica todo el largo capítulo seis al encuentro personal con Jesucristo y a la formación permanente de los cristianos.

Este eje también invita a simplificar la vida y la predicación, porque destaca, siguiendo al Papa, que se trata ante todo del encuentro con Cristo, más que de una decisión ética o de una mera doctrina (DA 243).

3. Las palabras de Aparecida

Pero si queremos profundizar un poco más, propongo un recurso para reconocer el tono novedoso, el estilo propio y los acentos del documento de Aparecida: es ver cuáles son las palabras que más aparecen, y también reconocer cuáles no se repiten tanto como uno supondría. En este documento aparecen palabras nuevas, y otras se destacan más que en documentos anteriores. Por otra parte, hay expresiones más bien negativas que aparecen poco.

Me gusta repetir que el Documento de Aparecida, más que el resultado del trabajo de algunos teólogos, es una obra común llena de imperfecciones, pero que recoge mucha riqueza. Los temas que están más destacados y repetidos son los que realmente interesaban a la gran mayoría, expresan una “conciencia colectiva” y representan el pensamiento de la V Conferencia, no el de algunos grupos particulares. Estas preocupaciones son verdaderos signos de los tiempos, que marcan nuevas tendencias en la Iglesia latinoamericana y caribeña actual. ¿Cuáles son?

Palabras que gritan

En primer lugar, veamos las trece palabras más repetidas en todo el documento, exceptuando, obviamente, artículos, pronombres y preposiciones. Menciono doce, porque estas palabras se repiten más de 200 veces cada una. Son, en orden decreciente: Vida, Jesucristo, Iglesia, misión/misionero/a/s, Dios, hombre, discípulo/a/s, comunidad/comunitario, cultura, amor, formación/formar, América Latina/Continente. Este grupo de palabras que se destaca sobremanera, indica ya una orientación básica, que se concentra con mucha fuerza en los agentes pastorales (discípulos, misioneros, formación), pensados comunitariamente, para llevar la vida y el amor de Jesucristo al ser humano y a la cultura en América Latina.

Pero hay un segundo grupo de diez palabras, que aparecen más de 100 veces, y que permiten reconocer algunas tareas importantes dentro de este gran marco. Son: pueblo/s, pastoral, familia/s, social, pobre/s, evangelizar, fe, educación, verdad, Biblia/Escritura. Este segundo grupo de palabras permite reconocer a los pobres como destinatarios privilegiados, acentuando la dimensión social de la actividad pastoral (pueblo, social), pero enmarcando claramente esta preocupación dentro de una propuesta evangelizadora que no se separa de la fe, del amor a la verdad, y de la luz de la Palabra. Junto con esta cuestión fundamental, se sitúa la preocupación por la familia y por la educación.

Un tono positivo y renovador

La palabra “vida”, de lejos, lleva la delantera. Aparece 631 veces en el documento. Esta palabra indica la plenitud vital que Jesús ofrece, y da un tono marcadamente positivo a todo el documento.

El segundo acento es el de la misión, indicada más de 380 veces. Así se remarca el interés por lograr un dinamismo misionero eficaz, eliminando lo que aliente un cristianismo cerrado, cómodo, individualista o intimista.

La palabra “discípulo/a” aparece como en ningún otro documento de la Iglesia, más de 260 veces. Esto también marca un estilo.

Si tomamos en cuenta palabras que indican tareas privilegiadas, sin duda se destacan los pobres (130 veces). Con respecto a la opción por los pobres, lo que agrega esta V Conferencia a lo ya dicho en las anteriores es indicar que el sentido de la expresión “preferencial” es que “debe *atravesar* todas las estructuras y prioridades pastorales” (DA 396), y que tenemos que pasar de las ideas y palabras a una *cercanía real*, que implica *dedicar tiempo* a los pobres y llegar a ser sus amigos, para así poder reconocer sus valores y acompañarlos verdaderamente en la defensa de sus derechos (DA 397-398). Aquí se acogió la autocrítica de muchos, que han reconocido que hablamos mucho sobre los pobres, pero pocos estuvimos realmente cerca de ellos. Los barrios pobres han sido los menos atendidos pastoralmente. En esta misma línea, se quiere asumir un *nuevo estilo*, más evangélico, que se caracterice por la *cercanía* a la gente, compartiendo su vida.

Se advierte también el interés por promover un mayor contacto de los fieles con la Biblia, por lo cual se quiere evitar hablar de la pastoral bíblica como de un sector de la actividad pastoral, y se prefiere concretar la *animación bíblica* de toda la pastoral (DA 248). Esto despertaba un gran interés dentro de la V Conferencia, cosa que no sucedía con esa intensidad en las Conferencias anteriores.

Se reafirma que la misión propia y específica de los laicos “se realiza *en el mundo*, de tal modo que con su testimonio y su actividad contribuyan a la transformación de las realidades y la creación de estructuras justas” (DA 210). Las palabras “política/os” (66 veces) y “economía/económico” (75 veces) tienen una llamativa frecuencia.

La irrupción de nuevas palabras

Hay palabras que expresan nuevas preocupaciones, que no tienen un desarrollo tan amplio, pero recogen inquietudes que han tomado mucha fuerza en los últimos años, y que tenían menos relevancia en las Conferencias anteriores.

Ciertamente el fenómeno de la *globalización* y el cambio de época, que se analiza en sus diversas manifestaciones, como el desempleo, el subjetivismo, etc., pero sin dejar de reconocer algunos aspectos positivos.

Entre las cuestiones más particulares, aparece la situación de los *migrantes*, que angustia sobre todo a los obispos de América Central, de México y del Caribe.

Otra es la de los *indígenas*, a quienes se presenta como los “otros diferentes” y con quienes se quiere tener espacios de diálogo, respetando sus culturas y su modo de vivir, y no sólo acercándose a ellos con actitudes paternalistas.

Junto con ellos se destacan los *afroamericanos*, con quienes también se quiere desarrollar un diálogo que respete su identidad, sus proyectos propios, su memoria cultural, etc.

En esta misma línea de respeto y valoración de las diferencias, se dedica un espacio a las *mujeres* (78 veces), pero reconociendo no sólo el valor de la maternidad sino también su lugar en la vida pública, aunque no se asuman las ideologías de género.

También, aun con los cambios que sufrió el texto, adquieren un espacio novedoso las *Comunidades eclesiales de base*. Se advierte una inédita preocupación por la *ecología* y la defensa de la *Amazonia*, por los *ancianos* y por los medios de comunicación (incluyendo una valoración positiva de *Internet*). Una relevancia nueva se dio a la pastoral específicamente *urbana* (ciudad/urbano aparece 87 veces). Además se retoma la preocupación por la *integración regional*.

Estos son ciertamente nuevos signos de los tiempos que dan a la V Conferencia un rostro bien actual.

Lo que no se nombra

Hay palabras ausentes o que se repiten muy poco. Algunas tienen una historia. Por ejemplo, veamos que la palabra “sectas” aparece sólo una vez. Aunque se decía en los medios de comunicación que la principal preocupación de la Iglesia en América Latina era el éxodo de católicos hacia las sectas, eso no se ve reflejado en el Documento. En los primeros debates e intervenciones, la palabra “sectas” aparecía mucho, pero algunos obispos hicieron notar que a veces, dentro de esa expresión, se incluían despectivamente las comunidades eclesiales que están en diálogo ecuménico con la Iglesia Católica. Se pidió disculpas a los evangélicos presentes y se prefirió cuidar más el lenguaje al respecto.

Si bien “bioética” y “aborto” aparecen 7 veces cada una, no aparecen jamás “anticoncepción, preservativos, control de la natalidad”. Se evidencia así que, a la hora de hablar de esos temas se prefirió poner el acento en los que tienen mayor importancia.

Sólo me permito advertir que, además de las repeticiones, es importante ver los adjetivos y el tenor de muchas frases donde aparecen estas palabras, porque también ocurre que una expresión no tenga tanta frecuencia pero que sea remarcada de otras maneras. Por ejemplo, si

bien la Palabra de Dios aparece mucho más¹ que la Eucaristía –lo cual es novedoso y renovador– el modo de referirse a la Eucaristía y a los Sacramentos es muy significativo.

Igualmente, si bien la expresión “neoliberal” aparece sólo una vez, cuando uno lee el diagnóstico de la realidad del capítulo 2, puede reconocer que todo lo que hoy se critica al neoliberalismo está bien presente. Basta leer los puntos 61-69.

Si bien no aparece jamás la “teología de la liberación”, como reflexión característica desarrollada en América Latina, sí se dice que la opción preferencial por los pobres “es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña” (DA 391), y se invita a “valorar la rica reflexión posconciliar de la Iglesia presente en América Latina y el Caribe, así como la reflexión teológica, filosófica y pastoral de nuestras Iglesias” (DA 345).

4. Sentido y cauces de la Misión Continental

A la hora de aplicar el Documento de Aparecida, el tema crucial es el de la concretización de la Misión Continental. La V Conferencia no quiere sobreponerse a los planes y líneas pastorales de las distintas Conferencias Episcopales y de las Diócesis. Sólo pretende promover un estado permanente de misión que comunique la alegría de ser discípulos y ayude a experimentar una vida digna y plena en Cristo. Ahora se espera que “las Conferencias Episcopales y otros organismos locales avancen en consideraciones más amplias, concretas, y adaptadas a las necesidades del propio territorio” (DA 431). En general no se piensa en nuevas superestructuras continentales. Se pone el acento en la creatividad de cada Diócesis y en todo caso de cada Conferencia Episcopal. Por eso se prefiere no hablar de una misión “del” Continente sino de iniciar una misión permanente “en” el Continente.

374

Pero los planteos del Papa en su visita a Brasil, insistiendo en llegar a las periferias con todas las fuerzas vivas, y las líneas que nos da el

¹ Comparemos la frecuencia de “Biblia, bíblica, Palabra, Escritura” (105 veces) con la frecuencia de “Eucaristía, Misa, eucarístico/a” (56 veces).

Documento de Aparecida, ya nos aportan orientaciones prácticas que permiten concretar la Misión. Creo que las mediaciones que permitirían que este acento misionero sea un verdadero hito en la historia, serían ante todo tres:

- 1) Organizar en cada Diócesis una *misión en las periferias* más pobres, alejadas y abandonadas, dotándola generosamente de personas y de recursos.
- 2) Pero no debería reducirse a una misión en los hogares, cosa que no todos podrían hacer. Aquí aparece entonces un segundo cauce para la misión: Crear *espacios de acompañamiento y de formación* de los laicos que cumplen su misión específica en la *vida pública*.
- 3) Incorporar constantemente en la predicación las *motivaciones que alienten* el compromiso misionero de todos los cristianos.

Dentro de este marco, hay dos cuestiones muy resaltadas en el Documento que podrían integrarse en esta misión: la animación *bíblica* de toda la pastoral (misión con la Biblia en la mano) y la preocupación por llevar a todos al banquete dominical de la *Eucaristía*, aunque no siempre pueda celebrarse la Misa (DA 253).

El contenido de la misión debería acoger la indicación tan contundente que aparece en el mismo Documento: “El contenido fundamental de esta misión es la oferta de una vida plena para todos” (DA 361). Se trata del anuncio de Jesucristo que nos salva y nos ofrece vida en plenitud, llamándonos a todos al discipulado para crecer en esa vida.

Si se quiere incorporar un signo de comunión que permita advertir, recordar y celebrar el espíritu latinoamericano de esta Misión, podría establecerse un domingo anual en el que todas las Diócesis de América Latina y El Caribe celebren simultáneamente, en un acto masivo o en cada parroquia, el día de la Misión Continental y reaviven así el ardor y el compromiso.²

² Para la lectura y aplicación del Documento en nuestras comunidades, ofrezco un aporte más completo en mi libro: *Aparecida. Guía para leer el documento y crónica diaria*, San Pablo (Buenos Aires) – Dabar (México), 2007.

Sumario

El autor llama la atención sobre la profusión de citas bíblicas en el Documento de Aparecida, superior al de las Conferencias generales anteriores. Sin embargo, la verdadera fortaleza de Aparecida es el recurso a la Palabra de Dios como fuente de inspiración para el planteamiento del tema central de la V Conferencia: “discípulos - misioneros - vida”. Los Obispos elaboraron su reflexión teológica y pastoral desde la revelación de Dios consignada en las Escrituras, leída como fuente de verdad y discernimiento en el caminar de la Iglesia en Latinoamérica. Se plantea un gran desafío: pasar de lo que tradicionalmente se ha llamado “pastoral bíblica” a una animación bíblica de la pastoral, la cual consiste en recuperar para todos los fieles la riqueza de la Escritura como alimento imprescindible que la Cabeza (el Señor glorificado) ofrece a su Cuerpo (la Iglesia redimida). Así, los fieles cristianos podrán asumir el estilo de vida de Jesús: pasión por el Padre y por el encargo del Padre, el Reino; renunciar a sí mismo y cargar la cruz; inmolar la vida por Jesús y el Reino; opción por los pobres y marginados; y llevar a cabo adhesiones vitales.

La “Palabra de Dios” en la V Conferencia de Aparecida

Monseñor Santiago Silva Retamales

Obispo Auxiliar de Valparaíso, Chile.

*Presidente del Centro Bíblico
para América Latina-CEBIPAL*

Introducción

La V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe tuvo lugar en el santuario mariano de Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo del presente año, y su temática fue: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6)». Producto de la reflexión de los Obispos es lo que conocemos con el nombre de *Documento de Aparecida*.

Cuando hablamos de la Palabra de Dios en dicho documento nos referimos -por lo menos- a tres realidades: *a)*- cómo se emplea la Sagrada Escritura en el *Documento*; *b)*- cuál es el sustrato bíblico en el que se fundamentan sus afirmaciones teológico-pastorales, y *c)*- qué dice el *Documento* respecto al empleo pastoral y espiritual de la Escritura.

Estos tres aspectos bíblicos dan lugar a los *tres apartados* del presente artículo, el que se cierra con una *conclusión* donde se plantean, a juicio del autor, las proyecciones de la *Sagrada Escritura* en la vida de la Iglesia¹.

¹ Siglas empleadas: **AA**: CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*; **ABP**: “Animación bíblica de la pastoral” del pueblo de Dios; **CEBIPAL**: “Centro bíblico-pastoral para América Latina”, centro académico del Consejo Episcopal para América Latina (**CELAM**); **DA**: *Documento de Aparecida*; **DF**: BENEDICTO XVI: “Discurso inaugural” a la V Conferencia (13 de mayo del 2007); **DM**: *Documento de Medellín*; **DP**: *Documento de Puebla*; **DStoD**: *Documento de Santo Domingo*; **DS**: *Documento de Síntesis*; **DV**: CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*; **G et S**: CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*; **MP**: *Manual del Participante*, Aparecida 2007; **NMI**: JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*; **RM**: JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*.

1. Empleo de la Sagrada Escritura en el *Documento de Aparecida*

Llama la atención la profusión de citas bíblica en el *Documento de Aparecida* al compararlo con los documentos de las Conferencias generales anteriores. Sin embargo, esto no constituye la fortaleza de Aparecida. Un documento no es "bíblico" en razón de las citas de la Biblia que contiene o por el desarrollo de temas bíblicos al interior del mismo.

La fortaleza de Aparecida es el recurso a la Palabra de Dios como fuente de inspiración para el planteamiento del tema central de la V Conferencia ("discípulos - misioneros - vida"). Su riqueza, pues, está en que los Obispos elaboraron su reflexión teológica y pastoral desde la revelación de Dios consignada en las Escrituras, leída como fuente de verdad y discernimiento en el caminar de la Iglesia en Latinoamérica.

Cuando se planteaba qué tipo de documento debía ser el de Aparecida, se afirmaba con insistencia que tenía que ser "pastoral" y "bíblico".

Para mostrar el interés en hacer realidad el "criterio bíblico" me refiero a uno de los esquemas previos al *Documento* que se discutió en la *Comisión de Redacción*, compuesta por ocho Obispos elegidos por la Asamblea y la colaboración de algunos peritos². Dicho esquema se inspiraba en la sentencia de san Juan presente en el enunciado de la V Conferencia: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). A este esquema bíblico se unía estrechamente el método "ver - juzgar - actuar".

El esquema se pensaba con un capítulo introductorio que presentara a Jesucristo y el Reino como anuncio kerigmático y plenitud de la historia de la salvación. Luego un segundo capítulo hablaría de Jesús en cuanto camino al Padre; su finalidad era *ver* o *mirar* con ojos de discípulos y pastores el camino de la sociedad y de la Iglesia hacia la plenitud escatológica, discerniendo los dones de Dios y nuestras debilidades en el anuncio del Reino. Un tercer capítulo se ocuparía de

² MP, pp. 28-29.

Jesús en cuanto Verdad que salva; su contenido sería el anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo y su Reino, interpelando a las personas y la sociedad (*juzgar*), y en razón de lo que todo en Cristo está llamado a ser (plenitud escatológica). El último capítulo trataría acerca de cuál es la vida que Jesús quiere para nuestros pueblos y para la Iglesia con su respectivo camino pedagógico (*actuar*).

Cuando llegó el momento de elegir el esquema, se prefirió uno que ayudara a suscitar los temas nucleares de los que tendría que ocuparse la V Conferencia. Luego, por el desarrollo de la misma y siempre pensando en un *Documento* que brotara de la Palabra de Dios, la *Comisión de Redacción* vio conveniente optar por el tema de la “vida” que Jesús es y ofrece. Este hilo conductor es, pues, el que inspira todo el *Documento* como claramente se ve al considerar los títulos de las tres partes que lo conforman: «La vida de nuestro pueblo hoy» (*ver*), «La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros» (*iluminar - juzgar*) y «La vida de Jesucristo para nuestros pueblos» (*actuar*)³.

2. Sustrato Bíblico del *Documento de Aparecida*

2.1. *El Documento de Síntesis y el Documento de Aparecida*

Para que el pueblo de Dios participara en la V Conferencia se preparó y editó un subsidio llamado *Documento de Participación*⁴, del que se elaboraron 18 *Fichas* que se repartieron a las Diócesis, sus comunidades eclesiales, las universidades y colegios y otras instancias de Iglesia.

En noviembre del 2006 se reunieron en la sede del *CELAM*, Bogotá, cerca de 2.500 hojas “tamaño carta” con aportes. Después de una primera compaginación, el *CELAM* reunió en enero del 2007 una *Comisión de Redacción* con la tarea de producir un documento que reflejara lo mejor posible las contribuciones, dándoles una estructura teológico-pastoral que pudiera luego servir en el desarrollo de la V

³ Cfr. L. ORTIZ LOZADA: «La importancia del método en el Concilio y en el Magisterio Episcopal Latinoamericano», *Medellín* 126 (2006) 313-331.

⁴ *Documento de Participación. Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Bogotá D.C. 2005. Cfr. A. STANOVNIK: «Claves de lectura para el documento de participación», *Medellín* 125 (2006) 29-59.

Conferencia. No se pretendía «recoger materialmente todas y cada una de las propuestas que nos han llegado del Continente, sino expresarlas con fidelidad al espíritu en sus aspectos más significativos»⁵.

El producto de este trabajo es el llamado *Documento de Síntesis*⁶, de 188 páginas y 364 párrafos numerados. Una vez examinado por la presidencia de la V Conferencia, se distribuyó a todos los convocados a Aparecida. Se presentó como «un instrumento cualificado de inspiración y consulta» y como «una síntesis cualitativa de los aportes recibidos», para utilizar durante las deliberaciones en Aparecida⁷.

Este *Documento* es fundamental para entender el sustrato bíblico del *Documento de Aparecida*. En el presente artículo, el estudio acerca de la Palabra de Dios como fuente inspiradora de los contenidos de Aparecida tendrá siempre en cuenta el *Documento de Síntesis*⁸.

El fundamento bíblico inspirador de la temática de Aparecida es doble:

- a- El misterio trinitario como economía salvífica que hace que la historia del hombre sea "historia de salvación", y
- b- La reflexión bíblica acerca del creyente como discípulo de Jesús, Camino, Verdad y Vida, para anunciar la vida nueva del Reino a todos los pueblos.

2.2. La Trinidad y la historia de la salvación

2.2.1. El misterio trinitario como acontecimiento de salvación

El misterio trinitario es la fuente de amor y de vida divina comunicada a los discípulos y puesta a disposición de todos los hombres⁹.

⁵ DS, *Presentación*, p. 7.

⁶ *Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Bogotá D.C. 2007.

⁷ DS, *Presentación*, p. 7.

⁸ Las citas textuales del DS que contiene el presente artículo corresponden a la reflexión bíblica que me correspondió hacer como miembro de la *Comisión de Redacción* de dicho documento, razón por la que he omitido comillas. Tal continuidad hay entre el DS y el DA que en éste se cita aquel sin comillas ni referencia bibliográfica.

⁹ DA 153; 347; 543.

Por lo mismo, la obra de la Trinidad es la historia de la salvación por la encarnación del Hijo, salvación que -según el designio del Padre- el Espíritu actualiza. La existencia cristiana se transforma en el «vivir trinitario de “hijos en el Hijo”»¹⁰. Dicho de otro modo por los Obispos en *Aparecida*: «La vida nueva en Cristo es participación en la vida de amor del Dios Uno y Trino. Comienza en el bautismo y llega a su plenitud en la resurrección final»¹¹.

La Trinidad, acontecimiento divino que hace salvífica la historia, deja su impronta de realidad y sentido en dicha historia, gracias a la cual vislumbramos el Misterio revelado por Jesucristo, Misterio que nadie vio ni oyó, pero que Dios preparó para los que le aman (1 Cor 2,9).

Esta forma de abordar la reflexión hace que el sustrato bíblico del *Documento de Aparecida* sea por sobre todo “pastoral”: se trata de una mirada desde la fe de discípulos-misioneros¹² y, a la vez, de obispos-pastores sobre «la realidad de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia, con sus valores, sus limitaciones, sus angustias y esperanzas» (“ver”)¹³, para proclamar el Misterio de Vida (“iluminar - juzgar”) y evangelizar a todos los pueblos (“actuar”). De este modo se acentúa “el lugar” desde donde los Obispos de la V Conferencia miran la realidad social y eclesial. Esta mirada quiere ser cristiana y hecha con humildad y verdadera empatía, para hacerse cargo -por un lado- de la opaca y compleja realidad socio-política y -por otro- de la profundidad de las esperanzas de los hombres y mujeres de hoy¹⁴.

Una precisión más. El hilo conductor transversal de los temas tratados en *Aparecida* es la sentencia de san Juan contenida en el enunciado del tema de la V Conferencia: Jesucristo es «Vida» (Jn 14,6). Este motivo, eminentemente bíblico, nos recuerda que la perspectiva de los discípulos-pastores es proponer la Vida para nuestros pueblos. Esta fundamental perspectiva es también la que está presente en la teología de la historia de la salvación del *Documento de Aparecida*.

¹⁰ DA 266; cfr. 157; 240; DS 112-114.

¹¹ DA 357.

¹² DA 20.

¹³ DA 22.

¹⁴ DA 36; 388.

2.2.2. La obra del Padre

a. La experiencia de un Dios que libera

Israel descubre en el devenir de su historia que su Dios es rico en amor y misericordia, fuente de vida y liberación. Desde esta clave de lectura no sólo mira su historia, sino también el origen de la humanidad y del pecado, que encerró al hombre en el egoísmo y la muerte¹⁵.

La primera experiencia que tiene Israel de su Dios es la de ser liberador (Ex 15)¹⁶. Cada vez que Israel buscó y necesitó a su Dios, sobre todo en las desgracias nacionales, tuvo una singular experiencia de comunión con Él, quien lo hacía partícipe de su libertad, su vida y santidad. Por ello, no demoró en testimoniar que su Dios -a diferencia de los ídolos- es el «Dios vivo» (Dt 5,26) que lo libera de los opresores (Ex 3,7-10), que perdona sin límites (Eclo 2,11) y que restituye la salvación perdida cuando el pueblo, envuelto «en las redes de la muerte» (Sal 116,3), se dirige a Él suplicante (Is 38,16). De este Dios -que es su Padre- Jesús afirmará que «no es un Dios de muertos, sino de vivos» (Mc 12,27)¹⁷.

En virtud de la alianza, Dios es para Israel «el Dios de mi vida» (Sal 42,9), su único Señor a quien debe amar con todo su corazón (Dt 6,5). Dios es la única «fuente» de su vida (Sal 36,8-10), su «roca» segura (7,2-3) y su «redentor» (Is 41,14). Pero esto no basta, pues Israel sabe que al don de la vida se responde con la búsqueda de la vida verdadera para todos los miembros del pueblo. Esta vida brota de la alianza con su Dios y exige el compromiso de destruir los ídolos, confiar en Él y en sus promesas, ocuparse de los pobres, escuchar su Palabra y obedecer sus mandamientos, potente sí divino en favor de la vida y la libertad (Ez 33,14-15)¹⁸.

b. La experiencia de un Dios que crea

Mirando con ojos de fe la historia de alianza con su Dios, Israel no sólo se abre a su origen, sino también a la razón de su propia existencia

¹⁵ DS 41.

¹⁶ Ex 15 quizás sea el poema más antiguo del AT.

¹⁷ DA 129; DS 42.

¹⁸ DA 13; DS 43.

y de la humanidad, descubriendo que todo ser humano «existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva»¹⁹. Si Dios se ha manifestado por sobre todo dador de vida y liberación para Israel, significa que la creación del varón y de la mujer a su imagen y semejanza es un acontecimiento divino de vida y liberación. Al poner todo lo creado al servicio del ser humano, el Creador manifiesta la inmensa dignidad de su creatura racional (Sal 8) y el cuidado exquisito que tiene por cada ser humano (Gn 1,29-30)²⁰.

Esta experiencia de un Dios que ama dando vida y libertad (Sal 119,159), lleva a Israel a descubrir maravillado la vocación fundamental del ser humano: vivir en alianza de vida con el Señor y en comunión unos con otros. Por entonces, en aquellos orígenes, «todo era muy bueno» (Gn 1,31)²¹.

Sin embargo, Israel, como nosotros, experimenta en su historia la dolorosa tragedia de la maldad y la división. Una y otra vez el pueblo se aparta de Dios porque entre los israelitas «no hay fidelidad, ni amor, ni conocimiento de Dios», y destruyen la vida y libertad que su Dios les regala porque «sólo difunden falso testimonio y engaño, asesinato, robo y adulterio y un crimen sigue a otro crimen» (Os 4,1-2). Por su reiterada maldad, Israel entristece a su Señor (Is 63,7-10). Pronto el pueblo se convence que la maldad no puede provenir de un Dios de vida que ama como lo hace su Dios. Serán unos sabios israelitas, inspirados por Dios, los que enseñen al pueblo que fue el pecado, introducido por el ser humano en los albores de la creación (Rm 5,12), la causa de una triple distorsión: la del ser humano con su Creador, consigo mismo y sus semejantes, y con la creación (Gn 3)²².

Desde entonces la vocación fundamental del hombre y la mujer se ve amenazada por el pecado, poniendo todo lo creado por Dios bajo la sombra de su egoísmo y orgullo²³. Pero también, desde entonces, el ser humano lleva clavado en lo más profundo de su corazón el ansia

¹⁹ GSp 19.

²⁰ DA 6; 470.

²¹ DA 27.

²² DP 322.

²³ AA 7.

de felicidad y de encontrar la satisfacción plena a sus inquietudes y preguntas²⁴.

Sin embargo, el Dios de la vida no abandona en la muerte ni a su pueblo ni a la humanidad. Llegada la plenitud de los tiempos envía a su Hijo como vida nueva (Jn 14,6) y «primogénito de toda la creación» (Col 1,15), para que «todo sea de ustedes, ustedes sean de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3,22-23)²⁵.

2.2.3. *La obra del Hijo*

a. «¿Quién dice la gente que soy yo?»

Llegado el tiempo oportuno, el Verbo del Padre se hizo hombre (Gál 4,4). En Galilea comenzó a proclamar que está llegando el Reino de Dios, por lo que urge creer y convertirse (Mc 1,14-15). Su fama crece a la par con la multitud que lo busca y acompaña (1,45). Las preguntas acerca del origen de sus palabras y obras no se hacen esperar: «¿De dónde le viene a éste todo esto?, ¿quién le ha dado esa sabiduría y capacidad de hacer milagros?», ¿acaso no es un carpintero? (6,2-3).

Jesús abre su vida y misión a quien con corazón limpio contempla fascinado su obra y escucha atento su enseñanza. En esta gente surge otro tipo de preguntas: quien expulsa demonios y sana enfermos en nombre propio, ¿puede ser un demonio? (Mc 3,22-30), ¿no será el Mesías que trae el Reino de vida? (Mt 26,56). El mismo Jesús fortalece esta fe incipiente cuando les enseña: «Si yo expulso los demonios con el poder de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a ustedes» (Lc 11,20), y también: «Una prueba evidente de que el Padre me ha enviado es que realizo la obra que Él me encargó llevar a término» (Jn 5,36)²⁶. Y las preguntas siguen. Quien se desmarca de las rígidas leyes de purificación, ¿no está revelando que el Dios del Reino es Padre de todos que perdona a los pecadores, haciéndolos partícipe de su santidad? (Lc 15). De nuevo Jesús fortalece la fe de muchos dando

²⁴ DA 350; 355; 380.

²⁵ DS 44-48.

²⁶ RM 14.

a conocer su propósito: «Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que se conviertan» (5,32).

En la vida de Jesús, sus palabras y acciones están íntimamente entrelazadas de forma que las palabras explican las acciones y éstas confirman las palabras. Esta radical coherencia del Hijo del hombre que «pasó haciendo el bien» (Hch 10,38) suscita el seguimiento en cuanto “Mesías de Dios”, y la fe da paso a progresivas confesiones de su identidad y misión²⁷.

b. El encargo del Hijo: la proclamación del Reino

La proclamación y la instauración del Reino de Dios es el encargo del Padre a Jesucristo (Lc 4,43). Al Reino se accede por el encuentro con el Mesías quien, con su proclamación y sus acciones, muestra que “el Reino” de Dios incluye a sencillos y marginados: come y bebe con pecadores (Mc 2,16), sin importarle que lo tilden de comilón y borracho (Mt 11,19); toca leprosos (Lc 5,13) y deja que una mujer prostituta le bese y unja sus pies (7,37-38); conversa -transgrediendo costumbres- con una mujer samaritana (Jn 4) y, de noche, recibe a Nicodemo, notable dirigente en Israel (Jn 3)²⁸.

A su vez, esta cercanía de Jesús con los necesitados y el don de la vida nueva revela una imagen original “del Dios” del Reino: Dios quiere reinar como “Abba” o “Padre” que, por el perdón y el don de su misma vida, quiere ser “nuestro Padre” (Mt 6,9).

Por la aceptación de Jesús en cuanto Mesías e Hijo se hace realidad la soberanía de Dios en cuanto Padre, haciendo que toda realidad adquiera un dinamismo de transformación que busca su plenitud escatológica. Construir el Reino es reconocer y favorecer la soberanía de Dios Padre en la historia que, por la vinculación del ser humano y de toda realidad con el Resucitado, libera de la opresión y del mal.

²⁷ DS 87-89.

²⁸ DA 353.

El Reino de Dios o su soberanía en cuanto Padre es de inicio oculto, casi invisible, no aparece de forma espectacular, pero «ya está entre ustedes» (Lc 17,21). Es Reino "de Dios" por lo que el hombre, duerma o vele, el Reino brota y crece, pero sí necesita de la tierra buena del corazón convertido (Mc 4,20). Es "de Dios en cuanto Padre" por lo que tiende a transformar las relaciones humanas, ubicándolas en un paradigma diverso de comprensión: el de la fraternidad y, por lo mismo, del amor solidario, del perdón y servicio mutuo.

Este Reino jamás podrá identificarse con ideologías religiosas ni socio-políticas, ni con ninguna ideología²⁹.

c. La vida donada del Mesías: el Misterio Pascual

La primera lectura que hicieron los discípulos de la muerte de Jesús en la cruz fue la de una irremediable derrota del que muchos habían aceptado como "mesías" (Lc 24,21). No fueron capaces de comprender que en un hombre como Jesús, radicalmente coherente (Mc 12,14), «el sentido de su vida sellaba el sentido de su muerte. Mucho menos podían comprender que, según el designio del Padre, la muerte del Hijo era fuente de vida fecunda para todos (Jn 12,23-24)»³⁰.

Los israelitas del siglo I consideraban que las realidades que debilitan la vida de los seres humanos (dolor, enfermedad, angustia...) tienen por causa los pecados personales o familiares y los espíritus impuros (Jn 9,2). Para dar vida, Jesús vence el pecado y los demonios, por poderosos que ellos sean (Mc 5,9). De este modo no sólo restituía la salud al enfermo, sino su dignidad de miembro del pueblo santo de Dios. La vida que Jesús ofrece en Palestina es para dignificar a las personas y generar la comunión con Dios y con los hermanos.

Si este es el sentido de su ministerio, el misterio pascual de Jesús es el acto de obediencia al Padre por el cual el Mesías dona plenamente aquella vida que ofrecía en caminos y aldeas de Palestina. Mediante su sacrificio voluntario, el Cordero de Dios pone su vida salvífica en las

²⁹ DS 90-92.

³⁰ DA 143; DS 93.

manos del Padre (Lc 23,46), quien lo hace salvación «para nosotros» (1 Cor 1,30). «Por el misterio pascual, el Padre sella la nueva alianza y genera un nuevo pueblo que tiene por fundamento su amor gratuito de Padre que salva»³¹.

d. La vida nueva en el encuentro con el Resucitado

Los discípulos, después de Pentecostés, dan significado nuevo a la vida y la muerte de Jesús gracias a una comprensión integral y mesiánica de la Escritura, no ya desde su particular concepción de “mesías”. Si han tenido la experiencia de un Jesús que ofrece su vida a todos, entienden que en su muerte y resurrección -a la luz de las Escrituras y del Espíritu- no sólo daba *algo de sí*, sino que *se daba todo Él* (Jn 6,51). Y, ahora resucitado, ofrecía esa Vida a los suyos para siempre. Las apariciones del Resucitado y el don del Espíritu los impulsan a confesar la victoria de la Vida sobre el pecado y la muerte. Ante el mundo son testigos de que el Señor, y sólo Él, es «el Camino, la Verdad y la Vida» (14,6), el único que tiene «palabras que dan vida eterna» (6,68)³².

El Padre, que ha resucitado a su Hijo, le concede un nombre «que está por encima de todo nombre» para que todos reconozcan «que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2,9-11). Desde entonces, la existencia del Señor glorificado junto a su Padre es para siempre “*pro-existencia salvífica*”, es decir, Vida del Resucitado ofrecida como don perenne para el mundo³³.

2.2.4. La obra del Espíritu

a. El Espíritu de Dios en la historia de la salvación

Los discípulos, a pesar del temor por la muerte de su Maestro, guardan una secreta esperanza: que su Maestro haya vencido a la muerte, pues son varios los testimonios que afirman haberlo visto resucitado. Y se confirma su esperanza: escondidos en una habitación por temor a los judíos, reciben el don del Espíritu de Dios bajo la forma de lenguas

³¹ DA 143; DS 94-95.

³² DA 101; DS 96.

³³ DS 97.

de fuego, precedido de un viento impetuoso que invade la casa. Y todos «quedaron llenos del Espíritu Santo» (Hch 2,1-4).

No reciben cualquier Espíritu, sino el ya prefigurado en *la antigua alianza*: el «espíritu de Dios» que aleteaba sobre las aguas caóticas cuando el Creador comenzó a crear (Gn 1,2); el «santo espíritu» que Dios infundía en Moisés (Is 63,11-14), en los ancianos (Nm 11,17) y en los profetas (Miq 3,8); el espíritu que penetraba en el corazón de hombres y mujeres moviéndolos a actuar (1 Sm 16,13); el espíritu que cubre de nervios y carne unos huesos secos, haciéndolos vivir (Ez 37,1-10); el «espíritu nuevo» que, junto con un «corazón nuevo», hará que Israel viva conociendo a Dios y practicando su voluntad (11,19). Reciben el Espíritu prometido por Dios a su Ungido para que implante en la tierra el juicio divino, la paz mesiánica y el conocimiento de Dios (Is 11,1-9; 61,1-3).

En *la nueva alianza*, el Espíritu ya no se revela como atributo de Dios, sino como Persona divina del todo igual al Padre y al Hijo (Mt 28,19). Es la «fuerza que viene de lo alto» (Lc 24,49) que, al inicio del ministerio público de Jesús, desciende sobre Él enviado por el Padre (Mc 1,9-11). Jesús, ungido por el Espíritu del Padre, es el Hijo primogénito de Dios hecho «mesías» o «cristo» para hacer presente «hoy» el Reino de vida (Lc 19,9), para anunciar a pobres y marginados los valores del Reino como vida alternativa a la «vida del mundo» (Mt 5,2-12). El Espíritu de Dios jamás abandonará al Mesías (Lc 4,14), refrendando con portentos el encargo del Padre (6,17-19). En el bautismo y en la vida de Jesús, la obra de la salvación se revela como obra trinitaria³⁴.

Pentecostés, pues, es la donación del «Espíritu de la Promesa» (Gál 3,14) según lo dicho por Dios en la Sagrada Escritura para los tiempos mesiánicos (Jl 3,1-5).

b. La Iglesia en el cauce de la Vida y del Espíritu

La ascensión de Jesús al cielo y su glorificación junto al Padre marcan el fin del ministerio del Mesías en la tierra (Hch 3,21) y el co-

³⁴ DS 174-176.

mienzo de su ministerio como “Señor” y “Salvador” (5,31). Después de Pentecostés, las iglesias locales experimentan de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas, como la profecía y la glosolalia (1 Cor 12,1-11), y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización, como los de apóstol y maestro (12,28-29). Gracias a la fecundidad del Espíritu, «la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos (1,6-7). El Espíritu en la Iglesia «forja misioneros decididos y valientes como Pedro (Hch 6,5) y Pablo (13,9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (13,2.4-5)»³⁵.

La Iglesia, en cuanto marcada y sellada «con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,11), continúa la obra del Mesías, abriendo para el creyente las puertas de la salvación (1 Cor 6,11). Pablo, con una hermosa metáfora, lo afirma de este modo: «Ustedes son una carta de Cristo redactada *por ministerio nuestro* y escrita no con tinta, sino con *el Espíritu de Dios vivo*» (2 Cor 3,3). Uno y el mismo Espíritu guía y fortalece a la Iglesia en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe y en el servicio de la caridad hasta que el Cuerpo de Cristo alcance la estatura de su Cabeza (Ef 4,15-16). De este modo, por la eficaz presencia de su Espíritu, Dios asegura hasta la parusía su propuesta de Vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares.

Por tanto, «el Señor sigue derramando hoy su Vida por la labor de la Iglesia que, con “la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo” (1 Pe 1,12), continúa la misión que Jesucristo recibió de su Padre (Jn 20,21)»³⁶. Toda la Iglesia y cada uno en la Iglesia es responsable de la evangelización, y toda acción auténticamente evangelizadora -por humilde que sea- es una acción eclesial, mediación para el encuentro con el Resucitado.

c. El Espíritu Santo y la vida nueva de los discípulos

390

Los evangelizadores de la primera hora eran testigos privilegiados de la Vida nueva que suscitaba el Espíritu en todo aquel que creía en

³⁵ DA 150.

³⁶ DA 151; DS 177-178.

el Señor resucitado (Rm 5,5). En ellos y en los demás percibían cómo el Espíritu «de Cristo» (8,9) o «de Dios vivo» (2 Cor 3,3) realmente «da la vida» (3,6). Esta experiencia es también la de tantos cristianos y comunidades eclesiales de hoy.

Vida nueva del Espíritu es el conocimiento del Padre y la participación de los bienes que regala por su Hijo (1 Cor 2,10-12). Es también el don inmerecido de hacernos, por los méritos del Mesías, hijos adoptivos del Padre (Rm 8,14-15); gracias a este Espíritu podemos de verdad clamar: «Abba», es decir, «Padre» (8,15)³⁷. Vida nueva son «las primicias del Espíritu», lo que explica el profundo anhelo de alcanzar algún día la vida plena de hijos, liberados de nuestros apetitos carnales (8,23). Es también caminar «según el Espíritu», es decir, acoger sus frutos (Gál 5,22-26) y hacerlos crecer interiormente (Ef 3,16); quien se abre al Espíritu fecundo en frutos no se deja arrastrar por los apetitos desordenados de la carne, enemigos del Espíritu (Gál 5,19-21). Vida nueva es vivir reconciliados y en paz, porque el Espíritu nos hace «morada de Dios» que por la cruz de su Hijo nos reconcilió (Ef 2,14-22).

Gracias a la Vida nueva del Espíritu, todos los discípulos del Señor somos «familia de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo el mismo Cristo Jesús la piedra fundamental» (Ef 2,19-20). Dios espera de «su familia» el tributo de un culto sincero que es aquel «culto nacido del Espíritu de Dios» (Flp 3,3). Quien por el Espíritu es identificado con Jesucristo, «Primogénito de toda criatura» (Col 1,15), se hace «nueva creación: ¡lo viejo ha pasado y ha comenzado algo nuevo!» (2 Cor 5,17)³⁸.

Esta es *la vida nueva* del discípulo del Señor.

2.3. Seguidores de Jesucristo (discípulos) para vida de los pueblos (misioneros)

2.3.1. El carácter discipular de la vida "en Cristo"

Los Obispos en Aparecida presentan la vocación y misión del discípulo de Jesús en el marco del misterio trinitario leído como aconteci-

³⁷ DA 157.

miento de salvación que hace que la historia de la humanidad y de todo hombre sea para siempre «el año de gracia del Señor» (Lc 4,19)³⁹.

La “vocación” del discípulo misionero se desarrolla en el capítulo IV del *Documento de Aparecida*: «La vocación de los discípulos misioneros a la santidad»⁴⁰, capítulo que se divide en cuatro apartados⁴¹.

Entendemos por “vocación” lo que un discípulo está llamado a vivir “en Cristo”, aquello que lo identifica como discípulo “de Cristo” sin lo cual no puede ser llamado con total propiedad “cristiano” ni puede anunciar “a Cristo”⁴².

La esencia de la vocación cristiana es su *carácter discipular*, es decir, la condición de seguidor de Jesucristo para “vivir en Él” como claramente lo muestran las *fórmulas de seguimiento* empleadas por Jesús: «Sígueme» (Mc 2,14; Mt 9,9), «ven y sígueme» (Mc 10,21), «vengan detrás de mí» (1,17).

Los Obispos en Aparecida expresan así el carácter discipular de la vocación cristiana: «La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (Jn 10, 3). Es un “sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (14, 6)»⁴³. Y más adelante: «La naturaleza misma del cristianismo consiste, por tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les

³⁸ DA 241; DS 179-181.

³⁹ DA 129-130.

⁴⁰ DA 129-153.

⁴¹ Que son: «Llamados al seguimiento de Jesucristo» (DA, ns° 129-135); «Configurados con el Maestro» (ns° 136-142); «Enviados a anunciar el Evangelio del Reino de Vida» (ns° 143-148), y «Animados por el Espíritu Santo» (ns° 149-153).

⁴² DA 352. Cfr. S. SILVA RETAMALES, S. GUIJARRO OPORTO y R. AGUIRRE, *Kerigma, discipulado y misión. Perspectivas actuales*, Bogotá D.C. 2006; J. ESPEJA: «El discipulado en la teología latinoamericana», *Medellín* 125 (2006) 61-98.

⁴³ DA 136.

hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones»⁴⁴.

Impreso en el carácter discipular del cristiano está la exigencia permanente de crecer en fidelidad al Señor: «Ser discípulo es un don destinado a crecer»⁴⁵ Por lo mismo, madurar en la fe como adhesión vital y en la conversión como transformación radical de la vida y de los motivos para vivir (Mc 1,14-15)⁴⁶.

“Seguir a Jesús” en los Sinópticos es un hecho físico: es irse con Él, caminar tras Él, hacerse itinerante como Él por el anuncio del Reino (Lc 9,59-60). Pero se trata de esas expresiones que no se agotan, ni mucho menos, en la realización física del mandato. Quien sigue a Jesús es para vincularse a Alguien, a Jesús de Nazaret en cuanto Señor resucitado. El seguimiento se transforma entonces en respuesta consciente, libre y fiel, en imitación y configuración con Él, en aprendizaje e interiorización de sus enseñanzas.

El carácter discipular se realiza en todas sus dimensiones cuando se entiende como adhesión fiel a Jesús, disponiéndose a que el Espíritu nos configure más y más con el Señor. Se sigue a Jesucristo para participar, a partir del bautismo, de la vida nueva en Él, la que llegará a su plenitud en la resurrección final⁴⁷.

Siguiendo el *Documento de Aparecida*, expondremos el carácter discipular de la vida en Cristo a partir de los cuatro términos privilegiados por los Obispos en la V Conferencia para referirse al tema: “vinculación”, “configuración”, “comunidad” y “misión”.

2.3.2. «Elegidos para vincularse íntimamente a su Persona»⁴⁸

Algunos rasgos de la vinculación con el Señor se destacan en los nsº 129-135 del *Documento de Aparecida*. Los primeros números

⁴⁴ DA 244.

⁴⁵ DA 291.

⁴⁶ DA 243; 278,b.

⁴⁷ DA 184; 349; 357.

⁴⁸ DA 129-135.

muestran el contexto y lo característico del seguimiento cristiano (ns^o 129-131) y los restantes (ns^o 132-135), el tipo de vínculo que se adquiere con Jesús y la respuesta que Jesús espera de los suyos.

Respecto al contexto y al carácter discipular de la vida en Cristo el *Documento* afirma:

a- Dos aspectos originales caracterizan el discipulado de Jesús: el Maestro es quien elige y acepta al que quiere seguirlo, y los elegidos no lo son “para algo”, sino “para pertenecer y seguir a Alguien”.

El discipulado se inicia por la elección por parte de Jesús. La manera como Jesús elige a los suyos presenta algunos rasgos comunes y otros originales respecto a cómo los maestros de aquella época elegían a sus discípulos o eran elegidos por éstos⁴⁹. Jesús, a diferencia de los rabinos, siempre elige a sus discípulos más cercanos (Mc 1, 16-20; 2, 14), a los que van a seguirlo físicamente, y acepta o no a quien se ofrece voluntariamente a seguirlo (5, 18; Lc 9, 57.61). Siempre pide respuesta inmediata y obediencia incondicional (Mc 10, 21). Sin embargo, lo original de Jesús no es tanto cómo elige, sino *para qué elige*.

b- Jesús no llama a los suyos para que aprendan la Ley de Moisés, cumplan ritos y purificaciones, guarden ayunos..., sino que elige a quien quiere para que “venga y lo siga” y “esté con Él” (Mc 3, 14). Es decir, lo elige para *vincularlo a su Persona* (1, 17; 2, 14).

Admirado por Jesús⁵⁰, sorprendido y fascinado por Él⁵¹, vinculado por amor y opción a Él (Lc 9, 57.61), el discípulo aprende en la convivencia con Jesús de Nazaret a ser “de los suyos” (configuración) a quienes “hace iglesia”, pueblo de la nueva alianza (comunidad)⁵².

⁴⁹ DA 131; DS, n^o 98.

⁵⁰ DA 136.

⁵¹ DS 87-88.

⁵² «La convivencia es la única modalidad que nos es dada a los hombres para conocer a otro. El método no cambia cuando la otra persona es singular, excepcional y, por eso, sólo puedo conocerlo implicándome en una convivencia con él»; más adelante: «El método es impuesto por el objeto que deseamos conocer: una persona. Y el único método para conocerla es plegarnos a convivir con ella y estar atentos a los datos, los signos, que emergen en esa convivencia», J. CARRÓN: «Cristiano, o sea, discípulo de Jesucristo», *Boletín CELAM* 312 (2006) 57 y 61.

- c- De la vinculación y convivencia con Jesús brota la misión como exigencia del mismo discipulado. El poder y dinamismo de la Vida divina hace misionero al discípulo y lo impele a testimoniar y transmitir la Vida que recibió sin mérito personal y como don gratuito.

Luego, en los restantes números del *Documento de Aparecida* (ns° 132-135), los Obispos presentan el tipo de vinculación del discípulo con Jesús y la respuesta que Jesús espera de quien se ha vinculado vitalmente a Él⁵³.

- a- Según la parábola de la vid y los sarmientos (Jn 15,1-17), Jesús no quiere una vinculación como "siervos", porque «el siervo no conoce lo que hace su amo» (15,15). Si el esclavo no tiene entrada a la casa de su amo, menos la tendrá a su vida. Jesús quiere que su discípulo se vincule a Él como "amigo" y como "hermano".

- b- El "amigo" ingresa a la casa de Jesús, a su vida, a su familia, haciéndola propia (Jn 1,38-39; 15,14). El amigo, porque ingresa a "la casa de Jesús", conoce al Padre y, por la obediencia, se abre a su voluntad, moldeando una existencia de "discípulo suyo" a partir de esa experiencia de amor (15,8) que marca la relación con los otros (15,12) y suscita el encargo misionero (15,16-17).

El "hermano" de Jesús (Jn 20,17) participa de la misma vida que recibe el Hijo de su Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la vida paterna, aunque Jesús por naturaleza (10,30) y el discípulo por participación (10,10). La consecuencia de esta vinculación como "hermanos" con el Señor es el carácter esencialmente fraterno de la comunidad de Jesús.

Por lo dicho, vida divina participada y amor de comunión en virtud de la recíproca vinculación con Jesús son notas distintivas del carácter discipular de la vida en Cristo.

- c- La respuesta que Jesús pide a los suyos debe ser libre y conciente, hecha de corazón. Quien dio su vida por amor hasta el extremo,

⁵³ Ver *DA*, n° 136; *DS*, ns° 99-100.

espera una respuesta de vida y amor, que no es sólo respuesta del intelecto (lógica humana) o de la voluntad (actos buenos), sino la ofrenda de toda la persona como única respuesta de amor a quien así nos ama. La respuesta, por tanto, no puede ser otra más que la comunión de vidas: adhesión íntima y fiel al Señor, lealtad inquebrantable, obediencia a su Palabra.

Si tal es la respuesta, el discípulo -como Jesús- no teme entrar en la «dinámica del Buen Samaritano (Lc 10,29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (5,29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (1,40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (Jn 4,1-26)»⁵⁴.

2.3.3. «Configurados con el Maestro»⁵⁵

a. Don del Espíritu

El Espíritu Santo configura al discípulo con Jesucristo en cuanto Él es Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6).

Por *Jesús-Camino*, el discípulo accede al misterio salvador del Padre, adquiriendo una nueva realidad: hijo de Dios y hermano de los demás en la familia de Dios. El Espíritu lo configura con *Jesús-Verdad* que lo lleva a renunciar a mentiras y ambiciones y a expresar con gozo su vocación de consagrado a Dios uno y trino. Y lo configura con *Jesús-Vida*, haciéndolo partícipe de la vida divina que brota del amor de Dios, para ofrecerla a manos llenas a todos⁵⁶.

⁵⁴ DA 135.

⁵⁵ DA 136-142.

⁵⁶ DA 137; DS 108.

b. Escuchar y ver a Jesús

Con frecuencia los verbos "escuchar/oír"⁵⁷ y "ver/mirar/reconocer"⁵⁸ tienen -en el *Documento de Aparecida*- por sujeto al discípulo y por complemento a Jesucristo o las cosas de Dios.

El carácter discipular de la vida en Cristo exige *escuchar* y *ver* al Señor, imprescindible escuela discipular y misionera para configurarse con Él⁵⁹. El Reino acontece por la Palabra de Jesucristo que hay que escuchar y obedecer, y por su Vida que hay que contemplar e imitar.

Escuchar y *ver* a Jesús es la primera labor de un discípulo, pues así conoce a su Señor y aprende a cumplir el encargo del Hijo, que es el encargo del Padre. Sólo quien "escucha" y "ve las presencias" del Resucitado se transforma en ministro de la Palabra y en testigo de su Vida (Lc 1,1-4). Este es el itinerario vivido por María Magdalena quien, porque *ha visto* al Señor, puede *contarlo* a sus apóstoles (Jn 20,18). "Contar al Señor" requiere "verlo", pues sólo así "se lo dice" o "anuncia" como auténtico testigo.

María de Nazaret, imagen acabada y fiel del seguimiento del Señor, nos enseña «el primado de la escucha de la Palabra en la vida del discípulo y misionero»⁶⁰.

c. Asumir el estilo de vida y destino del Mesías

La escucha y contemplación de Jesús conducen a la configuración con el Maestro, con su estilo y destino de vida, según la voluntad del Padre. El estilo y destino de vida del Mesías son consecuencias de su conciencia de filiación y de su misión. Configurar-se con su estilo y destino son rasgos identificatorios de la espiritualidad cristiana propios del carácter discipular de vivir en Cristo.

El estilo de vida de Jesús involucra varios aspectos:

⁵⁷ DA 103; 132; 142; 242; 278,b, 364, etc.

⁵⁸ DA 242; 244; 276; 279; 349, etc.

⁵⁹ DA 276; DS 88.

⁶⁰ DA 271.

a- Pasión por el Padre y por el encargo del Padre, el Reino⁶¹

Jesús vive como hombre desarraigado de este mundo (Lc 9,58), porque tiene puesto su corazón en el Padre y en su Reino. Las consecuencias para Él y sus discípulos son: el testimonio audaz de los valores alternativos del Reino⁶² y la ofrenda de la vida en favor de quienes el Padre ama con predilección: pecadores y marginados⁶³.

b- Renunciar a sí mismo y cargar con la cruz⁶⁴

Estas dos condiciones del discipulado marcan a fuego el estilo de vida del que sigue a Jesús: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga» (Mc 8,34).

La renuncia o el “negarse a sí mismo” por irse tras Jesús es romper con las fidelidades que se profesan a personas (entre ellas, la familia) o a ideales políticos (el “mesianismo nacionalista”) y religiosos (fariseos, saduceos, esenios), realidades vitales que en aquel entonces conforman la red que asegura la existencia. La razón de la negación de sí mismo es hacer de Jesús la fuente y el referente absoluto de la propia vida.

Quien sigue a Jesús tiene que “llevar su cruz cada día” (Lc 9,23) como un condenado a muerte, recibiendo -por ser de Cristo- la burla, el desprecio, el descrédito... hasta perder la vida si fuera necesario. “Cargar la cruz”, por tanto, es sobre llevar el rechazo y la ignominia por vivir en Cristo y anunciar su Reino.

c- Inmolar la vida por Jesús y el Reino⁶⁵.

Jesús, como Hijo «fiel a su Padre y a su voluntad (Lc 22,42)» hasta la muerte⁶⁶, ofrece su vida de Mesías para que todos tengan vida nueva. El estilo de vida de Jesús está marcado por la inmolarción de

⁶¹ DA 152; DS 123.

⁶² DA 224.

⁶³ DA 98.

⁶⁴ DA 140.

⁶⁵ DA 102; 143.

⁶⁶ DA 139.

su existencia al modo del Siervo de Yahveh (Is 53,4-6). Ahora bien, si Jesús vivió así, significa que por lo mismo murió, coincidiendo estilo con destino de vida. Esto es lo que Jesús pide a los suyos: que estén dispuestos a perder la vida por Él y por el Reino como signo y sello de que han vivido dándola sin límites (Mc 8,35).

d- Opción por los pobres y marginados⁶⁷.

Jesús come con publicanos y pecadores, realiza actividades prohibidas en día sábado, perdona pecados, toca a gente impura y deja que esa gente lo toque, incluso las prostitutas (Lc 7,37-38). Estas y otras conductas de Jesús, con fuerte connotación pública y religiosa, sancionadas negativamente por la Ley de Moisés y las costumbres de Israel, contradicen gravemente el sistema socio-religioso del mundo judío.

Sin embargo, Jesús las realiza como signos claros de la irrupción del Reino de un Dios, "su" Padre, que anhela reinar como "nuestro" Padre, rico en vida y misericordia. Por eso a los pobres y marginados les anuncia la Buena Nueva del reinado de Dios (Lc 4,16-21). De este modo, Jesús revela la presencia soberana y liberadora del Padre celestial, invitando sobre todo a pecadores y marginados a acogerse a su perdón y participar de su vida⁶⁸.

e- Llevar a cabo adhesiones vitales⁶⁹.

En el seguimiento del Señor hay conflictos de fidelidades irreconciliables entre su propuesta y las personas y realidades que se oponen a Él. El hecho de que estas renunciaciones sean *por Jesús* y *por el evangelio* (Mc 10,29) indican que se hacen en razón de una nueva adhesión: la persona de Jesús, el Reino y su comunidad⁷⁰.

⁶⁷ DA 257; 391-398; DS 104; 119-121; 165. En DI, n° 3: «La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9)». El "Discurso inaugural" de BENEDICTO XVI en la V Conferencia tuvo una importante gravitación en el desarrollo de la misma, como se puede comprobar por su frecuente citación: DA, ns° 2; 4; 7; 10; 13; 16; 22; 27; 42; 60; 64; 100,b, etc.

⁶⁸ DS 86; 94.

⁶⁹ DA 12; 19; 137.

⁷⁰ DA 136.

Ni antes ni hoy se puede servir a dos señores (Mt 6,24), por lo que hoy como antes son imprescindibles las renunciaciones que favorezcan la orientación decisiva y creciente de la existencia hacia el único Señor.

2.3.4. «Todo discípulo es misionero»⁷¹

El Señor resucitado envía a los suyos a anunciar el Reino para que también otros vivan en relación de amistad y fraternidad con Él y pertenezcan a la familia de Dios. Este encargo se llama *apostolado o misión*, y su contenido se expresa mediante *fórmulas de envío* como: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19)⁷², o *metáforas* centradas en oficios conocidos de entonces como: «Los haré pescadores de hombres» (Mc 2,17)⁷³.

Jesús hace partícipe a la Iglesia de su misión no como algo diverso a la dimensión discipular de la vida en Cristo, como si “ser discípulo” fuera una cosa y “misionero”, una decisión que dependiera del propio parecer. Jesús no tiene una escuela para discípulos y otra diversa para misioneros: al formar a los suyos como discípulos e integrarlos a la Iglesia, los forma ya como misioneros⁷⁴. Así como Jesús es testigo del misterio del Padre, al igual “los suyos” se hacen testigos de la obra del Padre. Quien es de Cristo no puede si no ser testigo de las cosas de Dios⁷⁵. Dicho de otro modo, la misión “a hacer” discípulos a otros es parte integrante de la llamada “a ser” discípulo de Jesús: «Cumplir este encargo [...] es la extensión testimonial de la vocación misma»⁷⁶.

La finalidad de la misión es replicar la experiencia del discipulado (Mt 28,19). Cuando el maestro moría, los discípulos generalmente se dispersaban (Hch 5,36-39), en cambio los de Jesús continúan su obra,

⁷¹ DA 30-32; 143-153; 360-379; 501-508; DS 137-142; 158; 167; 170-171; 184.

⁷² DA 364.

⁷³ DS 183. Cfr. S. SILVA RETAMALES, *Discípulos de Jesús. Relatos e imágenes de vocación y misión en la Biblia*, Bogotá D.C. 2006, 103-164.

DA 278.e.

⁷⁴ DI 3: «Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (Hch 4, 12)». Cfr. DA, nº 144-146. DS, nº 182: «“Discípulo” y “misionero” son dos términos que mutuamente se reclaman».

⁷⁶ DA 144; DS, nº 101.

y lo hacen replicando el modelo empleado con ellos: evangelizan con una *finalidad discipular*, procurando que otros se inicien y sean acompañados en el seguimiento del Señor (14,21). Sin embargo, no se trata de hacerlos "sus propios discípulos", esto es, seguidores de los que predicán el evangelio, situación que los primeros misioneros vivieron en carne propia por la adhesión equivocada de sus destinatarios (1 Cor 1,12; 3,4)⁷⁷.

Para realizar el encargo de Jesús, la Iglesia recibe de su Señor el don del Espíritu vivificador, «alma y vida de la Iglesia»⁷⁸, que la impulsa a anunciar el Reino de Vida y congregar un Pueblo santo, semilla de humanidad reconciliada⁷⁹. Ayer como hoy y por el don del Espíritu, la Iglesia está llamada a ser "evangelio vivo", es decir, anuncio toda ella (miembros, estructuras, planes pastorales...) de que el Resucitado es camino de vida y libertad (Rm 8,21)⁸⁰.

2.3.5. «Llamados a vivir en comunión»⁸¹

La vinculación con Jesús conduce a la vinculación con su Iglesia, nuevo pueblo de Dios. Así lo expresan los Obispos en Aparecida: «La vida en comunidad es esencial a la vocación cristiana. El discipulado y la misión siempre suponen la pertenencia a una comunidad. Dios no quiso salvarnos aisladamente, sino formando un Pueblo [...]. Por eso, la experiencia de fe siempre se vive en una Iglesia Particular»⁸². Y más adelante: «No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos»⁸³.

La adhesión a Jesús tiene, pues, un irrenunciable componente comunitario⁸⁴. Es decir, quien acepta el llamado de Jesús, acepta "hacerse de los suyos" (Mc 3,31-35), esforzándose por cultivar el sentido

⁷⁷ DA 279; 280,b.

⁷⁸ DA 23.

⁷⁹ DA 278,d; DS 172.

⁸⁰ DS 173.

⁸¹ DA 154-163; DS 133.

⁸² DA 164.

⁸³ DA 278,d.

⁸⁴ DA 297.

de pertenencia, de corresponsabilidad y misión. La opción por Jesús se convierte en compromiso por vivir el *peculiar carácter comunitario* de la dimensión discipular de la vida en Cristo.

Por tanto, *hacerse discípulo* de Jesús es *hacerse condiscípulo* de sus elegidos, formando parte de un mismo rebaño conducido por un mismo Pastor. Cristo no pensó un discipulado sin comunidad eclesial, pues «la vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión»⁸⁵.

Las pequeñas comunidades y las comunidades eclesiales de base son lugares teológicos de vinculación y configuración con el Maestro cuando se acoge y actualiza la enseñanza de los Apóstoles, se vive la comunión, se celebra la Eucaristía, se ora y reflexiona la Palabra de Dios (Hch 2,42)⁸⁶. El pan de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo construye la Iglesia, nutre su comunión y la hace esencialmente misionera⁸⁷. Las comunidades que se nutren del Señor se transforman en «casa y escuela de comunión»⁸⁸ donde los discípulos comparten los bienes del Resucitado «al servicio de la misión evangelizadora»⁸⁹.

Se entiende, por tanto, que la configuración con Jesús, que tiene lugar en el seno de *esta nueva comunidad*, sea sobre todo formación a “ser de los suyos” para “ser sus testigos”.

3. La “Pastoral Bíblica” según el *Documento de Aparecida*

3.1. *Camino recorrido*

El último e interesante aporte del *Documento de Aparecida* respecto al empleo de la Sagrada Escritura en la vida y misión de la Iglesia

⁸⁵ DA 156.

⁸⁶ DA 178-180; 308.

⁸⁷ «¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el contienen del amor!», DI, n° 4.

⁸⁸ NMI 43. Cfr. DS 134-136.

⁸⁹ DA 158.

es la "pastoral bíblica" que los Obispos entienden como "animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios".

El camino para llegar a este nuevo planteamiento de la pastoral bíblica se sustenta en varias enseñanzas de la Iglesia producto de la reflexión y de la práctica de la lectura de la Sagrada Escritura en las comunidades.

Entre los hitos que no pueden dejar de mencionarse está la constitución conciliar *Dei Verbum*⁹⁰ sobre la divina revelación y las tres Conferencias generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que vinieron después de *Dei Verbum*. Nos referimos a la Conferencia celebrada en Medellín, Colombia (1968), en Puebla, México (1979) y en Santo Domingo, República Dominicana (1992)⁹¹.

3.2. La llamada "Pastoral Bíblica" en el *Documento de Aparecida*

3.2.1. Antes y después de "Dei Verbum"

Dei Verbum marca un antes y un después en lo que a pastoral bíblica se refiere. Antes del CONCILIO VATICANO II, lo que llamamos "pastoral bíblica" se entendía como *movimiento bíblico* cuya principal finalidad era distribuir y dar a conocer la Biblia entre los católicos por el escaso conocimiento que tenían de ella.

Se buscaba que la *Escritura* no sólo fuera patrimonio de protestantes y evangélicos, sino que también fuera conocida por los católicos. Era común escuchar que mientras la celebración de los sacramentos, particularmente la Eucaristía, identificaba a la Iglesia Católica, la lectura e interpretación de la Biblia identificaba al mundo evangélico.

A partir del CONCILIO VATICANO II, la pastoral bíblica generalmente se entiende como aquel servicio de la Iglesia realizado al estilo de las otras

⁹⁰ Promulgada por PABLO VI el 18 de noviembre de 1965.

⁹¹ Cfr. DS 16-26; M. DE FRANÇA M., *Aparecida: a bora da América Latina*, São Paulo 2006, 34-37; J. JIMÉNEZ: «Las cuatro conferencias generales del episcopado: Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo. "El camino recorrido"», *Medellín* 118 (2004) 177-218.

pastorales parroquiales y diocesanas como la familiar, juvenil, social... Corrían los tiempos en que se procuraban pastorales diversificadas en la que se insertaba, como una más, la pastoral bíblica. Así también se la concebía. Por tanto, si aquellos que conforman la pastoral familiar se encargan de “las familias” en la parroquia, así también aquellos que forman parte de la pastoral bíblica se encargan de “la Biblia”. Siguiendo la analogía, si había coordinadores y vicarios de pastoral familiar, también debía haber un responsable de la pastoral bíblica que trabajara con las personas interesadas en la Biblia. En la práctica, la “comisión bíblica” de una parroquia o una diócesis, cuyo servicio pastoral se centraba en la Biblia, no pasaba de ser una más entre tantas pastorales.

A diferencia del “movimiento bíblico”, la pastoral bíblica se encargaba sobre todo de que los que participaban de dicha pastoral conocieran la Biblia mediante cursos, charlas, retiros, grupos bíblicos...

Aunque la pastoral bíblica hasta ahora descrita fue un paso necesario e importante en la evangelización de la Iglesia no era este el espíritu de *Dei Verbum* cuando pedía que «toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura»⁹². La Escritura en cuanto consigna la Palabra viva de Dios está llamada a nutrir la vocación, formación y misión de todo discípulo misionero y, por lo mismo, de todas las pastorales a su servicio.

3.2.2. *El Documento de Aparecida y la animación bíblica de la pastoral*

a. La animación bíblica de la pastoral en el Documento de Aparecida

Gracias a una renovada percepción del espíritu del CONCILIO VATICANO II y las intuiciones de las CONFERENCIAS GENERALES DEL EPISCOPADO hoy es posible una *nueva mentalidad* para entender la llamada “pastoral bíblica”: comprenderla como *animación bíblica de la pastoral* o “dimensión bíblica de la pastoral”. De estos nombres y otros, se prefiere

⁹² DV 21. Cfr. C.M. MARTINI: «La Sagrada Escritura, alimento y norma de la predicación y de la religión», Boletín Dei Verbum 32 (1994) 163-179.

el de "animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios", y es el que utiliza el *Documento de Aparecida*.

Cuando en el capítulo II del *Documento* acerca de la «Mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad»⁹³ los Obispos se preguntan por lo que los interpela en este tiempo de cambio, destacan como positivo para el encuentro con Jesucristo «la animación bíblica de la pastoral» por cuanto «aumenta el conocimiento de la Palabra de Dios y el amor por ella»⁹⁴. Es la primera vez que un documento magisterial de esta índole habla de la pastoral bíblica como «animación bíblica de la pastoral».

Luego, en el capítulo VI, al hablar del «itinerario formativo de los discípulos misioneros» y recordar las mediaciones para el encuentro con Jesucristo vivo⁹⁵, los Obispos describen en tres números (ns° 247-249) la importancia insustituible de la Escritura en cuanto Palabra reveladora y salvífica que, a quien la acoge, lo conduce al conocimiento y participación del misterio de Dios y su voluntad⁹⁶. La primera mediación de encuentro con Jesucristo que se nombra es la *Sagrada Escritura*, a la que sigue la liturgia, la Eucaristía y el día domingo, el sacramento de la reconciliación, la oración personal y comunitaria, la comunidad viva en la fe y el amor fraterno, los pobres, afligidos y enfermos, y la piedad popular⁹⁷.

Antes de tratar lo que en el *Documento de Aparecida* se entiende por "animación bíblica de la pastoral" contextualicemos el tema, precisando las eclesiologías subyacentes a la "pastoral de cristiandad" y a la "pastoral de conjunto" o, mejor llamada ahora, "pastoral orgánica".

b. Pastoral de cristiandad y pastoral orgánica: eclesiologías en juego

La eclesiología subyacente a la *pastoral de cristiandad* es la de "pueblo de Dios" de antes del Concilio Vaticano II, caracterizada por

⁹³ DA 33-100.

⁹⁴ DA 99,a.

⁹⁵ DA 240-346.

⁹⁶ DA 172.

⁹⁷ DA 250-265; DS 102-107.

un notable “eclesiocentrismo” derivada de la concepción de la Iglesia como “cuerpo místico de Cristo” y, por tanto, “sociedad perfecta”, eclesiología «fuertemente jurídica en detrimento de una concepción histórica y sacramental de la Iglesia»⁹⁸.

La actual eclesiología de “pueblo de Dios” sustentada en el Concilio Vaticano II aún no logra en la práctica sacarse del todo los siglos de régimen de cristiandad con su concepción clerical de la Iglesia, su forma de ejercer la autoridad y concebir el protagonismo en la evangelización, lo que trae repercusiones negativas para la pastoral orgánica⁹⁹. Por la falta de formación y de participación real de los laicos en los diversos niveles de decisión de la Iglesia, aún en varias partes, el protagonismo exclusivo en la conducción y evangelización de la Diócesis lo sigue teniendo el Obispo y el clero¹⁰⁰. Por los frutos que se ven, no se practican del todo los principios que se deducen de la eclesiología de “pueblo de Dios” y que sustentan la pastoral orgánica: subsidiaridad, participación, descentralización y desconcentración. Por estas y otras razones, una de las deficiencias de dicha pastoral es precisamente su falta de organicidad, pues muchas veces no pasa de ser un “conjunto de pastorales”, es decir, una “pastoral de colectivos”.

Se requiere superar los límites que arrastramos de la pastoral de cristiandad y plantear una *pastoral orgánica* «renovada y vigorosa» que sirva «mejor a las necesidades de los fieles»¹⁰¹, procurando «una respuesta consciente y eficaz» conforme las exigencias del mundo de hoy¹⁰². Esta pastoral debe sustentarse en una eclesiología que tenga por modelo el Misterio trinitario¹⁰³ y una más profunda comprensión de la enseñanza paulina sobre la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de quien

⁹⁸ DE FRANÇA, *Aparecida*, 32; cfr. 32-34. Cfr. A. BRIGHENTI, *Reconstruyendo la esperanza. Cómo planear la acción de la Iglesia en tiempos de cambio*, México DF 2001, 33-43.

⁹⁹ «Nos referimos, para mencionar algunos, al clericalismo, a los intentos de volver al pasado, a lecturas y aplicaciones secularizadas de la renovación conciliar, a la ausencia de autocrítica, de una auténtica obediencia y de ejercicio evangélico de la autoridad, a los moralismos que debilitan la centralidad de Jesucristo...», *DS*, n° 79; ver n° 83. Cfr. *DA*, n° 100, b.

¹⁰⁰ *DA* 100, b-c; 212.

¹⁰¹ *DA* 169 y 99, g.

¹⁰² *DA* 371; cfr. n° 169.

¹⁰³ *DA* 155; 304.

-como Cabeza del Cuerpo- proviene su vitalidad y fecundidad. De este modo queda más claro que la Iglesia, icono de la Trinidad, es el Cuerpo (comunidad, ministerios, carismas), don del Padre al Hijo, mediante el cual el Espíritu hace actual la buena nueva del Reino.

Cuando se comprende la substancial igualdad y vocación al discipulado en santidad para todos los bautizados¹⁰⁴, la evangelización exige el protagonismo de todos en razón del sacramento del bautismo. Esto requiere, junto a los otros principios mencionado, favorecer efectivamente el de la "corresponsabilidad eclesial" de todo cristiano¹⁰⁵. Además, requiere una clara voluntad de poner, mediante la «conversión pastoral»¹⁰⁶, las estructuras administrativas y evangelizadoras de la Iglesia al servicio de la vocación y misión del pueblo cristiano¹⁰⁷. Para la misión de la Iglesia todos necesitamos de todos, y ninguna pastoral puede ya ser un compartimento cerrado que se basta por sí misma.

En el marco de la pastoral orgánica y de la eclesiología que la sustenta, la *Sagrada Escritura*, en cuanto consigna la Palabra de Dios viva y salvadora, ya no se puede concebir como objeto específico de una pastoral. Si la Palabra es Vida nueva con que la Cabeza nutre a su Cuerpo para que viva en comunión con Él y proclame el Reino, el acceso a la Palabra no es privilegio de los que participan en "la pastoral bíblica", sino de todo el pueblo de Dios, pastores y fieles. Prescindir de la Vida de la Cabeza es renunciar a la vinculación con Jesucristo y al anuncio de la Buena nueva.

En este nuevo concepto de pastoral orgánica y de conciencia renovada de la función de la Palabra de Dios se inscribe la reflexión de los Obispos en Aparecida. Por ello hablan de "animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios".

Precisemos el concepto.

¹⁰⁴ DA 163; 184.

¹⁰⁵ DA 202; 226,b; 368.

¹⁰⁶ DA 365-366.

¹⁰⁷ DA 172.

c. Animación bíblica de la pastoral, descripción y tareas

• Descripción

En “nuestra casa”, que es la Iglesia Católica, el discípulo encuentra todo aquello que alimenta su vinculación íntima con Jesucristo Camino, Verdad y Vida¹⁰⁸. Lo primero que la Iglesia ofrece a los suyos es la proclamación de la Palabra y la posibilidad de encontrar a Jesús en las Sagradas Escrituras leídas en la Iglesia y en el contexto de la vida.

La *Escritura* cumple su rol de efectiva mediación cuando se lee como Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo que testimonia la historia salvífica a la que Dios conduce a la humanidad. Por lo mismo, es indispensable «proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad” (*EAm* 12)»¹⁰⁹. El camino de encuentro con Jesucristo mediante la Escritura exige, como enseña BENEDICTO XVI, «el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios»¹¹⁰.

Para mostrar las consecuencias del «conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios», los Obispos en Aparecida nos recuerdan algunos encuentros con el Señor: el de «Nicodemo y su ansia de vida eterna (Jn 3, 1-21), la Samaritana y su anhelo de culto verdadero (4, 1-42), el ciego de nacimiento y su deseo de luz interior (Jn 9), Zaqueo y sus ganas de ser diferente (Lc 19, 1-10)...», y así tantos otros¹¹¹.

Se trata de hombres y mujeres que llegaron al encuentro con Jesús con su historia íntima, anhelantes de algo nuevo, y que alcanzaron la luz y fueron recreados «porque se abrieron a la experiencia de la misericordia del Padre que se ofrece por su Palabra de verdad y vida. No abrieron su corazón a algo del Mesías, sino al mismo Mesías»¹¹². Este encuentro con el Señor es el que inicia un proceso de discipulado, de vida en comunión con los hermanos, de testimonio del Reino y trans-

¹⁰⁸ DA 246.

¹⁰⁹ DA 248.

¹¹⁰ DI 3, citado por DA 247; cfr. n° 226,b.

¹¹¹ DA 249.

¹¹² Idem.

formación de la sociedad. Para ellos, la Palabra divina no se redujo sólo a nociones, sino que iluminó y alimentó su vida en Cristo¹¹³.

Por la centralidad insustituible del encuentro con Jesucristo los que participan en las pastorales ya sea como agentes ya como destinatarios necesitan escuchar y encarnar la Palabra de Dios que la *Sagrada Escritura* consigna. Sólo de esta forma madura la experiencia religiosa de cada fiel en la Iglesia¹¹⁴.

En la acción evangelizadora de una Iglesia concebida a la luz de la eclesiología del Concilio Vaticano II, que hace cada vez más orgánica su propuesta pastoral, la Biblia es *fuentes de evangelización* en cuanto mediación insustituible de encuentro con Jesucristo vivo. La Palabra de Dios que la Escritura ofrece debe ser inspiradora de todas las fases de la pastoral parroquial y diocesana: la reflexión y el discernimiento, la toma de decisiones y la planificación, la ejecución y la evaluación¹¹⁵. De esta forma, además de ser «el alma de la teología»¹¹⁶, la Palabra de Dios está llamada a convertirse en el *alma de la misión evangelizadora* de la Iglesia¹¹⁷.

Dicho con una metáfora: la Palabra de Dios no puede ser una *rama* más del conjunto del árbol que es la Iglesia, sino la *savia* que corre por su tronco y nutre todas sus ramas. Donde haya evangelización ahí deberá estar la Palabra de Dios con su multiforme presencia, iluminando y animando el anuncio del Reino. Los Obispos en Aparecida hablan de la Escritura como *faro* que ilumina el camino y la actuación de la Iglesia de Cristo¹¹⁸.

Según esta concepción de pastoral bíblica, su finalidad es la *animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios*, es decir, que la Palabra de Dios consignada en la *Escritura* suscite, forme y acompañe la vocación y misión del discípulo de Cristo y dé contenido a las acciones organizadas de la Iglesia en su misión evangelizadora. Por tanto, ya

¹¹³ DA 323.

¹¹⁴ DA 226,a; DS 77.

¹¹⁵ DA 371.

¹¹⁶ DV 24.

¹¹⁷ DP 372; DA 248.

¹¹⁸ DA 180.

no se trata de la Biblia como preocupación exclusiva de algunos en la Iglesia (grupos o círculos bíblicos...), sino de la Palabra inspirada como *fuentes teológica y espiritual* de santidad cristiana y de proclamación de la buena nueva de Jesucristo para alcanzar «la madurez conforme a su plenitud» (Ef 4,13).

De este modo estamos fundamentando «nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios»¹¹⁹.

- Tareas

El gran desafío de la animación bíblica de la pastoral es recuperar para todos los fieles la riqueza de la Escritura como alimento imprescindible que la Cabeza (el Señor glorificado) ofrece a su Cuerpo (la Iglesia redimida).

Las tareas de la *ABP* se deducen de la naturaleza y función de la Escritura como mediación de encuentro y comunión de la Cabeza gloriosa con su Cuerpo redimido.

Las enseñanzas del CONCILIO VATICANO II asumidas por las CONFERENCIAS GENERALES DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO describen la *Sagrada Escritura* como “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo confiada a la Iglesia para nuestra salvación”¹²⁰.

De esta descripción se deducen las *tres tareas básicas* de la animación bíblica de la evangelización del pueblo de Dios¹²¹:

- a- Como la Biblia es obra literaria, se accede a la Palabra de Dios mediante “el lenguaje” de los autores que la pusieron por escrito. Para conocer adecuadamente la Palabra de Dios se requiere, por tanto, interpretar la mediación de comunicación (lenguajes) de autores humanos según sus contextos literarios, históricos y religiosos.

¹¹⁹ DI 3.

¹²⁰ DV 11; 21.

¹²¹ Para lo que sigue, DV 12; DA 248. Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Orientaciones para la animación bíblica de la pastoral*, Santiago de Chile 2007, ns° 41-55.

Una primera labor de *ABP* es acompañar la comprensión de los sentidos genuinos de los textos bíblicos, por lo que debe ser *escuela de interpretación* o de conocimiento de la Palabra de Dios.

- b- Como la Biblia es obra literaria "inspirada" por el Espíritu, nos da a conocer «la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra»¹²². Por tanto, la Palabra de Dios que la Escritura contiene en lenguaje humano es viva y eficaz para los discípulos misioneros, pues hoy hace presente al Señor como Mesías salvador.

Una segunda labor de la *ABP* es ayudar y enseñar al discípulo misionero a actualizar la Palabra de Dios mediante el diálogo permanente con Jesucristo, por lo que debe ser *escuela de comunión y oración*, es decir, de encuentro orante con el Señor gracias a los textos bíblicos inspirados.

- c- Como la Biblia está confiada a la Iglesia para que la proclame como Palabra preñada de salvación es -por un lado- lugar teológico y pastoral de discernimiento y -por otro- fuente y contenido de la evangelización.

Una tercera labor de la *ABP* es educar a los discípulos misionero a proclamar la Palabra y "a actuarla", es decir, concretarla en motivaciones, afectos y conductas que respondan a los sentimientos de Jesús (Flp 2,5), por lo que debe ser *escuela de evangelización inculturada* o de proclamación de la Palabra.

De este modo, la pastoral bíblica entendida como "animación bíblica de la pastoral" satisface la permanente necesidad de los discípulos de Jesús de nutrirse con el pan de la Palabra mediante «la interpretación adecuada de los textos bíblicos», de su empleo «como mediación de diálogo con Jesucristo» y como «alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos»¹²³.

¹²² DV 11.

¹²³ DA 248.

Una de las formas más adecuadas para nutrirse con toda la riqueza del pan de la Palabra -según los Obispos en Aparecida- es la *Lectio divina*, la que presentan como una de las importantes tareas de la *ABP*. Este «ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura» suscita el «encuentro con Jesús-Maestro», el «conocimiento del misterio de Jesús-Mesías», la «comunión con Jesús-Hijo de Dios» y el «testimonio de Jesús-Señor del universo»¹²⁴.

La impresión, al recurrir a estos cuatro títulos cristológicos, es que se está pensando en los cuatro pasos clásicos de la *Lectio* que hacen posible el encuentro con Jesucristo revelado según la dimensión que el título indica:

- a- Por la *lectura* se busca la comprensión genuina de las enseñanzas del único «Maestro de vida y verdad»¹²⁵, pues «sus palabras son Espíritu y Vida (Jn 6,63.68)»¹²⁶. El creyente que practica la *Lectio divina* “se sienta a los pies” de su Maestro, es decir, se hace discípulo en escucha atenta de la Palabra para hacer lo que Él le diga (Jn 2,5)¹²⁷.
- b- Por la *meditación*, el discípulo misionero introduce en su historia y vida la luz interpeladora de Jesús Mesías y adquiere su fuerza salvadora que lo recrea y le permite seguirlo. Así, reconociendo su debilidad, acude confiado al Dios de su salvación. María es modelo de discípulos misioneros por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús¹²⁸.
- c- Por la *oración*, tan propia de los que tienen hambre y sed de Dios¹²⁹, quien practica la *Lectio divina* se pone como hijo o hija en Jesús, Hijo de Dios, que lo introduce en su propio misterio y, por lo mismo, le da a conocer a su Padre y su voluntad¹³⁰. De este modo, el Padre reina como Padre, pues nos hace partícipes

¹²⁴ DA 249.

¹²⁵ DA 186.

¹²⁶ DA 103.

¹²⁷ DA 364; DS 138.

¹²⁸ DA 266.

¹²⁹ DA 99,g.

¹³⁰ DA 137; 255; 319.

de su vida divina que es consuelo y luz, fortaleza y sabiduría. La oración nos dispone, como al Hijo, a ofrecer la vida al Padre para salvación de todos¹³¹.

- d- Por la *contemplación* amorosa de la Verdad¹³², el discípulo misionero goza admirado del misterio del Señor resucitado y, por lo mismo, adquiere una mayor luz para ver su propio misterio y vocación¹³³. El contemplativo, identificado con «la imagen de Jesucristo, nuevo Adán (1 Cor 15, 45)»¹³⁴, se dispone así a ser testigo del Señor glorificado. De la contemplación del rostro del Señor en los que sufren surge la opción por ellos¹³⁵. La contemplación sin la acción transformante y sin el servicio solidario es infecunda.

Conclusión

¿Cuáles son las proyecciones de la V Conferencia respecto a la Sagrada Escritura? ¿Cuál debiera ser su función en la formación de discípulos misioneros para que los pueblos tengan vida?

Tomando el aporte de una de las Conferencias Episcopales a Aparecida, estas preguntas las podemos plantear así: ¿qué hacer para que la Palabra de Dios sea, por sobre todas las cosas, «una hermosa y profunda propuesta de buenas noticias para toda persona y la humanidad, a fin de que en Jesucristo tengan Vida»?

Podemos resumir la respuesta a estas preguntas en *cuatro proyecciones*:

a)- **La Sagrada Escritura, fuente de auténticos encuentros con Jesucristo vivo**

La Palabra de Dios escrita debe ser gestora del encuentro con Jesús resucitado, *Camino, Verdad y Vida* (Jn 14,6), nutriendo la amis-

¹³¹ DA 134; 143.

¹³² DA 494.

¹³³ DA 41; 107.

¹³⁴ DA 27.

¹³⁵ DA 257; 393.

tad con el Señor y posibilitando un auténtico discipulado misionero en la Iglesia.

Lo hará si la Palabra *se interpreta adecuadamente*, abriendo al conocimiento de Jesús en cuanto *único Camino* para vivir como hijos del Padre, si *se ora personal y comunitariamente* posibilitando un diálogo frecuente y fecundo con Jesús en cuanto *Vida nueva*, y si es *fuentes de evangelización propia y de otros* animando la conversión personal y suscitando el anuncio de Jesús en cuanto *Verdad que salva*.

b)- La Sagrada Escritura, fuente de crecimiento en humanización

El encuentro verdadero con Jesucristo y con los hermanos es camino de encuentro consigo mismo mediante el discernimiento que confronta la propia existencia (intenciones, motivaciones y acciones) con el proyecto del Padre de alcanzar «la madurez conforme a la plenitud» de Jesús de Nazaret, su Mesías e Hijo (Ef 4,13)¹³⁶.

La Palabra de Dios es camino de reconstrucción de personalidades intensamente humanas e intensamente discipulares y misioneras.

c)- La Sagrada Escritura, fuente de comunión y de comunidades

La Sagrada Escritura permite escuchar y configurarse con Jesucristo de quien brota la filiación y la fraternidad. El empeño por dejar que nuestras palabras y acciones sean generadas y discernidas por la Palabra de Dios que la Escritura ofrece nos ayuda a vivir en creciente radicalidad la vocación de “familia” del Padre. Así como las primeras comunidades vivían y se extendían por la proclamación y escucha de la Palabra (Hch 6,7; 19,20), así también hoy la Palabra congrega en comunidad a los discípulos misionero.

414

La Sagrada Escritura vive en la comunidad y, a la vez, hace que la comunidad sea Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu.

¹³⁶ DS 120; 128.

Por tanto, la relación entre Biblia e Iglesia es esencial: la Iglesia proclama la Palabra, la Palabra construye la Iglesia y en ésta se interpreta y ora.

La comunidad, inserta en el mundo y como signo de comunión, está llamada a construir una sociedad más equitativa y más humana, que cada vez más sea Reino de Dios.

d)- *La Sagrada Escritura, fuente del compromiso por el Reino de justicia y vida*

La luz de la Palabra de Dios nos ayuda a reflexionar «sobre los diversos problemas humanos y madurar opciones responsables inspiradas en el amor universal de Cristo»¹³⁷. Toda pastoral, si quiere ser tal, debe preocuparse por asumir la realidad (*encarnación*) y anunciar el Reino de justicia y vida (*redención*) respondiendo a los desafíos que nos presenta la sociedad (*evangelización*). Con mayor razón la animación bíblica de la pastoral.

El contacto directo, orante y contextual con la Palabra de Vida que la Sagrada Escritura ofrece nos tiene que llevar a un compromiso serio de fraternidad y solidaridad. Un importante desafío de la animación bíblica es implementar caminos y medios que ayuden a impulsar e iluminar la opción preferencial por los pobres para que no se quede «en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones»¹³⁸.

¹³⁷ JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, n° 41.

¹³⁸ DA 397.

Programa Académico ITEPAL 2008

1. DOCTORADO CANÓNICO EN TEOLOGÍA. Inicia el 2 de junio y culmina 28 de junio 2008

2. LICENCIATURAS EN TEOLOGÍA. Inician 04 de febrero de 2008 y concluyen en sept. 2009

- | | |
|--|---------------------------------------|
| 1. Con énfasis en formación sacerdotal | 4. Con énfasis en Misionología |
| 2. Con énfasis en Pastoral Catequética | 5. Con énfasis en Comunicación Social |
| 3. Con énfasis en Teología Pastoral | |

3. DIPLOMADOS, 2008

1. Diplomado en Pastoral Juvenil	21 enero – 14 marzo	US\$800,00
2. Diplomado en Pastoral Vocacional	21 enero – 14 marzo	US\$800,00
3. Diplomado en Teología	31 marzo – 18 julio	US\$1.600,00
4. Formación Sacerdotal	04 agosto – 21 nov	US\$1.600,00
5. Énfasis pastorales para la N. Evan.. en A. L.	04 agosto – 21 nov	US\$1.600,00
6. Teología Pastoral	04 agosto – 21 nov.	US\$1.600,00
7. Pastoral Misionera	01 sept. – 24 oct.	US\$800,00
8. Pastoral social	01 sept. – 24 oct.	US\$800,00
9. Pastoral Catequética	29 sept. – 21 nov.	US\$800,00
10. Pastoral de Comunicación Social	29 sept. – 21 nov.	US\$800,00

4. CURSOS, 2008

1. Perspectivas Teológico Pastorales para la Misión Continental a la Luz de Aparecida	04 – 29 feb.	US\$400,00
2. Teología Fundamental	31 mar. 25 abril	US\$400,00
3. Teología Sistemática	28 abril – 06 junio	US\$600,00
4. Dimensiones Teológicas	09 junio – 18 de julio	US\$600,00
5. La Pastoral Universitaria	16 al 27 de junio	US\$200,00
6. La Pastoral Educativa	01 julio – 11 julio	US\$200,00
7. La Pastoral Castrense	28 julio – 08 agosto	US\$200,00
8. Teología de los Ministerios Ordenados	04 – 29 agosto	US\$400,00
9. Teología pastoral	04 – 29 agosto	US\$400,00
10. Pastoral Misionera	01 – 26 sept.	US\$400,00
11. Pastoral Social y DSI	01 - 26 sept.	US\$400,00
12. Pastoral Sacerdotal	01 – 26 sept.	US\$400,00
13. El Seminario Comunidad Educativa	29 sept. – 24 oct	US\$400,00
14. Pastoral Litúrgica	29 sept. – 24 oct	US\$400,00
15. Derechos y Deberes Humanos	29 sept. – 24 oct	US\$400,00
16. Aparecida y la Misión en el Continente	29 sept. – 24 oct	US\$400,00
17. Pastoral Catequética	29 sept. – 24 oct	US\$400,00
18. Educación y medios de Comunicación Social	29 sept. – 24 oct	US\$400,00
19. Aparecida y la Misión en el Continente	29 sept. – 24 oct.	US\$400,00
20. Perspectivas para renovar la Vida Parroquial a la luz de Aparecida	27 oct. – 21 nov.	US\$400,00
21. Formación y espiritualidad catequística	27 oct. – 21 nov.	US\$400,00
22. Dimensiones de la F. Sacerdotal	27 oct. – 21 nov.	US\$400,00
23. Pastoral de la Comunicación Social	27 oct. – 21 nov.	US\$400,00

Sumario

*Aunque los documentos conclusivos, emanados de las Conferencias Generales, no desarrollan tratado o discurso teológico sistemático, ya que se trata de textos netamente pastorales, sin embargo, el autor encuentra en Aparecida una rica cristología elaborada desde la categoría del “encuentro con Jesucristo Vivo”. Esta categoría teológica, insinuada ya en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, y de una manera más clara, precisa y explícita en la Exhortación postsinodal *Ecclesia in America*, se convierte en el núcleo de Aparecida, ya que en el encuentro con Jesucristo, el sujeto personal y el sujeto social encuentran la Vida que buscan y anhelan, en todas sus dimensiones.*

La Cristología del Documento de Aparecida Un camino desde Medellín a Aparecida

Alvaro Cadavid Duque, Pbro.

Doctor en Teología. Profesor del ITEPAL-CELAM.

Introducción

Cuando se quiere analizar la teología o alguna de las temáticas teológicas concretas que aparecen reflejadas en los documentos de las Conferencias Generales del episcopado latinoamericano y caribeño –en este caso la cristología–, es preciso tener en cuenta algunas cuestiones importantes.

Los documentos conclusivos emanados de las Conferencias, no desarrollan tratado o discurso sistemático alguno sobre cualquiera de las disciplinas teológicas. Ellos son documentos netamente pastorales, con acentos teológicos puntuales. Sin embargo, esta constatación no quita que podamos encontrar en las Conferencias y en sus documentos, como de hecho se dan, algunos elementos o acentos teológicos, una vez, de manera compacta en algunos numerales y, otras, diseminados a lo largo de los documentos.

En Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida los debates más importantes en la preparación y en las mismas Asambleas episcopales, se dieron precisamente como fruto de las distintas concepciones teológicas, cristológicas y eclesiológicas, pues de dichas comprensiones va a depender el proyecto pastoral, el tipo de anuncio y el modelo de iglesia que se quiere construir.

Es posible encontrar en todos los documentos de las Conferencias a las que hacemos alusión un doble movimiento teológico-pastoral: la visión que se tiene de la realidad y la lectura que se hace de los signos de los tiempos dirige las preguntas que se van a hacer a Jesús y a la Iglesia, pero, a su vez, las reflexiones cristológicas y eclesiológicas no están cerradas en sí mismas, sino que van a determinar el tipo de pastoral y de misión que se quiere realizar como respuesta a los desafíos encontrados en la realidad. El interés de las Conferencias y de sus én-

fasis teológicos no es, pues, meramente teórico, sino eminentemente práxico-pastoral.

El origen de esta manera de proceder hay que situarlo en que, desde Medellín hasta hoy, la Iglesia latinoamericana ha asumido progresivamente el giro antropológico y hermenéutico que se ha venido dando en la teología católica desde el Concilio Vaticano II. A partir de aquel momento, la reflexión cristológica ya no aborda el misterio de Jesús a partir de la dogmática, concebida ésta como una interpretación de lo revelado, como se había hecho por siglos en la teología, sino que ahora se aproxima directamente al dato revelado en la Escritura y con el objetivo de hacerlo significativo al hombre contemporáneo. De allí, la centralidad que en la teología actual ocupan, por una parte, la persona histórica de Jesús y su predicación del reino, y, por otra, el hombre y el contexto en el que se encuentra, como destinatario del mensaje evangélico. Todos y cada uno de los documentos del episcopado latinoamericano y caribeño están impregnados de esta centralidad que se da a la historia humana de Jesús, el Hijo de Dios, y al hombre latinoamericano en la realidad concreta de cada momento histórico en el que ocurre cada una de las Conferencias generales. De esta manera, pretende el episcopado hacer creíble el misterio de Cristo al hombre de este Continente en cada uno de los momentos históricos correspondientes a cada una de las Conferencias Generales.

1. La Cristología en Medellín

La Conferencia de Medellín quiso ser una aplicación del Concilio en la situación del Continente de aquellos años; sin embargo, la Conferencia y su documento no fueron una mera aplicación del Vaticano II, sino un desarrollo creativo del espíritu del Concilio en y para las circunstancias histórico-sociales concretas del Continente.

En Medellín, la dramática situación de pobreza, leída como el mayor signo de los tiempos de ese entonces, marcará todas las reflexiones y conclusiones de los Obispos reunidos en aquella Conferencia. Desde esa situación de pobreza, y con el ánimo de responder a ella, se lee el misterio de Cristo: “Cristo nuestro Salvador, no solo amó a los pobres, sino “siendo rico se hizo pobre”, vivió en la pobreza, centró su misión

en el anuncio a los pobres de su liberación y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre sus hombres” (Pobreza de la Iglesia, 7).

El misterio de Cristo leído desde la dramática situación de pobreza, resaltando el haberse hecho históricamente pobre, hace emerger de él toda su fuerza liberadora. Desde el paradigma bíblico de la liberación –y Jesús interpretado dentro de esta clave–, los obispos quieren responder a los clamores que lo pobres les dirigen: “un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte. “Nos estáis ahora escuchando en silencio, pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento”, ha dicho el Papa a los campesinos en Colombia” (Pobreza de la Iglesia, 2).

Toda la historia de Israel y toda la historia de Jesús, son leídas en Medellín desde esta perspectiva liberadora. Leamos algunos textos al respecto:

“Así como otrora Israel, el primer Pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la tierra de la promesa, así también nosotros, nuevo Pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva, cuando se da “el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas” (Introducción 6; cf. Introducción, 4).

En otro documento dice:

“Solo a la luz de Cristo se esclarece verdaderamente el misterio del hombre. En la Historia de la Salvación la obra divina es una acción de liberación integral y de promoción del hombre en toda su dimensión, que tiene como único móvil el amor. El hombre es “creado en Cristo Jesús”, hecho en Él “criatura nueva” (Justicia, 4).

420

Según Medellín:

“Toda liberación es ya un anticipo de la plena redención de Cristo”, y por eso, “la Iglesia de América Latina se siente particularmente solidaria con todo esfuerzo educativo tendiente a liberar a nuestros pueblos” (Educación, 9).

Y, más adelante, continúa afirmando el mismo documento:

“Por esto, todo “crecimiento en humanidad” nos acerca a “reproducir la imagen del Hijo para que El sea el primogénito entre muchos hermanos” (Educación, 9).

Y, luego, refiriéndose a la catequesis, dice que:

“Debe asumir totalmente las angustias y esperanzas del hombre de hoy, a fin de ofrecerle las posibilidades de una liberación plena, las riquezas de una salvación integral en Cristo, el Señor. Por ello debe ser fiel a la transmisión del Mensaje bíblico, no solamente en su contenido intelectual, sino también en su realidad vital encarnada en los hechos de la vida del hombre de hoy” (Catequesis, 6).

Cabe señalar, como nos lo indican los textos anteriores y otros más, que en Medellín, lo que se denomina bajo la categoría “liberación” es equivalente a lo que se designa como humanización, desarrollo integral y justicia social, y es, podríamos decir, como la vertiente antropológica de lo que teológicamente se designa con la expresión “Reino de Dios”, sin que lo segundo se reduzca únicamente a lo primero (cf. Introducción, 4; Movimientos de laicos, 3, 9, 13).

En los tiempos inmediatamente posteriores a Medellín, surgió en el Continente la llamada “teología de la liberación”, con una reflexión y expresión cristológica propia. La búsqueda del Jesús histórico y de lo más histórico de Jesús fue su preocupación fundamental. Esta tarea la realizó con la ayuda de los métodos histórico-críticos, pero ella siempre quiso ir más allá de los resultados obtenidos por esta investigación. La cristología de la liberación buscaba a Jesús movida no por una mera curiosidad intelectual o por el deseo de saber más y con mayor exactitud acerca de él, sino, y ante todo, con el deseo de reproducir su misma praxis de liberación. Como respuesta a toda esta búsqueda, se consagró el título que por excelencia se ha dado a Jesús en la cristología latinoamericana, y que fácilmente se advertía ya en Medellín: “Jesucristo Liberador”. Toda la reflexión cristológica concebida en estos términos, era el contenido que designaba con más propiedad lo que se pensaba que lo hacía más significativo ante el hombre pobre y oprimido de estas latitudes.

De ahí en adelante, la cristología elaborada en el Continente se lanzó a la búsqueda del Jesús histórico haciendo la llamada “opción por el Jesús histórico”. Uno de los motivos de esta opción era el hecho de que se encontraba una semejanza especial entre la situación que Jesús vivió y la situación que vivían los pueblos del Continente. Se buscaba al Jesús histórico para encontrar las opciones históricas que él realizó, y que deberían ser las mismas que todo cristiano tiene que realizar. Según esta reflexión cristológica, la opción más cierta que Jesús realizó fue por los pobres y por su liberación. Seguir a Jesús era hacer esa misma praxis de liberación en favor de los más pobres.

El aporte de esta cristología radicaba en la toma de conciencia de la necesidad de leer la historia humana de Jesús desde los datos que nos ofrece la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta sus conflictos históricos y sus opciones, antes de la dogmatización eclesial, pues, en aquella, se encuentra a Jesús en su accionar histórico mismo y en las opciones que realizó. Sin desconocer el dogma eclesial, se quería privilegiar esa historia de Jesús para el hombre latinoamericano.

Sobre este tipo de proceder cristológico habría que precisar dos cosas: por una parte, la opción por el Jesús histórico, estrictamente hablando, era impropia, si por “opción” se quiere significar que se prescinde de la fe eclesial, pues, Jesús solo nos llega mediado por la fe de la Iglesia y es, en esa misma fe, de la cual los evangelios dan testimonio primigenio, en donde se le encuentra. Y, por otra, hay que señalar que la cristología que se desprendió de esta opción por el Jesús histórico, no estuvo exenta de parcializaciones y reduccionismos cristológicos, que tuvieron su expresión en una visión, a veces, marcadamente politizada, que encerraba a Jesús en los estrechos marcos de una liberación terrena sin ningún sello trascendente.

2. La Cristología en Puebla

422

A esas visiones parciales y recortadas se enfrentó la Conferencia de Puebla en su apartado denominado “la verdad sobre Jesucristo”, verdad que va a fundamentar la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre. Pretende Puebla salirle al paso a una presentación parcial de la figura de Jesús, proclamando integralmente la verdad sobre Jesucristo (cf. DP 3, 180).

Los obispos hacen notar que la situación de pobreza del Continente ha crecido a niveles escandalosos y que el clamor de los pobres es ahora más tumultuoso e impresionante (DP 87). Esta situación de pobreza, que sigue siendo el signo de los tiempos mayor en el Continente y que se revela en rostros muy concretos (cf. DP 32-39), requiere ser asumida por la Iglesia desde el anuncio de Jesucristo.

En este contexto, desde una comprensión de Jesús marcada por el dato histórico y evangélico de su cercanía a lo más pobres, haciéndose pobre como ellos, -comprensión que viene desde Medellín y que va a marcar la cristología de todas las Conferencias Generales hasta Aparecida-, los obispos del Continente, dan fundamento cristológico a la opción por los pobres. Hacen notar los obispos, que por medio de Jesús, Dios ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (cf. DP 196) y por eso, la opción que se hace por ellos permite, por una parte, una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres (cf. DP 1140-1143) y, por otra, el servicio a ellos es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo (cf. DP 1145).

Como principio iluminador de esta opción, asumen con total claridad el título cristológico que ya venía haciendo carrera en el Continente: "Jesucristo liberador". En el numeral 9 se lee textualmente una proclamación de la fe en Jesús comprendido desde esta categoría:

"En Medellín, terminamos nuestro Mensaje con la siguiente afirmación: tenemos fe en Dios, en los hombres, en los valores y en el futuro de América Latina". En Puebla, tomando de nuevo esta profesión de fe divina y humana, proclamamos: "Dios está presente, vivo, por Jesucristo liberador, en el corazón de América Latina" (Mensaje a los pueblos de América Latina, 9).

Y en otro texto, utiliza el mismo título, de manera implícita, cuando dice:

"La opción preferencial por los pobres tiene como objetivo el anuncio de Cristo Salvador que los iluminará sobre su dignidad, los ayudará en sus esfuerzos de liberación de todas sus carencias

y los llevará a la comunión con el Padre y los hermanos, mediante la vivencia de la pobreza evangélica” (DP 1153)¹.

Sin embargo, según el documento de Puebla, esa proclamación de Jesucristo como liberador de los empobrecidos, no puede comprenderse de una manera desfigurada, parcial o ideologizada (cf. DP 178, 179). Ciertamente que Jesús es liberador de toda opresión, pero esa liberación va hasta la liberación misma del pecado como raíz última de toda opresión (cf. DP 185, 186: 330). Por eso Jesús es el liberador integral (cf. DP 189, 1183), el salvador de todo el hombre y de todos los hombres (cf. DP 181, 351).

Lo anterior lleva a Puebla a exponer su doctrina integral sobre Jesús, y pide a los fieles que acojan esa doctrina liberadora, pues su destino temporal y eterno está ligado al conocimiento en la fe, al seguimiento y a la imitación de aquel que proclamamos como el Señor y el Salvador (cf. DP 180). En su exposición, junta magistralmente el documento de la III Conferencia aspectos cristológicos que se pudieran dar por separado y que se prestan a tensiones: divinidad y humanidad (cf. DP 175); el Jesús de la historia y el Cristo predicado por la Iglesia (cf. DP 176); el Jesús evangelizador y el Jesús realizador del Reino (cf. DP 177); el Jesús revelador del misterio trinitario (cf. DP 188) y al mismo tiempo el inspirador de profundos cambios sociales (cf. DP 174); el Jesús que no se puede reducir a líder político, pero tampoco al campo de la conciencia individual o a lo meramente privado (cf. DP 174, 178).

En cuanto al contenido mismo de la presentación de la persona de Jesús, hace Puebla una secuencia temática lo más completa posible: relaciona a Jesús con la Creación y lo coloca como modelo del hombre y fundamento de su liberación integral (cf. DP 182-184; 189, 319, 333-339); lo vincula con la enseñanza sobre el pecado (cf. DP 185-186) y también con el Antiguo Testamento (cf. DP 187). Descubre a Jesús en su misterio de encarnación (cf. DP 188), en sus palabras y en sus acciones como revelador del Reino (cf. DP 190-193), y también en su misterio pascual (DP 194-197). Además, muestra a Jesús en estrecha

¹ Se encuentran abundantes textos que implícitamente contienen la misma afirmación cristológica (cf. DP 27, 88, 163, 166, 170, 173, 189, 194, 282, entre otros muchos).

unión con su Iglesia (cf. DP 194-197; 222), con el Espíritu Santo (cf. DP 198-208), con la escatología (cf. DP 209-210) y como revelador del Misterio trinitario (cf. DP 211).

Si bien, la exposición de Puebla quiere dar fe de la doctrina completa de Jesús, hay que señalar que su presentación no le quita a Jesús su dimensión humana e histórica ni los conflictos que le tocó vivir como fruto de su predicación del Reino entre los más pobres, lo que hace que la figura de Jesús siga teniendo esa mordiente histórica y una significación especial en las circunstancias socio-históricas de América Latina y el Caribe. De esta manera, la figura liberadora de Jesús es realizada, pero considerándola dentro de una cristología más integral y acorde con la fe que la Iglesia profesa. Así, entonces, si en Medellín se tuvo un tono eminentemente profético para comprender y hablar del misterio de Jesús, en Puebla, el tono se presenta más doctrinal, en el sentido de que quiere recoger integralmente todos los elementos necesarios para anunciar a Jesús en el Continente.

La reflexión cristológica en el Continente en los años posteriores a Puebla, ciertamente siguió haciendo énfasis en la dimensión humana e histórica de Jesús, en sus opciones y realizaciones históricas, en el conflicto que su persona, su anuncio y su realización del reino ocasionó, y en la muerte a la que dicho conflicto lo llevó y que desembocó en la palabra resucitadora del Padre al levantar a Jesús de entre los muertos. Es éste un dato ya adquirido por toda la cristología católica y ya irrenunciable para cualquier reflexión que quiera pensar correctamente el misterio de Jesús. Pretender comprender a Jesús fuera de este dato, sería correr el peligro de caer en falsas idealizaciones y en exacerbados dogmatismos que no se compadecen verdaderamente con el misterio de la encarnación. Sin embargo, esta recuperación de la historia humana de Jesús, se hace ya de una manera más equilibrada y serena, y teniendo en cuenta la rica tradición eclesial, sobretudo a nivel de la fe de nuestro pueblo sencillo.

3. La Cristología en Santo Domingo

En la Asamblea de Santo Domingo, y movidos por el lema mismo de la Conferencia: "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8), la persona de Jesús ocupa una centralidad patente desde el comienzo de la reunión,

hecho que queda plasmado en el documento final de la Conferencia. La profesión de fe con la que arranca el documento (cf. SD 4-15) es innegablemente el hilo conductor y el elemento central y unificador de la Nueva evangelización. Incluso, es posible detectar en el documento final expresiones que manifiestan que la profesión de fe en Jesucristo ha sido el interés prioritario de la IV Conferencia (cf. SD 1-3, 287-289, 303).

Cristo es proclamado como el “Evangelio del Padre”, en cuanto él es en persona síntesis y encarnación permanente del mensaje. Esa confesión de fe está vinculada al testimonio apostólico que se encuentra en el Nuevo Testamento (cf. SD 11), y quiere estar en comunión con la Iglesia Universal de hoy (cf. SD 12). Pero no es ésta una confesión desencarnada, sino que, por el contrario, se hace en un contexto latinoamericano y caribeño en el que se encuentran fuerzas de muerte. Por esta razón, dicha confesión posee una carga liberadora y salvadora del hombre de este Continente (cf. SD 10, 12, 123, 157).

Se trata de la confesión de fe de una iglesia que se siente urgida a realizar una nueva evangelización como respuesta, por una parte, a “la delicada y difícil situación en la que se encuentran los países latinoamericanos”, y, por otra, al desafío del diálogo entre el Evangelio y los distintos elementos que conforman nuestras culturas para purificarlas y perfeccionarlas desde dentro, con la enseñanza y el ejemplo de Jesús (cf. SD 22; 24). Dicen los Obispos en Santo Domingo, que “las situaciones trágicas de injusticia y sufrimiento de nuestra América, que se han agudizado más después de Puebla, piden respuestas que sólo podrá dar una Iglesia, signo de reconciliación y portadora de la vida y la esperanza que brotan del Evangelio” (SD 23).

Para realizar, entonces, esa nueva evangelización, a la que la Iglesia se siente impelida, como respuesta a las situaciones encontradas en el Continente, los obispos se acercan a Jesús con una profunda convicción cristológica: “*la certeza de que en Cristo hay una “inescrutable riqueza” (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos*” (SD 23). Pero, la tarea de ir hasta Jesús y anunciarlo, no se reduce al mero keryma, sino que se traduce en el compromiso por la promoción humana y la inculturación del evangelio en los diversos pueblos y culturas presentes en el Continente.

Este último dato le exige a Santo Domingo establecer el fundamento cristológico de las dos dimensiones de la Nueva evangelización:

Por una parte, a la tarea de la promoción humana: “*Entre evangelización y promoción humana -desarrollo, liberación- existen efectivamente lazos muy fuertes... Vínculos de orden eminentemente evangélico, como es el de la caridad; en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre?*” (cf. SD 157). Es Cristo el origen y el garante de la promoción del hombre, y su praxis histórica es modelo de unidad entre evangelización y promoción humana (cf. SD 159), pues el seguimiento de Jesús significa comprometerse a vivir según su estilo, a buscar la coherencia entre la fe y la vida (cf. SD 160).

Y, por otra parte, a la gestión inculturadora, tarea que el documento realiza a través de los tres grandes misterios de la salvación: “*la Navidad, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado; la Pascua, que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos; y Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios*” (SD 230).

Desde una sólida fundamentación cristológica -el que Jesús se haya hecho históricamente pobre y haya venido a evangelizar a los pobres- los obispos hacen, de nuevo, en Santo Domingo, la opción por los pobres que ya habían hecho en Medellín y Puebla, pues están convencidos que la tarea de todo cristiano es ser y hacer como Jesús².

² Dice el documento de Santo Domingo: “Evangelizar es hacer lo que hizo Jesucristo, cuando en la sinagoga mostró que vino a “evangelizar” a los pobres (cf. Lc 4,18-19). Él “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2 Co 8,9). Él nos desafía a dar un testimonio auténtico de pobreza evangélica en nuestro estilo de vida y en nuestras estructuras eclesiales, tal cual como Él lo dio. Esta es la fundamentación que nos compromete en una opción evangélica y preferencial por los pobres, firme e irrevocable pero no exclusiva ni excluyente, tan solemnemente afirmada en las Conferencias de Medellín y Puebla. Bajo la luz de esta opción preferencial, a ejemplo de Jesús, nos inspiramos para toda acción evangelizadora comunitaria y personal” (DSD 178).

Esto lleva a Santo Domingo a “*descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor*”³.

Se encuentra, pues, en el documento de Santo Domingo, como es fácilmente constatable, un manifiesto cristocentrismo. La Iglesia del Continente ha re-centrado, en esa Conferencia, su ser y su misión en la persona viva de Jesucristo. Se trata de una confesión de fe vital, más que doctrinal y teórica, pues esa misma confesión de fe llama a la conversión e impulsa una nueva evangelización, que se traduce en el compromiso por la promoción humana y por la inculturación del Evangelio.

Sin embargo, quizás fruto de las inocultables tensiones suscitadas al interior de la Conferencia de Santo Domingo entre dos tipos de cristología y de eclesiología, el título cristológico “Jesucristo liberador”, que ya era común en América Latina y el Caribe para llamar a Jesús, se vio oscurecido. Solamente se encuentran dos alusiones indirectas al carácter explícitamente liberador de la obra redentora de Jesús (cf. SD 157, 279), aunque todo lo que se refiere en el documento a la promoción humana, es innegable que tiene este tinte de liberación y promoción integral.

4. La Cristología en Aparecida

La Conferencia de Aparecida se realiza en un contexto socio-histórico de globalización y postmodernidad; contexto que ha determinado un verdadero cambio epocal con todas las consecuencias que ello comporta.

Fruto de este contexto, y haciendo parte de él, hoy se dan cita en el Continente fenómenos muy complejos:

428

- Un sujeto personal que vive un sinsentido radical, pero que en el fondo de su ser busca con ansia incesante el sentido y la felicidad (cf. DA 47, 51-54).

³ DSD 178.

- Un sujeto social cada vez más marginado, pobre y excluido, fruto de la globalización económica imperante, que ha llegado a considerar a los pobres como “sobrantes” y “desechables” sociales (cf. DA 33-73).
- El deterioro de la naturaleza y del ecosistema que ha alcanzado niveles alarmantes, perjudicando principalmente a los más pobres y excluidos (cf. DA 83-87).
- Un marcado pluralismo social, cultural (cf. DA 56-59) y religioso que, junto a la pérdida de identidad del cristiano y de su misión (cf. DA 100), cambian los “paradigmas” y puntos de referencia tradicionales en el Continente.
- El fenómeno de una fe popular fuertemente arraigada que, de alguna manera, resiste los embates de todos los fenómenos presentes en el Continente (cf. DA 258-265).

Como respuesta a estos desafíos, la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y caribeño propone la recuperación de la identidad cristiana desde una experiencia profunda, vital, vivencial e íntima -lo que no significa intimista, ni individualista o carente de toda expresión comunitaria y social- con Jesús vivo y dador de vida, que el documento conclusivo expresa bajo la categoría “encuentro”. Desde esta concepción cristológica pretende el documento dar respuesta, tanto al sujeto personal roto por el sinsentido, como al sujeto social resquebrajado también por la pobreza y la exclusión, pues, en el encuentro con Jesús, van a encontrar, unos y otros, la Vida que anhelan y buscan en todas sus dimensiones.

Vamos a adentrarnos en el despliegue que el documento de Aparecida hace de la cristología así concebida, el sentido que ella tiene y sus consecuencias para la condición discipular y misionera del seguidor de Jesús hoy en América Latina y el Caribe.

Si bien es cierto que no existe una palabra bíblica para designar la revelación, sin lugar a dudas que la categoría “encuentro” es hoy reconocida por la teología como una dimensión esencial y decisiva de la revelación cristiana. Sin la intelección de la revelación como

“encuentro” no se podría alcanzar una adecuada comprensión de la misma, ya que ella está presente en la entraña misma del pensamiento bíblico⁴.

Antes del Vaticano II, desde la edad media hasta el Vaticano I, cuando la salvación es comprendida y expresada en categorías soteriológicas separadas del acontecer mismo de la revelación, ésta se ve reducida a la mera transmisión de una doctrina sobrenatural, al colocar el acento no tanto en el Dios que se revela, sino en aquello que es revelado para nuestra salvación. Esto originó una comprensión intelectualista de la revelación, que la consideraba más como un contenido salvífico -un conjunto de verdades-, que como un acontecimiento histórico que sale al encuentro del hombre.

El pensamiento personalista -con sus reflexiones sobre el hombre como ser que se “descubre” y se “revela” comunicándose, como ser que entrega su misterio a un tú en la medida que se comunica, haciéndose de esta manera accesible a un tú que lo acoge confiadamente⁵-, el surgimiento de las escuelas filosóficas de cuño historicista -en oposición a una visión estática y determinista del hombre-, el redescubrimiento del pensamiento de los Padres, y el afianzamiento de los estudios bíblicos con el instrumental de la exégesis, son los movimientos que van a desembocar en la comprensión que la *Dei Verbum* hace de la revelación a través de categorías históricas, interpersonales y dialógicas. Esta comprensión de la revelación, así considerada, va a confluir en la categoría “encuentro”, como la inspiradora de la reflexión que sobre la revelación hace dicha Constitución⁶.

⁴ Varios son los teólogos que han hecho del “encuentro” la categoría clave de su reflexión teológica. Vale la pena mencionar a H. FRIES, *Teología Fundamental*. Barcelona: Herder, 1987; R. LATOURELLE, *teología de la revelación*, Salamanca: Sgueme, 1967. En el campo de la cristología, O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología*, Madrid: Sígueme, 1975.

⁵ Basta recordar a pensadores como E. Mounier, G. Marcel, M. Nédoncelle y J. Lacroix, F. Rosenzweig, F. Ebner y M. Buber, E. Brunner, F. Gogarten, Th. Steinbüchel, R. Guardini, O. Semmelroth, y A. Brunner, entre otros.

⁶ Seguimos a JIMÉNEZ ORTIZ, ANTONIO. “Encuentro”, en R. LATOURELLE- RINO FISICHELLA, S. PIÉ-NINOT (dirs). *Diccionario de teología Fundamental*, Madrid: Paulinas, 1992, 376-372. Ver, también, PIÉ I NINOT, SALVADOR. *Tratado de Teología fundamental*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 1991, 156-158.

Así, entonces, las grandes experiencias religiosas narradas en el Primer Testamento, son todas susceptibles de ser leídas en términos de “encuentro”. Un encuentro en el que Dios se da a sí mismo de manera personal a unos hombres y mujeres abiertos a acogerlo también de manera personal. Encuentro histórico-dialógico-personal que sucede siempre en un trasfondo eminentemente comunitario y para el bien del pueblo. La elección de Israel y la alianza de Dios con su pueblo están sostenidas por la realidad del encuentro como estructura fundamental de la revelación: Dios revela su nombre (Éx 3,1315; 6,2-9), deja brillar su rostro (Núm 6,25-26; Sal 30,17; 79,4), pronuncia su palabra poderosa y creadora (Dt 6,4-9; Sal 32,6; 118,25; Sab 9,1; Is 55,10-11; Jer 15,16) para invitar al hombre, como ser individual y como miembro de una comunidad, al encuentro personal con él en un diálogo (Éx 33,11; Bar 3,38) que perdona y que salva. Este diálogo salvífico soporta y mantiene la esperanza del cumplimiento de la promesa que sostiene todo el Primer Testamento.

En el Nuevo Testamento, la experiencia de los discípulos con Jesús también puede leerse en clave de encuentro: un encuentro histórico, un diálogo personal revelador, que transformó sus vidas radicalmente. Igualmente, bajo esta categoría, puede interpretarse la existencia cristiana: en Jesús el Cristo, única imagen del Dios invisible (2Cor 4,4; Col 1,15), en la experiencia de encuentro con él (1 Jn 1,1-3) se nos revela el rostro misericordioso de Dios, la Palabra definitiva del diálogo de Dios con el hombre (Jn 14,16). Y el Espíritu de la verdad, que permanecerá siempre junto a nosotros recordando todo lo que Jesús enseñó (Jn 14,26), dando testimonio de él (Jn 15,26), nos conducirá a la verdad plena (Jn 16,13) cuando en el encuentro definitivo, cara a cara, la luz del misterio de Dios ilumine nuestro misterio personal y el enigma de la historia humana (1 Cor 13,12). Incluso, la experiencia del resucitado es también, vitalmente, una experiencia de encuentro (Lc 24).

La revelación cristiana es hoy, entonces, concebida no primeramente como la comunicación de un saber, sino como la libre, amorosa y gratuita autocomunicación y autodonación de Dios que, alcanzando su culmen en Jesús de Nazaret, sale al encuentro del hombre de una manera personal e histórica y, en un acto de amor y libertad, le revela su amor y acepta las condiciones en las que sólo resulta posible el encuentro con él: en la historia y por la palabra. En el horizonte de

la historia, como lugar de lo nuevo e inesperado, como espacio de la libertad humana y de su posible realización, acontece la libre revelación de Dios como invitación al hombre, a través de hechos y palabras. La comunicación libre y amorosa por parte de Dios y la entrega confiada del ser humano, como respuesta de fe en él, son los dos aspectos de una realidad -el encuentro-, en el que la palabra, como elemento esencial del diálogo, posibilita la apertura, el reconocimiento y la comunión, desentrañando e interpretando así, el sentido profundo de los acontecimientos⁷.

El uso de la categoría “encuentro” en el magisterio pastoral de los obispos latinoamericanos y caribeños, se había levemente insinuado en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo⁸, pero de una manera más clara, precisa y explícita se utiliza en el Sínodo de América, y en la exhortación fruto del mismo, *Ecclesia in America*, del Papa Juan Pablo II, y cuyo título es ya significativo al respecto: “*El Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*”.

En el interior de la exhortación post-sinodal, en el capítulo I, se hace una colorida mención de algunos encuentros personales de Jesús narrados en los evangelios (cf. EAm 8):

- El encuentro con una mujer samaritana que va al pozo en busca agua. Jesús le sale al encuentro y le ofrece un agua viva que calma la sed para siempre. Como fruto de este encuentro la mujer sale a anunciar la mesianidad de Jesús.
- El encuentro con un hombre, Zaqueo, que hace esfuerzos por ver a Jesús y encontrarse con él, y a quien Jesús le propone otro encuentro más profundo: ir a cenar a su casa; encuentro que lo transforma y lo lleva a dar a los pobres la mitad de sus bienes.
- El encuentro con una mujer, María Magdalena, que va a buscar el cuerpo de Jesús al sepulcro y que regresa como testigo de la resurrección.

⁷ Cf. JIMÉNEZ ORTIZ, ANTONIO. *Encuentro*, 378.

⁸ Cf. Medellín, Introducción 5; DP 188, 211, 918, 939, 1183; DSD 6, 37, 46, 279.

- El encuentro con dos discípulos que caminan desilusionados hacia Emaús, y a quienes Jesús les devuelve la calidez de su presencia.
- El encuentro con Pablo que, de perseguidor de los cristianos, se transforma en testigo de Jesús resucitado.

Además de estos encuentros, la exhortación menciona otros encuentros con Jesús, unos personales y otros comunitarios, de los que los evangelios dan testimonio (cf. EAm 9). En esta tarea de encontrarse con Jesús, considera la exhortación, que es relevante el papel de María, ya que ella es camino seguro para encontrar a Cristo (cf. EAm 11). Y, finalmente, para encontrarse hoy con Jesús, según la misma exhortación, la Iglesia cuenta con unos lugares privilegiados: las Sagradas Escrituras, la liturgia y las personas, especialmente los pobres (cf. EAm 12).

Es esta misma categoría “encuentro”⁹ la que va a servir al documento de Aparecida para desarrollar su cristología. Desde ella, pretende el documento recuperar la identidad del discípulo y de su ser misionero, y, a la vez, dar respuesta a los anhelos de vida plena de los hombres y mujeres del Continente, así como a la pobreza y exclusión a las que se ven sometidas grandes masas de la población latinoamericana y caribeña.

Cabe precisar que los elementos cristológicos que vamos a indicar a continuación se encuentran diseminados a lo largo del documento. Los presentamos tratando de recogerlos en una cierta unidad.

⁹ Alrededor de 60 veces utiliza el documento de Aparecida esta categoría y algunas derivadas: Encuentro con Jesucristo (11, 14, 29, 95, 99, 167, 226a, 240, 248, 249, 251, 254, 257, 273, 278a, 289, 312, 319, 336, 343, 446c); Encuentro con Cristo (13, 28, 99e, 145, 175a, 181, 246, 280c, 290, 500, 548); Encuentro con Jesús (21, 154, 243, 249, 297, 417); Encuentro con el Señor (248, 263); Encuentro con Él (131, 257, 364); Encontrarse con Cristo (279); Encontrar a Cristo (338); Encontrar al Señor (356); Encontrar en Cristo la plenitud de la vida (518); Encuentro de las comunidades con el Señor resucitado (305); Encuentro con el creador del cielo y de la tierra (270); Encuentro con aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida (350); Encuentro y seguimiento (549); Encontrarlo en la escucha orante de la Palabra (142); Jesús salió al encuentro de personas (147); Encontrar en Él el amor del Padre (147); Encuentro con un acontecimiento, con una Persona (12, 243); Encontrar al Mesías (21).

La cristología leída desde la categoría “encuentro” tiene en el documento dos fundamentos: uno prepascual, desde el encuentro de los discípulos con Jesús en su vida histórica, y otro, postpascual, desde el encuentro de sus discípulos con el mismo Jesús ya resucitado. El prepascual aparece en el numeral 21, que bien se puede considerar un texto cristológico paradigmático, en el que está contenido, como en la *overture* de una sinfonía, toda la riqueza de la cristología contenida en el documento; cristología que, luego, se va a desplegar, descubriendo sus ricos matices, perspectivas y consecuencias, a todo lo largo del mismo. Dice el texto, que los primeros seguidores de Jesús fueron al Jordán con la esperanza de encontrar al Mesías (cf. Mc 1, 5), y se sintieron tan atraídos por la sabiduría de las palabras de Jesús, por la bondad de su trato, por el poder de sus milagros, por el asombro inusitado que despertaba su persona, que acogieron el don de la fe y llegaron a ser sus discípulos. Al salir de las tinieblas y de las sombras de muerte (cf. Lc 1, 79), sus vidas adquirieron una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre. Ellos nunca olvidaron ese encuentro, el más decisivo e importante de su vida, que los llenó de luz, de fuerza y de esperanza: el encuentro con Jesús, su roca, su paz y su vida (cf. DA 21).

El fundamento postpascual aparece cuando el documento recoge en su reflexión cristológica algunos títulos neotestamentarios para designar a Jesús: Él es el Viviente, que camina a nuestro lado (cf. DA 356; DI 4). En Él, muerto y resucitado, se nos ofrece el amor vivificador de Dios (cf. DA 148) y, por tanto, Él es el Señor de la Vida (cf. DA 43, 389). Él es la vida, él tiene la vida y, en y desde esa condición, quien se encuentra con él tiene la plenitud de la vida¹⁰, vida que no es otra que el don del Padre, es decir, Dios mismo que se entrega y autodona en el encuentro con Jesús. Por eso se proclama categóricamente en Aparecida, y en sintonía con la más primigenia cristología, que Jesús, en su calidad de Viviente, como Señor de la Vida, es el único Liberador y Salvador (cf. DA 6, 22, 30). Y, como consecuencia de ello, Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 3). (cf. DA 1, 6, 19, 136, 242, 246, 336).

¹⁰ La categoría vida, como fruto del encuentro con Jesús, aparece más de 600 veces en el documento de Aparecida.

Es claro que, en este punto, está recogiendo el documento de Aparecida los testimonios del más primitivo keryma neotestamentario que aparecen en los discursos de Hechos de los apóstoles (2, 14-40; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 10, 34-43; 13, 16-41), en los que Jesús, a partir de la resurrección, es designado como el “Jefe o Príncipe de la vida” (cf. Hch 3, 15; 5, 31). Esta expresión quiere presentar a Jesús como nuevo y verdadero Moisés, definitivo jefe del pueblo elegido. Ahora Jesús, en su calidad de Viviente, que ha sido entronizado a la derecha del Padre, goza de una prerrogativa nueva: es igual a Yahvé; es el Señor (cf. 2, 36; 10, 36) y, como tal, es también el Jefe de la vida, y con más razón que Moisés, ya que él tiene en sí mismo la vida y la reparte a quienes le siguen, y por eso, con Cristo resucitado ya “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12). Jesús, el Viviente, es, por tanto, para la cristología primitiva, el Salvador (cf. Hch 5, 31; 13, 23).

Veamos ahora, a partir de esta doble fundamentación, cómo se despliega la cristología en el documento:

El encuentro con Jesús, que señala el texto, permite el acceso y la vinculación íntima a su persona (cf. Mc 1, 17; 2, 14; cf. DA 131). En la medida que se cree a Jesús en sí mismo, se entra en su hondura personal y se capta su oferta de amor -“la atracción que ejerce la sabiduría de sus palabras, la bondad de su trato, el poder de sus milagros y el asombro inusitado que despertaba su persona”- (DA 21). Así, y sólo así, se abre el misterio de Dios encerrado en su persona y que nos sale al encuentro en él. Se trata, entonces, de un encuentro vital, existencial, transformador, experiencial -“el más decisivo e importante de la vida, que llena de luz, de fuerza y de esperanza” (DA 21).

Puede decirse que este encontrarse con Jesús, en su significado más profundo, tiene, a la sazón, el mismo sentido que el de “conocer” en sentido bíblico. “Conocer” es tener relaciones íntimas personales: “conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín” (Gn 4, 1). Igual sentido tiene la respuesta de María al ángel que le anuncia que va a tener un hijo: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1, 34). Y es éste el mismo significado que tiene el conocer en boca de Jesús, cuando en el evangelio de Juan dice que “conozco a mis ovejas” y, por eso, “doy mi vida por las ovejas” (Jn 10, 14-15). Y en

el mismo sentido habla Jesús cuando afirma que la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero y a su enviado, pues la vida eterna no es otra cosa, según sus palabras, que vivir en la intimidad de Dios y con Dios, compartiendo su misma vida divina (cf. Jn 17, 3).

Señala el documento los lugares en donde hoy se puede realizar este encuentro vivo con Jesús: en la Sagrada Escritura (cf. DA 247-249); en la liturgia, especialmente la Eucaristía y el sacramento de la reconciliación (cf. DA 250-254); en la oración personal y comunitaria (cf. DA 255); en una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno (cf. DA 256); en todos los discípulos que procuran hacer suya la vida de Jesús (cf. DA 256); en los pastores -obispos- que representan a Cristo mismo (cf. DA 256); en los que dan testimonio de lucha por la justicia, por la paz y el bien común (cf. DA 256); en los acontecimientos de la vida de nuestros pueblos (cf. DA 256); en toda realidad humana, cuyos límites duelen y agobian (cf. DA 256); en los pobres, afligidos y enfermos (cf. DA 257), en la piedad popular (cf. DA 258-265); en María (cf. DA 266-272); en los apóstoles y los santos (cf. DA 273-275); en los movimientos y nuevas comunidades (cf. DA 312).

Como consecuencia de ese encuentro, que a la vez es fundamento, empiezan a desplegarse, a lo largo del texto conclusivo, en una especie de abanico, toda la gama de riquezas derivadas de ese encuentro. Se trata de toda una cristología funcional, que coloca a Jesucristo al servicio de nuestras mejores aspiraciones humanas de vida plena y como realizador de las mismas a todo nivel: personal, existencial, social, cultural. Veamos:

- Fruto de ese encuentro con Jesús, el hombre se hace seguidor y discípulo misionero. Se trata de un encuentro que lleva al que lo acoge a una relación íntima y personal, que supone una entrega sin reservas: el discipulado y la misionariedad. Este seguimiento discipular es fruto de la fascinación que Jesús ejerce y que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena (cf. DA 277). De esta manera se descubre en Jesús el sentido de la propia existencia, la dignidad y la plenitud de la vida (cf. DA 41), es decir, la verdad más profunda acerca de sí mismo.
- La primera consecuencia del encuentro con Jesús es, pues, la vinculación íntima a su persona como su seguidor, su amigo y su

hermano (cf. DA 131-133; 144). “Ser de él”, “formar parte de los suyos” y “configurarse con él” es la realidad última que significa hacerse su discípulo. Este hacerse discípulo, va a suponer, al mismo tiempo, formarse para asumir sus mismas motivaciones, su mismo estilo de vida en su mismo amor y compasión por los más necesitados (cf. DA 136-139), correr su misma suerte hasta la cruz (cf. DA 140).

- La segunda consecuencia que trae el encuentro con él, que es el reverso de la anterior, como la otra cara de la misma moneda, es hacerse cargo de su misión. Aquí se encuentra una de las grandes novedades del documento de Aparecida, al darle un fundamento cristológico a la misión. La misión no se origina como un paso posterior al discipulado (cf. DA 278e), sino que se radica en las entrañas mismas del discipulado –por eso el documento habla con frecuencia de discípulos misioneros, sin la “y” conjuntiva, para dar a entender que es una única y misma realidad (cf. DA 146). La misión brota del interior mismo del acontecimiento del encuentro con Cristo: la conciencia de la pertenencia a Cristo que, en razón de la gratitud y alegría que produce, lanza impetuosamente a la comunicación a todos del don de ese encuentro, testimoniándolo y anunciándolo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la iglesia a todos los confines del mundo. Se trata de una comunicación testimonial, por desborde de esa gratitud y alegría debido al don del encuentro con Jesucristo, para que de esta manera Jesucristo sea, también, encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos (cf. DA 14, 145). De esta manera, la misión no es un programa proselitista para ganar adeptos, sino un modo de ser, una actitud y un estado permanente de poderosa tarea testimonial, de irradiación y de fascinación atrayente de vida en Cristo, y, por eso, como dice el mismo documento de Aparecida, cada comunidad cristiana debe convertirse en un poderoso centro de irradiación de vida en Cristo (cf. DA 362, 145).
- Y, concomitante con las dos anteriores consecuencias, fruto de ese encuentro con Jesús, la búsqueda humana de felicidad halla su más plena realización, hasta el punto que Jesús mismo se convierte en roca, paz y vida del discípulo, y la vida misma adquiere una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el

don del Padre, con la vida trinitaria (cf. DA 21, 347, 357). Jesús, como fuente de vida (cf. DA 350) y plenitud de vida (cf. DA 355), es dador de vida y está al servicio de la vida (cf. DA 353). Nuestra búsqueda de felicidad y plenitud vital, encuentra en él su plenitud (cf. DA 355, 292). Afirma textualmente el documento, refiriéndose a Jesús, que “quien se encuentra con él y lo acoge tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta vida y en la otra vida (cf. DA 246). Y esa misma participación en la Vida, salida de las entrañas del Padre (cf. DA 131), permite desarrollar en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural (cf. DA 13; DI 4).

De esta manera, los anhelos humanos de vida plena, adquieren una densidad teológica sin igual: Dios, en Jesús, aparece, según el documento, como la respuesta plena y totalmente cierta a la cuestión del sentido auténtico de la vida humana y de la búsqueda de realización de las más íntimas aspiraciones de vida plena. En Cristo, Señor de la vida, se realiza la más alta dignidad de nuestra vocación humana (DA 43, 244, 277).

Toca, así, el texto, de una manera explícita, la importante y siempre actual cuestión del encuentro entre experiencia humana y experiencia religiosa. La cuestión antropológica y la cuestión teológica, encuentran su lugar de convergencia en el misterio de Cristo. La cuestión antropológica se hace cristológica y la cuestión sobre Cristo se hace antropológica. Dice Aparecida que sabemos “por revelación de Dios y por la experiencia humana de la fe, que Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza. Son las inquietudes que están arraigadas en el corazón de toda persona y que laten en lo más humano de la cultura de los pueblos. Por eso, todo signo auténtico de verdad, bien y belleza en la aventura humana viene de Dios y clama por Dios” (DA 380).

- Esa vida en Cristo incluye los aspectos más variados de nuestra existencia, sobrepasando toda expectativa.

438

Personales-existenciales:

“La alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos nece-

site, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero” (DA 356).

Y, sigue el documento:

“Ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como Él lo hace, elegir y amar como Él, cultivar la esperanza como Él nos enseña, y a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo” (DA 336). Por la fecundidad misteriosa de esta referencia existencial a Cristo, “la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida. Situada en la Iglesia, comunidad de creyentes, la persona logra con libertad vivir intensamente la fe, anunciarla y celebrarla con alegría en la realidad de cada día” (DA 336).

Y, también, sociales, para la vida de nuestros pueblos:

“Como consecuencia, maduran y resultan connaturales las actitudes humanas que llevan a abrirse sinceramente a la verdad, a respetar y amar a las personas, a expresar su propia libertad en la donación de sí y en el servicio a los demás para la transformación de la sociedad” (DA 336).

Este Jesús, que se coloca al servicio de la vida, lleva al discípulo a descubrir que toda situación de pobreza y exclusión contradicen el proyecto de Dios de instaurar el Reino de la vida y la vida del Reino (cf. DA 358, 361). Desde esta dimensión teológica y cristológica del Reinado de Dios, la preocupación por desarrollar estructuras más justas y transmitir los valores sociales del Evangelio, a las que está llamado todo discípulo, se sitúan en el contexto del servicio fraterno a la vida digna y plena para todos y en todas sus dimensiones (cf. DA 358).

En este contexto se hace alusión al fundamento teológico de la opción por los pobres. Afirma el documento, siguiendo el Discurso Inaugural del Papa, que “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros” (DA 392; cf. 31, 52; DI 3), pues, continúa el documento,

“todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (DA 393). Es importante notar que lo que está contenido en estas ricas expresiones es que quien hace la opción por los pobres está haciendo la opción por el Dios de Jesucristo, por el Dios en quién el mismo Jesús nos invitó a creer y, en este sentido, ella es una opción teocéntrica. A la vez, quien hace la opción por los pobres está haciendo la misma opción que Dios ha hecho¹¹.

Agrega el documento, dando ahora fundamento cristológico a la misma opción y sacando sus consecuencias:

“El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. De la contemplación de su rostro sufriente y del encuentro con Él en los afligidos y marginados, cuya inmensa dignidad Él mismo nos revela, surge nuestra opción por ellos. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino” (DA 257). Y, más adelante, va a repetir el documento la misma idea refiriéndose a los pobres: *“A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como los pobres y excluido entre ellos”* (DA 398). Como consecuencia de ello, va a decir el documento que *“los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo”* (DA 393; cf. SD 178)¹².

Es tan radical Aparecida en estas afirmaciones, que llega a aseverar que la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo se juega, tanto por el reconocimiento de su presencia y cercanía en los pobres, como por la defensa de los derechos de los mismos (cf. DA 257; 398). Es esta la razón por la que el discípulo debe asumir, evangélicamente y desde la perspectiva del Reino de vida, las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, pues *“no se puede concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social”* (DA 359). En

¹¹ Según el documento, esta opción “es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña” (DA 391). Esta opción “caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastora” (DA 394).

¹² Tres listas de rostros de pobres ofrece el documento (cf. DA 65, 402, 407-430).

esta misma perspectiva, el documento afirma repetidamente, siguiendo al Papa Benedicto XVI en el discurso Inaugural, que “*la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana*” (cf. DA 26, 146, 399, DI 3).

De todo lo anterior, se deriva, entonces, que la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros y para toda la humanidad, radica en que él es el Camino, la Verdad y la Vida. Y la explicación de esto, según el documento, siguiendo al Papa Benedicto XVI, es que “si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad” (cf. DA 22; DI 3). Y por esta misma razón Jesucristo se presenta como el único y verdadero liberador y salvador (cf. DA 6, 22, 30, 532), en cuanto él es la respuesta a las aspiraciones humanas más profundas, tanto personales como sociales, sobretodo las de los más pobres. Es éste un dato que, además, en el contexto de todo el documento, se obtiene no como una mera adquisición intelectual, sino que es el fruto del encuentro vital con su persona (cf. DA 290).

Conclusión

Todo lo anterior ha mostrado que es la concepción de la revelación entendida como “encuentro” y un encuentro que se traduce en Vida plena, y toda la rica cristología elaborada desde esta categoría, la que se ha hecho presente en las reflexiones del episcopado latinoamericano y caribeño en Aparecida. De esta manera, la cristología se aleja de todo ese abstraccionismo estático y de toda esa envoltura greco-occidental de la que estuvo imbuida por siglos la reflexión en torno al misterio de Jesús en nuestro Continente, para hacerse una reflexión más dinámica, existencial y funcional, en cuanto mira a Jesús, no tanto en lo que él es en sí mismo, cristología que ciertamente los obispos profesan y aprecian en sus documentos, sino en lo que él significa y hace a favor del hombre latinoamericano y caribeño. Es éste el motivo por el que los énfasis cristológicos de los obispos en sus Conferencias generales están dirigidos a responder a las necesidades más profundamente históricas y existenciales, para tocar así las fibras más íntimas de la persona y de su experiencia de fe tanto personal como comunitaria.

A lo largo de los documentos del magisterio pastoral de los obispos del Continente, y pretendiendo sintetizar la cristología que de ellos se deriva, consideramos que se resalta en ellos la figura histórica de un Jesús que se ha hecho pobre, asumiendo no sólo la condición humana, la de todos los hombres, sino que lo ha hecho con una determinación muy concreta: la de los pobres. Y como respuesta a esta condición, emerge en la reflexión un título propio para designar a Jesús: el liberador. Se trata de una liberación integral que hace crecer al hombre latinoamericano y caribeño en humanidad en todas las dimensiones, aspectos y sentidos de su existencia. La originalidad de Aparecida, o mejor, su acento cristológico propio, radica en leer la figura de Jesús como el Viviente, Señor de la vida, fuente de la vida y dador de vida, de tal manera que la liberación a la que aspira el hombre latinoamericano queda enmarcada dentro de una realidad mucho más profunda, pues ya este hombre no se encuentra únicamente ante unas situaciones que amenazan su existencia en algunos de sus aspectos, sino que se encuentra, por una parte, roto, fragmentado y débil personalmente por un sinsentido que amenaza a cada momento su existencia, y, por otra, como pueblo, como sujeto social, ya que no es solamente explotado y oprimido, sino excluido política, económica y culturalmente, al punto que se le considera “afuera” del sistema imperante, como un “sobrante” y un “desechable”. En definitiva, se le está negando el derecho a la vida, y a la vida plena, tanto personal como colectivamente. Este hombre que ya se ha sentido frustrado y decepcionado por ofertas y proyectos de liberación que nunca se han realizado y en los cuales ya no cree, este pobre que se caracteriza hoy no por su fuerza sino por su debilidad histórica, puede ser rehabilitado personal y socialmente desde un encuentro con Jesús, encuentro que lo lleva a hacerse discípulo misionero, por abundancia de gratitud y alegría. Este encuentro vital con el Señor vivo, le permite al hombre latinoamericano y caribeño, rehacerse personalmente, adquiriendo el sentido pleno de su vida y la felicidad que anhela, a la vez que lo lleva a comprometerse en la defensa de la vida de sus hermanos los más pobres y excluidos, defendiendo su dignidad y promoviendo su promoción y liberación integral para que todos en el Continente encuentren una vida digna y plena.

442

Consideramos que desde esta clave cristológica ofrecida por el documento de Aparecida, que hemos analizado, es posible interpretar todo el documento en todas las temáticas tratadas. Ella es la clave que

permite comprender la rica eclesiología, junto a todas las novedosas propuestas pastorales que se hacen para cada uno de los aspectos analizados por Aparecida. Desde esta clave el documento conclusivo refulge como un texto compacto y coherente de principio a fin, con su nueva propuesta eclesiológica, misionera y pastoral que lanza como respuesta a los desafíos de un cambio epocal en la humanidad y en el Continente latinoamericano y caribeño. Desde esta perspectiva, el documento bien se podría interpretar como el fruto de una nueva recepción del espíritu conciliar, recepción que ciertamente profundiza y completa la renovación de la iglesia y de su misión impulsada por las anteriores Conferencias, pero que va más allá al retomar un aspecto que toca la identidad misma de la Iglesia del Continente: la condición discipular y misionera, resultado del encuentro vital con el Señor, sin la cual ningún proyecto pastoral puede llegar a feliz término por ambicioso que sea. Diríamos que la Nueva evangelización, perfilada en Medellín, Puebla y Santo Domingo, adquiere en Aparecida la condición necesaria sin la cual ella, como proyecto, jamás se podría llevar a cabo.

Sólo resta decir que lo que los documentos nos proponen a nivel de reflexión cristológica, y en este caso el de Aparecida, son únicamente algunos énfasis. Queda a los teólogos, de cara al futuro, la tarea de ensayar y profundizar un pensamiento capaz de plasmar fielmente, y de una manera sistemática, el significado y las consecuencias de los ricos elementos cristológicos contenidos en el documento de Aparecida. ¿Cómo anunciar a Jesús, el viviente, fuente de la vida y que continúa dando vida sin descanso a nuestros pueblos, pero cuya tarea perenne no aparece tan evidente a quien da una simple mirada a nuestro mundo latinoamericano y caribeño?. Las cuestiones cruciales a resolver son estas: ¿Cómo hablar de Dios y de Jesucristo, desde la ruptura del sujeto humano latinoamericano y caribeño derrotado y decepcionado después de sus intentos fallidos de liberación? ¿Cómo decir al sujeto “deshecho” de América Latina que Dios lo sigue amando y cómo constituir este amor en fuente inagotable de vida para ese sujeto, y para todo su Continente, que ahora ya no aparece con esa “fuerza histórica” que se le atribuía en décadas anteriores, sino desencantado, pobre, excluido y débil?. Es necesaria una reflexión de fe a partir del camino tortuoso de la subjetividad personal y social, hecha pedazos y que busca reconstruirse, para dar posibilidades de vida a nuestro mundo latinoamericano.

En esta misma dirección, otro importante elemento para tener en cuenta de cara a la cristología que se elabore en un futuro próximo en el Continente, viene sugerida implícitamente por un elemento novedoso que ofrece el documento de Aparecida.

Cuando el documento indica los lugares de encuentro con Jesús, señala la piedad popular como uno de ellos. Llama especialmente la atención la manera como se refiere a ella. Según el documento, “la piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana” (DA 264). Ella se fundamenta en una experiencia muy profunda de encuentro personal con el Señor (cf. DA 263)¹³.

Lo que afirma el documento lleva a pensar que el “seguimiento de Cristo” de nuestro pueblo es ya una interpretación legítima y creativa de Cristo desde la “originalidad histórica cultural” de este pueblo (cf. DA 264, 258) y que solo puede hacerla nuestro pueblo en sus propias categorías, lo cual lleva a considerar al pobre como sujeto de teología. Esto constituye ya una crítica a un cierto tipo de teología que se ha elaborado en el Continente, entre las cuales se cuenta la misma teología de la liberación, que tenía una actitud más bien negativa frente a la religiosidad popular. Consideramos que para la elaboración cristológica de los próximos años es importante abrir el diálogo primero con el sujeto latinoamericano roto y maltratado, y, desde allí, con su expe-

¹³ Es significativo todo el n. 263: “No podemos devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios. En la piedad popular, se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no depende directamente de la ilustración de la mente sino de la acción interna de la gracia. Por eso, la llamamos espiritualidad popular. Es decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera”.

riencia religiosa, especialmente su piedad popular. Así se sale al paso a algunas posturas que se han dado respecto a la religiosidad popular en el Continente: a los que les parece que deben seguir dialogando con el sujeto pobre, aislándolo de su experiencia religiosa porque la consideran alienante, y a los que no quieren dialogar, sino seguir fomentando la religiosidad popular sin percibir la palabra de los pobres allí presente, sin escuchar lo que su palabra significa y aporta a la vida del pueblo y de la Iglesia.

En ambos casos se huye de la importante tarea de asumir la desafiante realidad que tenemos delante: la de un pobre que no sólo es oprimido y excluido, sino también un cristiano, alguien para quien Cristo representa sus valores más hondos. Gracias a esta fe, el pobre es capaz de crear mecanismos de resistencia al sinsentido personal y a la exclusión en todos los niveles de su existir, e incluso, al mismo mundo globalizado, e inventar una cultura propia que encierra por dentro un rico potencial de santidad y de justicia social (cf. DA 262). Asumir este dato, permitirá a la reflexión de los próximos años en el Continente diseñar un nuevo anuncio de Cristo y una nueva cristología en donde encuentre una legítima cabida la fe efectiva en Cristo de nuestro pueblo, pues este es el único modo de valorar a los pobres como auténticos sujetos oyentes e intérpretes de la Palabra. De esta manera será posible articular la acción liberadora en favor de los pobres, con el Cristo, Viviente y Señor de la vida, que la iglesia latinoamericana en Aparecida reconoce como dador de Vida plena para todos, sobretodo para los más pobres y excluidos.

Esta publicación llega a sus
manos gracias a


SERVICIOS POSTALES NACIONALES S.A.
CORREOS DE COLOMBIA

Consulte nuestro portafolio
de servicios de correo y
mensajería especializada

018000 11 1210
Línea Gratuita

Sumario

Siguiendo, paso a paso, el Documento de Aparecida, el autor afirma que Latinoamérica y El Caribe se reconocen como una iglesia en misión, donde la dimensión misionera es esencial a su realidad eclesial. Se trata de una iglesia discípula de Jesucristo que continúa, por voluntad de su fundador, la misión de Él y no una misión propia. El artículo presenta, en forma rigurosa, los distintos aspectos de la misión: su ser y quehacer como acción pastoral, como nueva evangelización y como acción misionera ad gentes; sus destinatarios; la responsabilidad de los discípulos misioneros; los lugares propios como son la diócesis, la parroquia, las comunidades de base, las pequeñas comunidades, los nuevos areópagos; las pruebas y dificultades; el viraje misionero en la pastoral; la pastoral con dimensión universal; y lo que significa una misión continental como imperativo de Aparecida.

Un movimiento continental. La misión de la Iglesia en el Documento Conclusivo de Aparecida

**Monseñor Luis Augusto
Castro Quiroga**

*Arzobispo de Tunja
Presidente Conferencia Episcopal de Colombia*

1. La misión, ¿sustancia o accidente?

Cuando se pasa de hoja en hoja el documento de Aparecida, se descubre que el término “misión” y sus derivados aparece continuamente. Esta presencia global y casi diría capilar del término misión, me trae en primer lugar a la memoria una frase muy utilizada a veces con sentido polémico: “Donde todo es misión, nada es misión”. Es algo así como lo que dicen los chinos: “Donde todo es azul, el azul no existe”.

Sin embargo, no hay que dejarse impresionar. Donde todo es misión quiere decir que esa misión no es un accidente pasajero al lado de una sustancia imperecedera, no es una hoja del árbol que se puede caer y nada pasa, no es arandela que adorna durante un fugaz y festivo período.

Donde todo es misión quiere decir que esa misión es la sustancia de la realidad a que se refiere. En efecto, todo cristiano que tenga vida y toda comunidad eclesial que no esté muerta, es iglesia en misión o no es iglesia.

Lo primero que aparece en las páginas de Aparecida, es que Latinoamérica y el Caribe se reconocen como una iglesia en misión, donde su ser misionera es esencial a su realidad eclesial. Cuando éramos estudiantes de filosofía teníamos que definir la esencia como aquello por lo cual algo es y sin lo cual no sería. Esto es la misión para la iglesia. Sin misión no hay Iglesia. ¿Por qué?

448

2. ¿Misión de la Iglesia o misión de Cristo?

Una pequeña frase nos da la respuesta:

“Conscientes y agradecidos porque el Padre amó tanto al mundo que envió a su Hijo para salvarlo (Jn 3,16), queremos ser continuadores de su misión ya que ésta es la razón de ser de la Iglesia y define su identidad más profunda” (DA 373)

Ante todo aparece el origen de la misión tanto en el corazón del Padre que nos ama como en el acto de enviar a su Hijo para cumplir una misión de salvación.

“Queremos ser continuadores de su misión” es una frase interesante. No se dice: “Queremos continuar nuestra misión” ni “queremos continuar la misión de la Iglesia”. El motivo es muy sencillo: la iglesia no tiene una misión suya, una misión propia como podría escribirla en la pared cualquier ONG o empresa de este mundo.

La misión de que hablamos es la misión de Cristo, esa iniciada por el Padre cuando envió a su Hijo, y la Iglesia ha sido creada por Cristo para continuar esa misma misión. La única misión de la Iglesia es la misión de Cristo. Continuarla es su razón de ser. Desistir de esta misión es declararse totalmente sin sentido, sin oficio, sin vida. Por todo lo anterior, justamente Aparecida define la misión como la identidad más profunda de la Iglesia.

En más de una ocasión, la Iglesia ha perdido esta visión y se ha concebido como una sociedad perfecta que tiene una misión propia. Surge entonces el sentido de prepotencia, la falta de humildad, la autosuficiencia máxima, la excesiva confianza en los medios humanos, el logro de los fines por cualquier medio y sobre todo la débil comunión con Cristo cuya necesidad no se siente con fuerza, así como se dejan de notar la pérdida del vigor evangelizador y la audacia apostólica. Todo lo contrario de cuanto está implicado en ese formidable acto de Jesús resucitado: “Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes” (Jn 20,21).

3. ¿Cuál es esta misión, según Aparecida?

Claro está que el término “misión de la Iglesia” aparece continuamente pero el sentido es el de una iglesia discípula de Jesucristo que

continúa, por voluntad de su fundador, la misión de Él y no una misión propia. ¿Cuál es esta misión según Aparecida? Un texto inicial nos da la pauta para toda nuestra reflexión ulterior:

“Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos de América Latina y de El Caribe, y a cada una de sus personas.” (DA 18)

La misión de la Iglesia tiene que ver ante todo con nuestra fe. Una vela apagada no transmite el fuego a otra vela. Necesitamos sentir el gozo de la fe. No se trata de una situación intelectual sino muy afectiva. Las vivencias están del lado del gozo no de las ideas claras y distintas. La vivencia cristiana es un gozo en el corazón que se transmite a otro corazón que también se llena de gozo. No se puede transmitir el carisma, el encuentro con Jesucristo vivo, Signo del amor del Padre, Salvador, Señor y Santificador, si no se está viviendo con gozo, con pasión, con esperanza.

No podemos mostrar el camino, si no estamos de camino ni en el camino. Por eso, no puede haber misión sin seguimiento. Pero este seguimiento no es el fruto de una decisión personal, de una opción propia de seguir a un maestro más o menos iluminado, ni de un escoger un modelo que se sigue según las propias condiciones y confiando en las propias fuerzas.

El seguimiento es una gracia. Gracia es el ser llamados para ser enviados. Gracia es el haber sido hecho discípulos para ser constituidos misioneros. Gracia es el caminar en pos de Cristo, requisito indispensable de testimonio para que los otros reciban la gracia de ver el camino. Gracia es dejarse llevar por el Espíritu Santo hacia los caminos de la misión:

450

“En este momento, con incertidumbres en el corazón, nos preguntamos con Tomás: “¿Cómo vamos a saber el camino?” (Jn 14, 5). Jesús nos responde con una propuesta provocadora: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). Él es el verdadero camino

bacia el Padre, quien tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna (cf. Jn 3, 16). Esta es la vida eterna: "que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado" (Jn 17, 3)." (DA 101)

Transmitir este tesoro que es Jesús y su evangelio a los demás, con la fuerza del Espíritu, es un encargo que el Señor nos ha confiado. A este punto, es bueno preguntarnos: ¿Quiénes son los demás? Esto es, ¿quiénes son los destinatarios de este tesoro?

4. Destinatarios de la misión de la Iglesia

Miremos a los destinatarios desde el punto de vista de la misión. La misión de la Iglesia es una pero los destinatarios son muy diferentes y entonces la misión adquiere una diversa modalidad según sean estos destinatarios.

¿Por qué hay que hacer esa distinción? Porque a diferentes destinatarios diferentes métodos, medios e inclusive contenidos. Basta acordarse de ese gran misionero llamado Pablo quien a unos daba alimento sólido y a otros solamente leche muy suave. (1 Cor 3,2)

Si miramos el conjunto del documento, pareciera que Aparecida no entra mucho en estas distinciones y quisiera como mirar a todos los destinatarios al mismo tiempo. Hay una mezcla de destinatarios y un salto continuo de los unos a los otros porque los mira a todos con una misma preocupación: la misión de la Iglesia.

El asunto es más que comprensible y lo advierte la misma encíclica *Redemptoris Missio*: "No es fácil definir los confines entre atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica (ad gentes) y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados... Hay que subrayar además, una real y creciente interdependencia entre las diversas actividades salvíficas de la iglesia: cada una influye en la otra, la estimula y la ayuda. El dinamismo misionero crea intercambio entre las iglesias"¹.

¹ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, N. 34

Pero una mirada más atenta nos lleva a darnos cuenta de que en realidad hay tres tipos de destinatarios pero advirtiéndolo de que están muy mezclados, geográficamente, cultural y socialmente. A veces la mezcla se da dentro de una misma familia, cuando no dentro de un mismo corazón. Con razón un gran predicador (Mazzolari), decía que somos un poco cristianos y un poco paganos y que la línea que divide al cristiano del pagano pasa por el centro de nuestro propio corazón.

5. Misión como acción pastoral

Un primer grupo de destinatarios son los discípulos misioneros de Jesucristo comprometidos dentro de la Iglesia:

“Esta V Conferencia se propone “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo”². (DA 10)

Al mirar a este primer grupo de destinatarios, Aparecida percibe luces y sombras. Por un lado, el panorama es alentador:

“Los esfuerzos pastorales orientados hacia el encuentro con Jesucristo vivo han dado y siguen dando frutos.” (DA 99).

“Debido a la animación bíblica de la pastoral, aumenta el conocimiento de la Palabra de Dios y el amor por ella. Gracias a la asimilación del magisterio de la iglesia y a una mejor formación de generosos catequistas, la renovación de la catequesis ha producido fecundos resultados en todo el continente” (DA 99).

“La renovación litúrgica acentuó la dimensión celebrativa y festiva de la fe cristiana centrada en el misterio pascual, en particular en la eucaristía. Crecen las manifestaciones de la religiosidad popular, especialmente la piedad eucarística y la devoción mariana.” (DA 99)

² Ibid.

Por otra parte, hay también preocupaciones y no pocas:

“Tal como lo manifestó el Santo Padre en el discurso inaugural de nuestra conferencia, “se percibe un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la iglesia católica” (DA 100 .b)

“Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el sacramentalismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. De igual forma nos preocupa una espiritualidad individualista. Verificamos asimismo una mentalidad relativista en lo ético y religioso” (DA 100).

“En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual y, en particular, para los jóvenes... Los cambios culturales dificultan la transmisión de la fe por parte de la familia y de la sociedad” (DA 100 d).

De manera que la misión de la Iglesia asume ante estos destinatarios una modalidad específica como es la de la acción pastoral con nuevo ardor, con valentía, con audacia, con creatividad para reforzar la fe, la esperanza y la caridad que viven los católicos latinoamericanos y caribeños quienes requieren ser mejores discípulos y más aguerridos misioneros.

6. Misión como nueva evangelización

Un segundo grupo es el de los discípulos y misioneros que eran tales pero que ya no lo son más, por diversos motivos. Aparecida lo constata de diversas maneras:

“Según nuestra experiencia pastoral, muchas veces, la gente sincera que sale de nuestra Iglesia no lo hace por lo que los grupos “no católicos” creen, sino, fundamentalmente, por lo que ellos viven; no por razones doctrinales, sino vivenciales; no por motivos estrictamente dogmáticos, sino pastorales; no por problemas teológicos,

sino metodológicos de nuestra Iglesia. Esperan encontrar respuestas a sus inquietudes. Buscan, no sin serios peligros, responder a algunas aspiraciones que quizás no han encontrado, como debería ser, en la Iglesia.” (DA 225)

La misión de la iglesia reviste ante estas situaciones la forma de “*Nueva Evangelización*” y es nueva porque se dirige a quienes ya fueron evangelizados y han perdido su fe, el sentido trascendental de sus vidas o sólo la pertenencia a la Iglesia.

“En las últimas décadas vemos con preocupación, por un lado, que numerosas personas pierden el sentido trascendental de sus vidas y abandonan las prácticas religiosas, y, por otro lado, que un número significativo de católicos está abandonando la Iglesia para pasarse a otros grupos religiosos” (DA 100 F).

No es fácil esta forma de misión. Hablarle a un joven del amor es algo que le interesa porque él se está abriendo a ese horizonte fantástico que lo llevará a unir su vida a otra persona amada. Pero hablarle del amor a un divorciado cuyas experiencias lo han llenado de pesimismo y tal vez de dolor y de rabia, es otra cosa, es tarea más difícil, más delicada, con menos posibilidades de dar fruto.

El fenómeno del indiferentismo religioso no nos es extraño y el trabajo de la cultura adveniente busca fomentarlo por todos los medios posibles, a la par que busca introducir una antropología que lo facilite:

“Se verifica a nivel masivo, una especie de nueva colonización cultural por la imposición de culturas artificiales, despreciando las culturas locales y tendiendo a imponer una cultura homogeneizada en todos los sectores. Esta cultura se caracteriza por la autorreferencia del individuo que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesitando se siente responsable. Se prefiere vivir día a día, sin programas a largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objetos de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo” (DA 46).

7. Misión como acción misionera Ad Gentes

Un tercer grupo de destinatarios está formado por personas, grupos o pueblos que no han sido nunca discípulos misioneros de Jesucristo o porque pertenecen a pueblos donde la evangelización no se ha realizado, o porque pertenecen a otras tradiciones religiosas o porque están bajo el influjo de estructuras totalmente contrarias al evangelio, o porque pertenecen a familias que habiendo dado la espalda a Cristo y a la Iglesia no pusieron en acto la transmisión de la fe a la siguiente generación que es la de estos destinatarios o porque individualmente nunca se han interesado por Cristo o ni siquiera han sido desafiados con su mensaje.

La misión de la Iglesia adquiere entonces un rostro diferente como es el de la misión más allá de las fronteras de la fe, *ad gentes*. Es la misión hacia la otra orilla, esa donde la fe no se vive, al menos de manera explícita, *“aquella en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor y la Iglesia no está todavía presente”* (DA 376).

Es la misión que exige el contacto humano inicial, el diálogo, el primer anuncio del evangelio y la construcción inicial de la comunidad cristiana. Es la misión que enciende por primera vez el fuego de la fe en una persona o en un pueblo.

8. Nuevos destinatarios de la misión Ad Gentes

Los destinatarios de esta modalidad de misión que solemos llamar *ad gentes*, se abre a nuevas dimensiones como lo anota Aparecida siguiendo las reflexiones de Benedicto XVI:

“El campo de la misión ad gentes se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas y jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones” (DA 375).

Las consideraciones geográficas se daban cuando se pensaba que la misión ad gentes era asunto de lejanas tierras a donde partían los

misioneros especializados. Las consideraciones jurídicas asignaban estas tierras así llamadas de misión a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, de manera tal que las áreas que no fuesen adscritas a estas Congregación, no se tomaban en cuenta como desafíos misioneros.

Aparecida y el Papa nos dicen que los pueblos no cristianos son verdaderos destinatarios de la misión, pero también los ámbitos socioculturales.

En primer lugar hay que citar a las innumerables estructuras, organizaciones, instituciones que están directamente contra los valores del Reino de Dios como la vida, la libertad, la dignidad del ser humano, etc. Se trata de estructuras de muerte, no de vida. Pensemos en los regímenes que pisotean los derechos humanos, promueven limpiezas étnicas, eliminan la libertad, etc. Pensemos en instituciones poderosas e internacionales como el narcotráfico, el contrabando de armas, la trata de seres humanos. Pensemos también en ideologías totalmente cerradas a la trascendencia como el materialismo, el subjetivismo, el relativismo y su dictadura. No son caminos de vida.

“Hoy se plantea elegir entre caminos que conducen a la vida o caminos que conducen a la muerte (cf. Dt 30, 15). Caminos de muerte son los que llevan a dilapidar los bienes recibidos de Dios a través de quienes nos precedieron en la fe. Son caminos que trazan una cultura sin Dios y sin sus mandamientos o incluso contra Dios, animada por los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero, la cual termina siendo una cultura contra el ser humano y contra el bien de los pueblos latinoamericanos. Caminos de vida verdadera y plena para todos, caminos de vida eterna, son aquellos abiertos por la fe que conducen a “la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural”³. Esa es la vida que Dios nos participa por su amor gratuito, porque “es el amor que da la vida”⁴ (DA 13).

456

³ DI 4

⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13 de mayo de 2007, Aparecida, Brasil.

En segundo lugar los nuevos areópagos que son realidades nuevas que, por lo general, trascienden las fronteras y que no son ni buenas ni malas sino lo que queramos, según si nos decidimos a llevarles el Evangelio como inspirador de fondo de las mismas, o no lo hacemos.

“Queremos felicitar e incentivar a tantos discípulos y misioneros de Jesucristo que, con su presencia ética coherente, siguen sembrando los valores evangélicos en los ambientes donde tradicionalmente se hace cultura y en los nuevos areópagos: el mundo de las comunicaciones, la construcción de la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, sobretodo de las minorías, la promoción de la mujer y de los niños, la ecología y la protección de la naturaleza. Y “el vastísimo areópago de la cultura, de la experimentación científica, de las relaciones internacionales”⁵. Evangelizar la cultura, lejos de abandonar la opción preferencial por los pobres y el compromiso con la realidad, nace del amor apasionado a Cristo, que acompaña al Pueblo de Dios en la misión de inculturar el Evangelio en la historia, ardiente e infatigable en su caridad samaritana.

Una tarea de gran importancia es la formación de pensadores y personas que estén en los niveles de decisión. Para eso, debemos emplear esfuerzo y creatividad en la evangelización de empresarios, políticos y formadores de opinión, el mundo del trabajo, dirigentes sindicales, cooperativos y comunitarios.

En la cultura actual, surgen nuevos campos misioneros y pastorales que se abren.

Uno de ellos es, sin duda, la pastoral del turismo⁶ y del entretenimiento, que tiene un campo inmenso de realización en los clubes, en los deportes, salas de cine, centros comerciales y otras opciones que a diario llaman la atención y piden ser evangelizadas.”
(DA 491-492-493)

⁵ RM 37

⁶ Cf. “Orientaciones para la Pastoral del Turismo”, *L'Osservatore Romano*, Ed. Italiana, Suppl. n. 157, 12 de julio de 2001.

En tercer lugar, y como campo principal de la misión ad gentes, nos dice el texto, son sobre todo los corazones. Y estos corazones pueden estar a tres metros de nosotros o mucho más lejos pero siempre esperando, como tierra buena, que sembremos en ellos la semilla de la Palabra de Dios para que a raíz del anuncio del Señor, el Espíritu y la libertad de respuesta, hagan que surja en ellos la fe y con ella un nuevo sentido de la existencia y un nuevo estilo de vida.

La acción misionera es una comunicación de corazón a corazón. El *Kerygma* no se comunica como una idea sino como una experiencia de vida que brota del corazón y es necesario orar para que el Espíritu Santo abra el corazón del destinatario, como abrió el corazón de Lidia (Hch 16,14) y reciba la Palabra del Señor testimoniada por el discípulo misionero.

9. Importancia de la misión Ad Gentes

La misión *ad gentes* ocupa especialmente algunos pocos números en el documento de Aparecida (373-379) aunque de manera indirecta es considerada en muchos otros.

*“Resalta la abnegada entrega de tantos misioneros y misioneras que, hasta el día de hoy, desarrollan una valiosa obra evangelizadora y de promoción humana en todos nuestros pueblos, con multiplicidad de obras y servicios. Se reconoce, asimismo, a numerosos sacerdotes, consagradas y consagrados, laicas y laicos que, desde nuestro continente, participan de la **misión ad gentes**”* (DA 99 d).

Esta brevedad podría engañarnos sobre la importancia de la misión ad gentes. Por eso, hay que enfatizar sin descanso la importancia de esta modalidad de la misión de la Iglesia que es esencial a su vida pero que muchas veces ha sido considerada como una aventura pasajera o un elemento de adorno.

458

La misión ad gentes es la misión por antonomasia, es la misión que Cristo puso en práctica en su diario vivir en medio de nosotros, es la misión fundante de la Iglesia, es la misión que asegura a través de los siglos, la supervivencia de la Iglesia. Sin misión ad gentes la Iglesia no

tiene futuro. La misión ad gentes hace que la Iglesia sea una realidad en continuo movimiento de amor más allá de todas las fronteras. La misión ad gentes es la sangre de la vida eclesial.

La Iglesia tiene de suyo una vulnerabilidad, una fragilidad y una dependencia que le son intrínsecas: La vulnerabilidad de la cruz, la fragilidad propia de los vasos de barro y la dependencia de las culturas siempre perecederas con las que interactúa necesariamente.

Estas tres inevitables debilidades hacen que la Iglesia no pueda sobrevivir con sus propias fuerzas. Es la misión ad gentes, la misión de Cristo como movimiento constante, urgido por el Espíritu, más allá de toda frontera, a cuyo servicio está y por la cual existe, que le permite vivir.

Por eso, la Iglesia no se identifica con ninguna civilización, con ninguna cultura, con ninguna época. Ninguna tierra es para ella su tierra sagrada. Nos lo recuerdan los primeros helenistas que dejaron a Jerusalén y se fueron a otras partes del mundo llevando de paso el influjo de Cristo a otras culturas y asegurando la universalidad de la Iglesia (Hch 11,20). En cualquier lugar donde la Iglesia esté, bien puede decir: "No tenemos aquí una ciudad permanente", pero también puede decir, a diferencia del islamismo, no tenemos una lengua permanente porque La Palabra divina es traducible en infinidad de lenguas.

En la historia de la Iglesia aparece que ninguna iglesia local o particular tiene asegurada su existencia. Aún las más famosas iglesias, como famosos fueron sus obispos, desaparecieron. De San Agustín y de su iglesia no queda ni rastro; de las famosas iglesias de Siria y sus santos monjes no queda ni rastro; de las iglesias de Tertuliano, Cipriano y otros padres famosos no queda ni rastro; de muchas iglesias de la Europa actual no queda ni rastro.

Cuando se derrumbó el imperio romano con el que la Iglesia estaba tan identificada, ésta no se acabó sencillamente porque gracias a la misión ad gentes ya había superado las fronteras que llevaban hacia los bárbaros. De no ser así, no hubiera quedado ni rastro de esa iglesia. En cambio, al haber cruzado las fronteras, se dio vida a un nuevo modelo de vida cristiana entre los celtas y los germánicos así como otro modelo entre los pueblos eslavos.

Los ejemplos anteriores, unidos a muchos otros, nos hacen ver que el proceso de la expansión del cristianismo no es progresivo, ni muchos menos infaliblemente triunfal, sino serial. Ha habido períodos de progreso pero también períodos de retroceso, períodos de crecimiento y períodos de decadencia. El islamismo puede vanagloriarse mucho más que el cristianismo por su expansión progresiva, por su aumento numérico constante y su crecimiento geográfico incluso a costa de la destrucción de las comunidades cristianas, llámense asiáticas, siríacas, norteafricanas u otras.

Pero ninguno de estos casos ha significado la desaparición de la fe cristiana o el final del testimonio cristiano. Al contrario. Lo que ha pasado es que el centro de irradiación se ha movido de un lugar para otro. La historia de la Iglesia nos muestra que cuando la fe se marchita en la tierra en que había florecido y adquirido importancia, ya ha empezado a florecer en las áreas supuestamente marginales y olvidadas gracias a ese continuo movimiento de amor, que no de conquista ni de negocios ni de turismo, llamado la misión ad gentes. Y los nuevos centros de vitalidad eclesial son movidos hacia un nuevo compromiso con la misión ad gentes dirigido más allá de sus fronteras.

Se acabó así la iglesia de la precristiandad pero llegó la iglesia de la cristiandad no adecuadamente identificada con occidente y cuyo fin se está anunciando para dar paso a la iglesia de la postcristiandad cuyo eje, se dice, está en la llamada y poco notada iglesia del tercer mundo, esperanza misionera del futuro. Cómo será el cristianismo del siglo XXI en su teología, en su culto, en sus efectos sociales, en su penetración en nuevas áreas, dependerá de lo que acontezca en África, en algunas partes de Asia y en América latina. Aparecida está contribuyendo a esta nueva forma. *“Para la Iglesia Católica, América Latina y El Caribe son de gran importancia, por su dinamismo eclesial, por su creatividad y porque el 43% de todos sus feligreses vive en ellas”* (DA 100 a).

460

Lo triste es que los grandes historiadores de la Iglesia que se saben de memoria todos los hechos grandes y pequeños que rodearon las herejías de los primeros siglos, poco saben de las iglesias de este tercer mundo de hoy que en Aparecida nos ha mostrado su vitalidad.

No está asegurada la supervivencia de ninguna Iglesia particular, sólo la de la Iglesia como tal y ello en la medida en que mantenga vivo

el movimiento continuo más allá de las fronteras, la misión ad gentes. Esta verdad escapa a más de un Obispo cuando se concentra en la particularidad de su diócesis y no hace lo posible por tener esa visión más amplia en el espacio y en el tiempo eclesial a dimensión universal, escenario del movimiento misionero. Su catolicidad debe ponerse de manifiesto y eso se lo pide Aparecida:

“Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia.” (DA 548)

Cuando digo misión *ad gentes*, hablo de movimiento misionero, no simplemente de misioneros que suelen ser vistos como profesionales de la misión con tareas de dedicación exclusiva. Ellos son importantes como quiera que hacen de detonador para que estalle el movimiento misionero, pero no son el movimiento como tal.

Al principio del siglo XX, África contaba con 8 millones de cristianos entre católicos y protestantes. Era una cifra insignificante que contaba poco a los ojos de los historiadores. Esa África cuenta hoy con 390 millones de cristianos de gran vitalidad. Es el fruto del movimiento misionero llevado adelante por misioneros profesionales, por catequistas voluntarios, por comunidades religiosas, por laicos comprometidos, por clero local, etc. Mientras que marchita un cierto cristianismo en Europa, florece esplendoroso en África que se constituye en un nuevo eje de vitalidad cristiana y dígame lo que se diga, ello ha sido posible, sencilla y llanamente, por la misión ad gentes.

América latina y el Caribe viven también un dinamismo semejante y hacen parte de ese nuevo eje de vitalidad cristiana actual. Han tenido sus altibajos y por eso la iglesia del continente quiere fortalecer la misión despertando la identidad misionera de cada latinoamericano y caribeño.

“La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias la-

inoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu.” (DA 11)

En síntesis, Aparecida ha entendido que la vida de la iglesia toda, incluida la del continente, sólo está asegurada en la medida en que prosiga su movimiento misionero por todo el mundo, ese movimiento que va propagando, de civilización en civilización, de cultura en cultura, de pueblo en pueblo y de corazón en corazón, el influjo de Cristo y el mismo vaya ofreciendo pruebas de su efectividad.

10. Las pruebas de la misión

Aparecida nos recuerda algunas de estas pruebas que son a la vez prueba de la acción misma del Espíritu: la prueba del Reino y sus valores, la prueba de la comunidad, es decir, del nacimiento de nuevas comunidades cristianas, la prueba del Evangelio vivido y testimoniado misioneramente por personas de fe:

“Como discípulos misioneros, queremos que el influjo de Cristo llegue hasta los confines de la tierra. Descubrimos la presencia del Espíritu Santo en tierras de misión mediante signos:

462

- a) *La presencia de los valores del Reino de Dios en las culturas, recreándolas desde dentro para transformar las situaciones antievangélicas.*
- b) *Los esfuerzos de hombres y mujeres que encuentran en sus creencias religiosas el impulso para su compromiso histórico.*
- c) *El nacimiento de la comunidad eclesial.*

- d) *El testimonio de personas y comunidades que anuncian a Jesucristo con la santidad de sus vidas” (DA 374).*

Estas pruebas corren paralelas a los objetivos de la misión *ad gentes* ofrecidos por el Concilio Vaticano II:

- La promoción de los valores del Reino de Dios,
- El primer anuncio del evangelio de Jesucristo
- La formación inicial de las comunidades cristianas.
- La animación misionera de los cristianos

11. Responsabilidad de los discípulos misioneros

Volvamos a los tres grupos de destinatarios. Estos tres grupos, que hemos llamados el de los discípulos misioneros, el de los exdiscípulos misioneros y el de los que nunca han sido discípulos misioneros, están estrechamente relacionados, para bien o para mal, para la vida o para la muerte.

La mayor responsabilidad la tiene el primer grupo, el de los discípulos misioneros. Su misión es doble pues se refiere a los otros dos grupos y tiene que ver, en ambos casos, con la transmisión de la fe.

Este grupo comprende tanto las personas como las instituciones. Aparecida se refiere a las unas y a las otras.

En relación con las personas, esto es, con los discípulos misioneros latinoamericanos y caribeños, se plantean dos frentes bien precisos:

En cuanto a los que han dejado la Iglesia, los discípulos misioneros deben repetir la actitud continua de Jesús que era la de buscar, la de moverse hasta encontrar la oveja perdida y la de estar atento al regreso de quien dejó la casa paterna.

En relación con los que aún no conocen a Cristo, los discípulos misioneros están llamados a anunciarles a Jesucristo por primera vez con su testimonio de vida, con su acción evangelizadora y con su acción transformadora sin miedo de ir más allá de todas las fronteras de fe o de cultura.

Aparecida manifiesta una profunda preocupación en el sentido que no está aconteciendo ni lo primero ni lo segundo, sea a nivel personal como a nivel institucional y ello por múltiples razones.

12. Desafíos a la animación y formación misionera

A nivel personal podemos hacer las siguientes constataciones que nos desafían:

- A. Hay muchos cristianos que no tienen ni idea de que por su bautismo y su confirmación han sido constituidos misioneros y que, por tanto, han recibido este doble encargo. *“Esta V Conferencia se propone “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo”⁷. (DA 10)*
- B. Hay muchos cristianos que han perdido la pasión por ser discípulos de Jesucristo, y por ende no tienen ninguna inquietud por ser sus misioneros. Por eso, ellos deben descubrir de nuevo la belleza del Señor y la alegría de ser sus discípulos:

“Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8). (DA 145)

“Benedicto XVI nos recuerda que: “el discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar

⁷ Ibid.

al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”⁸. Esta es la tarea esencial de la evangelización, que incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana.” (DA 146)

- C. Hay muchos cristianos que han perdido su sentido de pertenencia a la iglesia y sólo viven el encuentro con Cristo pero en forma privada, aislada, individualista. De esta manera, es imposible que puedan vivir la pasión misionera. Por ello, deben recuperar primero su sentido de comunión y su sentido de Iglesia para ponerse al servicio de la misión como quiera que no hay comunión sin misión.

“La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella “nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión”⁹. (DA 156)

“Constatamos que, en nuestra Iglesia, existen numerosos católicos que expresan su fe y su pertenencia de forma esporádica, especialmente a través de la piedad a Jesucristo, la Virgen y su devoción a los santos. Los invitamos a profundizar su fe y a participar más plenamente en la vida de la Iglesia, recordándoles que “en virtud del bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo”¹⁰.

- D. Hay muchos cristianos que quieren ser discípulos misioneros pero no han recibido un mínimo de formación misionera para realizar este cometido. Por ello, es necesario que se les ayude a trazar unas metas formativas misioneras y sean acompañados para

⁸ DI 3

⁹ DI 3

¹⁰ DI 3

lograrlas. Aparecida ha trazado algunos grandes ideales de misión que ayudan a forjarse metas más específicas, de esta manera:

“Los discípulos, quienes por esencia somos misioneros en virtud del Bautismo y la Confirmación, nos formamos con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo. Estamos dispuestos con la valentía que nos da el Espíritu, a anunciar a Cristo donde no es aceptado, con nuestra vida, con nuestra acción, con nuestra profesión de fe y con su Palabra. Los emigrantes son igualmente discípulos y misioneros y están llamados a ser una nueva semilla de evangelización, a ejemplo de tantos emigrantes y misioneros, que trajeron la fe cristiana a nuestra América” (DA 377).

Esa apertura a todas las culturas y a todas las verdades es ante todo un reconocimiento a la presencia del Espíritu actuante en todas las culturas, una realidad que también se ponía de manifiesto cuando el Vaticano II hablaba, siguiendo a los Padres de la Iglesia, de las semillas del Verbo presentes en las culturas.

Pero además, es un reconocer, siguiendo a Ambrosio y Tomás de Aquino, que toda verdad, cualquiera ella sea, venga de donde viniere, es fruto de la acción del Espíritu Santo.

- E. Hay muchos cristianos que ven a la Iglesia no como plataforma de acción misionera sino como puesto de distribución de servicios para ellos y no de ellos a los demás. Su preocupación por los demás casi no va más allá de su círculo familiar. Concentrados en su propia vida, pierden la oportunidad de vivir la misión como promoción de la vida ajena. Aparecida les ha dicho:

“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: “Quien aprecie su vida terrena, la perderá” (Jn 12, 25). Aquí descubrimos otra ley

profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión.” (DA 360)

- F Hay muchos cristianos que quisieran hacer una acción misionera pero no encuentran en la parroquia esa sensibilidad misionera que les sea de apoyo. Este tipo de cristianos nos está pidiendo una ayuda de parte de la iglesia para que puedan vivir su dimensión misionera. Pero si la iglesia ha perdido su fervor misionero, es poco lo que puede dar.

Es por ello que Aparecida ha mirado meticulosamente todas las dimensiones de la Iglesia para explicitar el poder misionero de cada una. Pasamos así de la consideración de la vida cristiana personal a la institucional.

13. La diócesis, su territorio y su misión

Ante todo hagamos una pregunta relacionada con la diócesis: ¿Por qué la diócesis se identifica con un territorio? El territorio de suyo no coincide con la porción ocupada por la comunidad cristiana. Aparecida nos da la respuesta:

“La Diócesis, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una “comunidad misionera”¹¹. Cada Diócesis necesita robustecer su conciencia misionera, saliendo al encuentro de quienes aún no creen en Cristo en el ámbito de su propio territorio y responder adecuadamente a los grandes problemas de la sociedad en la cual está inserta. Pero también, con espíritu materno, está llamada a salir en búsqueda de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas. (DA 168)

Porque la Diócesis coincide con el territorio debe preocuparse de la totalidad de quienes viven en ese territorio y eso la hace de suyo una comunidad misionera. En su propio territorio encuentra ya enormes

¹¹ Cf. ChL 32

desafíos misioneros. Tiene que robustecer su conciencia misionera para salir al encuentro de los que no creen en Cristo. Frente a ellos hay el gran desafío de llegar a través del contacto humano y el diálogo, al primer anuncio de Jesucristo. Luego están todos aquellos que creen en Cristo pero no son católicos. Este es el gran desafío del ecumenismo tan necesario para que la iglesia pueda cumplir con su misión. La misión es la mamá del ecumenismo. Este nació gracias a ella que necesitaba que todos fuesen uno para que el mundo creyese. Luego están los católicos que han dejado la iglesia o se han marginado de la misma. Son la oveja perdida -que a veces llega al número de 99- a la que hay que buscar sin esperar a que regrese por su cuenta. Finalmente, la diócesis debe mirar más allá de sus fronteras para enviar a los discípulos misioneros seleccionados a otros territorios e iglesias locales donde sea necesario ayudar a que nazcan o se fortalezcan otras iglesias locales.

14. La parroquia, su territorio y su misión

La misma pregunta que se dirigió a la Diócesis, se puede dirigir también a la parroquia: ¿Por qué la parroquia se identifica con un territorio? Aparecida lo explica:

“Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización de los hombres y mujeres en cada ambiente. El Espíritu Santo, que actúa en Jesucristo, es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad, porque su acción no se limita al ámbito individual, sino que abre siempre a las comunidades a la tarea misionera, así como ocurrió en Pentecostés” (cf. Hch 2, 1-13). (DA 171)

Al decir que todos son responsables de la evangelización en el propio ambiente, se está dando un golpe mortal al clericalismo, un golpe mortal al encerramiento de cada cristiano en su propio hogar y un golpe mortal a las estructuras parroquiales que generan exclusión a veces sin quererlo. Al mismo tiempo, se declara la parroquia como formidable plataforma de acción misionera para todos. Una acción que no se proyecta solamente de persona a persona sino que abarca una visión ambiental, estructural, así que busca, como parte de su misión, generar estructuras de vida a todos los niveles.

Es urgente que la parroquia modifique sus estructuras para que pueda ser de verdad una parroquia misionera:

“La V Conferencia General es una oportunidad para que todas nuestras parroquias se vuelvan misioneras. Es limitado el número de católicos que llegan a nuestra celebración dominical; es inmenso el número de los alejados, así como el de los que no conocen a Cristo. La renovación misionera de las parroquias se impone tanto en la evangelización de las grandes ciudades como del mundo rural de nuestro continente, que nos está exigiendo imaginación y creatividad para llegar a las multitudes que anhelan el Evangelio de Jesucristo. Particularmente, en el mundo urbano, se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales, puesto que muchas de ellas nacieron en otras épocas para responder a las necesidades del ámbito rural.” (DA 173)

Es bello que Aparecida insista tanto en la presencia actuante del Espíritu Santo en todos los miembros de la parroquia. Eso significa que la parroquia debe abrir espacios para que todos los carismas, ministerios y servicios puedan colocarse al servicio de la misión evangelizadora, sin excluir a ninguno.

Igualmente bella es la insistencia de Aparecida en que el discípulo se forme como misionero a partir de la acción del Espíritu que lo hace oyente de la Palabra de Dios. El discípulo escucha la Palabra y la asimila antes de anunciarla así que cuando la transmite lo hace desde el corazón como un testigo que anuncia su experiencia de Cristo a los demás.¹²

Es necesario evocar los nuevos areópagos y otras realidades de nuestra sociedad que muchas veces atraviesan las parroquias transversalmente como quiera que tienen un influjo más amplio. Hemos dicho que estas realidades nuevas no son ni buenas ni malas, para usar una expresión de Juan Pablo II, pero llegan a ser buenas en la medida en que sean compenetradas con los valores del Evangelio que sean para

¹² Sobre el discípulo que escucha la Palabra puede consultarse Guijarro, Santiago, Seguidores de Jesús y oyentes de la Palabra, en Varios, Kerigma, Discipulado y Misión, Ed. CELAM y Paulinas, Bogotá, 2007, p.60 y ss.

ellas luz y guía. En este punto, aparece como indispensable, y más aún, urgente, la acción misionera de los laicos. Por eso, Aparecida le da a la parroquia el gran encargo de formar a los laicos misioneros:

“Los mejores esfuerzos de las parroquias, en este inicio del tercer milenio, deben estar en la convocatoria y en la formación de laicos misioneros. Solamente a través de la multiplicación de ellos podremos llegar a responder a las exigencias misioneras del momento actual. También es importante recordar que el campo específico de la actividad evangelizadora laical es el complejo mundo del trabajo, la cultura, las ciencias y las artes, la política, los medios de comunicación y la economía, así como los ámbitos de la familia, la educación, la vida profesional, sobre todo en los contextos donde la Iglesia se hace presente solamente por ellos¹³.” (DA 174)

15. Comunidades de base y pequeñas comunidades ante la misión

Dejando para una consideración posterior la pastoral misionera requerida hoy, es oportuno hacer alusión a las comunidades eclesiales de base y a las pequeñas comunidades. Ellas son hoy más necesarias que nunca, cuando la nueva época de postcristiandad nos pide inspirarnos en una época de rasgos parecidos a la precristiandad cuando el conflicto fe y cultura era muy fuerte pero con la gracia de Dios, la calidad de la acción misionera y la inteligencia de los cristianos de esa época, se fue logrando poco a poco ese diálogo y comunión entre fe y cultura. Aparecida reconoce en muchas expresiones, un conflicto fe y cultura en nuestro tiempo por el cual cierto tipo de cultura busca reducir la fe a lo privado cuando no eliminarla del todo. Con razón relaciona las comunidades de base actuales a las comunidades de la iglesia naciente:

470

“Ellas recogen la experiencia de las primeras comunidades, como están descritas en los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 2, 42-47). Medellín reconoció en ellas una célula inicial de estructuración eclesial y foco de

¹³ LG 31.33; GS 43; AA 2

fe y evangelización¹⁴. Puebla constató que las pequeñas comunidades, sobretodo las comunidades eclesiales de base, permitieron al pueblo acceder a un conocimiento mayor de la Palabra de Dios, al compromiso social en nombre del Evangelio, al surgimiento de nuevos servicios laicales y a la educación de la fe de los adultos¹⁵, sin embargo, también constató “que no han faltado miembros de comunidad o comunidades enteras que, atraídas por instituciones puramente laicas o radicalizadas ideológicamente, fueron perdiendo el sentido eclesial”¹⁶. (DA 178)

Hoy mejor que ayer, las comunidades eclesiales de base pueden desplegar una actividad misionera como la reconocida por Aparecida:

“Las comunidades eclesiales de base, en el seguimiento misionero de Jesús, tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial. Despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres. Son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia. Manteniéndose en comunión con su obispo e insertándose al proyecto de pastoral diocesana, las CEBs se convierten en un signo de vitalidad en la Iglesia particular. Actuando así, juntamente con los grupos parroquiales, asociaciones y movimientos eclesiales, pueden contribuir a revitalizar las parroquias haciendo de las mismas una comunidad de comunidades. En su esfuerzo de corresponder a los desafíos de los tiempos actuales, las comunidades eclesiales de base cuidarán de no alterar el tesoro precioso de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia.” (DA 179)

16. Pastoral Misionera para el continente

Nos es necesario enfrentar aún dos preguntas inevitables: ¿Cuál pastoral misionera y con cuáles agentes, para una iglesia latinoamericana en estado de misión? ¿Por qué Aparecida pide una misión con-

¹⁴ Cf. Medellín 15

¹⁵ Cf. Puebla 629

¹⁶ Ibid 630

tinental y cómo se podría perfilar? Es necesario sondear a Aparecida para responder a estas dos preguntas.

17. Viraje misionero en la Pastoral

Ante todo, Aparecida es clara en la exigencia del viraje misionero que es necesario dar y que ni es puntual ni es parcial sino es algo que debe afectar positivamente a la totalidad de la pastoral:

“Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe.” (DA 365)

El motivo de este viraje completo no es simplemente estratégico con miras a una mayor eficiencia. Es mucho más profundo pues obedece sencillamente a una mayor fidelidad al evangelio:

“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que “el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial”¹⁷ (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera.” (DA 370)

Este viraje de una pastoral de conservación a una pastoral decididamente misionera, de una pastoral que espera a que los demás se acerquen a una pastoral que sale al encuentro, tiene sus características que hemos resumido en los ocho siguientes números.

¹⁷ Ibid. 12

18. Movimiento centrífugo sin fronteras en favor de la vida

La primera característica de la pastoral misionera se refiere al tipo de movimiento habitual. Se trata de pasar de un movimiento excesivamente centrípeto a un movimiento primordialmente centrífugo, proyectado hacia fuera, que sale al encuentro para que la comunión sea de verdad misionera.

Este salir o moverse hacia fuera tiene un objetivo primario y fundamental. En el discurso pastoral de Aparecida se pone de manifiesto con fuerza que cualquier organismo eclesial debe estar al servicio de la vida entendida esta en todo el arco de su realización, desde la vida cotidiana hasta la vida eterna, desde la vida del cuerpo a la vida espiritual. El motivo es uno y sólo uno: Jesucristo ha tenido para que tengamos vida y en abundancia y este programa al servicio de la vida lo desarrolló de manera precisa y clara cada día de su vida.

“Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida. Lo vemos cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10, 46-52), cuando dignifica a la samaritana (cf. Jn 4, 7-26), cuando sana a los enfermos (cf. Mt 11, 2-6), cuando alimenta al pueblo hambriento (cf. Mc 6, 30-44), cuando libera a los endemoniados (cf. Mc 5, 1-20). En su Reino de vida, Jesús incluye a todos: come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2, 16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11, 19); toca leprosos (cf. Lc 5, 13), deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7, 36-50) y, de noche, recibe a Nicodemo para invitarlo a nacer de nuevo (cf. Jn 3, 1-15). Igualmente, invita a sus discípulos a la reconciliación (cf. Mt 5, 24), al amor a los enemigos (cf. Mt 5, 44), a optar por los más pobres” (cf. Lc 14, 15-24). (DA 353)

Es obvio que cada uno de nosotros está llamado a vivir la vida en Cristo pues eso significa ser cristiano; una vida que transforma la propia existencia:

“La vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana “en su dimensión personal, familiar, social y cultural”¹⁸. Para ello, hace falta entrar en un proceso de cambio

¹⁸ DI 4

que transfigure los variados aspectos de la propia vida. Sólo así, se hará posible percibir que Jesucristo es nuestro salvador en todos los sentidos de la palabra. Sólo así, manifestaremos que la vida en Cristo sana, fortalece y humaniza. Porque “Él es el Viviente, que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta”¹⁹. (DA 356)

Pero no es ni problemático ni difícil asumir el servicio a la vida cuando se trata de la propia vida. Otra cosa es cuando olvidándonos de nosotros mismos, tenemos que servir a la vida de los demás, a la manera de Jesús:

“Pero, las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte” (1Jn 3, 14). Hay que subrayar “la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo”²⁰, que “invita a todos a suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes”²¹. Tanto la preocupación por desarrollar estructuras más justas como por transmitir los valores sociales del Evangelio, se sitúan en este contexto de servicio fraterno a la vida digna.” (DA 358)

Un movimiento centrífugo a favor de la vida es la realidad más universal que se puede dar, de allí que no tiene ni barreras ni fronteras. Por ello, el servicio a la vida es característica fundamental de una pastoral misionera.

¹⁹ Ibid.

²⁰ DCE 16

²¹ DI 4

19. Atención a las culturas

El otro aspecto propio de una pastoral misionera sea nacional, diocesana o parroquial es la atención a las culturas para favorecer el contacto fe y cultura de manera que la fe se exprese en la modalidad propia de la o las culturas y éstas sean camino de expresión de la fe.

“La V Conferencia en Aparecida mira positivamente y con verdadera empatía las distintas formas de cultura presentes en nuestro continente. La fe sólo es adecuadamente profesada, entendida y vivida, cuando penetra profundamente en el substrato cultural de un pueblo²². De este modo, aparece toda la importancia de la cultura para la evangelización. Pues la salvación aportada por Jesucristo debe ser luz y fuerza para todos los anhelos, las situaciones gozosas o sufridas, las cuestiones presentes en las culturas respectivas de los pueblos. El encuentro de la fe con las culturas las purifica, permite que desarrollen sus virtualidades, las enriquece. Pues todas ellas buscan en última instancia la verdad, que es Cristo” (Jn 14, 6). (DA 477)

La invitación a abrirse a las culturas, aún si se presentan con aspectos negativos, es una necesidad:

“Contrarrestar la cultura de muerte con la cultura cristiana de la solidaridad es un imperativo que nos toca a todos y que fue un objetivo constante de la enseñanza social de la Iglesia. Sin embargo, el anuncio del Evangelio no puede prescindir de la cultura actual. Ésta debe ser conocida, evaluada y en cierto sentido asumida por la Iglesia, con un lenguaje comprendido por nuestros contemporáneos. Solamente así la fe cristiana podrá aparecer como realidad pertinente y significativa de salvación.” (DA 480)

Hay que anotar que los grandes desafíos misioneros de hoy se lanzan desde la ciudad con toda la complejidad y pluralismo que la caracteriza. Por ese motivo, Aparecida hace un énfasis especial en la evangelización de la cultura urbana:

475

²² Cf. JUAN PABLO II, Discurso a los participantes al Congreso Mundial del Movimiento General de Acción Cultural, 16 de enero de 1982.

“La ciudad se ha convertido en el lugar propio de nuevas culturas que se están gestando e imponiendo con un nuevo lenguaje y una nueva simbología. Esta mentalidad urbana se extiende también al mismo mundo rural. En definitiva, la ciudad trata de armonizar la necesidad del desarrollo con el desarrollo de las necesidades, fracasando frecuentemente en este propósito.” (DA 510)

Después de analizar la complejidad de la ciudad, Aparecida invita a enfrentar los desafíos que nos lanza en el campo de la evangelización: *“La Iglesia en sus inicios se formó en las grandes ciudades de su tiempo y se sirvió de ellas para extenderse. Por eso, podemos realizar con alegría y valentía la evangelización de la ciudad actual.”* (DA 513)

Sin embargo, este llamado a la evangelización de la ciudad, no disminuye la urgencia de la atención evangelizadora a realidades tan importantes como el mundo de los pueblos originarios y afroamericanos.

“La Iglesia estará atenta ante los intentos de desarraigar la fe católica de las comunidades indígenas, con lo cual se las dejaría en situación de indefensión y confusión ante los embates de las ideologías y de algunos grupos alienantes, lo que atentaría contra el bien de las mismas comunidades.” (DA 531)

“Conocer los valores culturales, la historia y tradiciones de los afroamericanos, entrar en diálogo fraterno y respetuoso con ellos, es un paso importante en la misión evangelizadora de la Iglesia. Nos acompañe en ello el testimonio de San Pedro Claver.” (DA 532)

20. Modelo paradigmático

476

La alusión de Aparecida a la iglesia en sus inicios cuando se formó en las grandes ciudades, nos lleva directamente a considerar este modelo paradigmático. *“Encontramos el modelo paradigmático de esta renovación comunitaria en las primitivas comunidades cristianas (cf. Hcb 2, 42-47), que supieron ir buscando nuevas formas para evangelizar de acuerdo con las culturas y las circunstancias.”* (DA 369)

Que las primitivas comunidades cristianas sean asumidas como modelo paradigmático es introducir en la pastoral un elemento misionero de primer orden que hemos aprendido de la iglesia primitiva o de la precristiandad.

La iglesia primitiva es la de los primeros tiempos. Cuáles sean estos tiempos es algo que debemos definir y hay que decir que al respecto no hay unanimidad. Cuando David Bosch, siguiendo a Hans Kung, quiso referirse a ese período lo fijó entre el año 100 y el 600 dándole el nombre de Iglesia de oriente o iglesia griega.

En realidad ni era solo de oriente ni tampoco sólo griega. Había comunidades de lengua latina como la de Cipriano en Cartago, la de Tertuliano o la de Agustín. Además, con mucha facilidad se mezclaban las lenguas y las personas, pues había una gran movilidad, así que los cristianos no se identificaban ni por lengua ni por área geográfica sino sencillamente por ser cristianos en camino.

Este período que nos parece puede ir desde el tiempo postpasual hasta entrado el siglo quinto se puede llamar precristiandad y se distingue de la cristiandad no por un corte puntual, como pudiera ser el decreto de Constantino o la legislación introducida por el emperador Justiniano, sino por una modificación paulatina de los acentos.

Es oportuno comparar los acentos que se fueron dando y que distinguieron la cristiandad posterior de la precristiandad propia de la iglesia primitiva, modelo paradigmático a la que Aparecida nos invita a volver los ojos.

Hablo de acentos, no de dos etapas de la vida de la Iglesia contrapuestas, presentadas como en blanco y negro, como si de la primera no hubiese pasado nada a la segunda. Es ésta una visión propia de teologías no católicas que quieren identificarse con una primera época llena de luz y asignarle al catolicismo una segunda época llena de tinieblas.

Veamos las características de este modelo así como las razones por las cuales debemos inspirarnos en los mismos, según Aparecida.

A. *Perspectiva marginal*

En la precristiandad²³, los cristianos ocupaban los márgenes de la sociedad, no su centro. Ellos eran considerados seguidores de una religión ilícita, una superstición ilegal no acogida por la cultura y la sociedad dominante y que podía dar pie a las autoridades para perseguirlos o al menos desacreditarlos. Tertuliano nos cuenta que los cristianos eran castigados a veces simplemente para aplacar a los dioses. Un convertido era alguien que pasaba de ser ciudadano normal a miembro fanático de un grupo desviado de las normas de la más amplia sociedad.

El cristianismo socialmente era incluyente así que todo el que quería podía hacer parte del mismo de forma libre. Sin embargo, a quienes estaban en la cumbre de la sociedad –a los hombres de la aristocracia- poco les atraía el cristianismo porque obviamente tenían que despojarse de bienestar y de poder, como fue el caso de Cipriano.

Los cristianos eran excluidos de los centros del poder así que las comunidades desarrollaron formas descentralizadas de vida que tenían como sede las casas mismas. Allí se leía la palabra de Dios no desde arriba hacia abajo sino desde la periferia. Esta tendencia de ubicar a la Iglesia en una periferia escondida se vuelve a experimentar en nuestro tiempo:

“Sea un viejo laicismo exacerbado, sea un relativismo ético que se propone como fundamento de la democracia, animan a fuertes poderes que pretenden rechazar toda presencia y contribución de la Iglesia en la vida pública de las naciones, y la presionan para que se repliegue en los templos y sus servicios “religiosos”. (DA 504)

Por nuestra propia culpa o sin ella, hay que decir que hoy también hemos quedado en muchos campos en una situación marginal y poco a poco, como en los primeros tiempos, debemos ir influyendo

²³ Al respecto, puede consultarse: Kreide, Alan, Beyond Bosch: The Early Church and the Christendom Shift, en *Internacional Bulletin of Missionary Research*, Abril 2005, p.59 y ss.

nuevamente en los ámbitos especialmente culturales de que hemos sido excluidos. Las constataciones son diversas:

“Muchos católicos se encuentran desorientados frente a este cambio cultural” (DA 480)

“La realidad actual de nuestro continente pone de manifiesto que hay “una notable ausencia en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas”²⁴. (DA 502)

“Rescatar el papel del sacerdote como formador de opinión” (DA 497)

“En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes. Muchas veces, los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural. Los cambios culturales dificultan la transmisión de la Fe por parte de la familia y de la sociedad. Frente a ello, no se ve una presencia importante de la Iglesia en la generación de cultura, de modo especial en el mundo universitario y en los medios de comunicación social”. (DA 100 d)

Todos estos datos aportados por Aparecida son una muestra de ese sentido de marginalidad o de esa perspectiva de marginalidad que se vive hoy y que debe poco a poco superarse. Aparecida da una voz de aliento en este sentido: *“Queremos felicitar e incentivar a tantos discípulos y misioneros de Jesucristo que, con su presencia ética coherente, siguen sembrando los valores evangélicos en los ambientes donde tradicionalmente se hace cultura y en los nuevos areópagos”* (DA 491)

²⁴ DI 4

Pero el esfuerzo debe tocar directamente la pastoral misionera y Aparecida indica la manera:

“Es necesario comunicar los valores evangélicos de manera positiva y propositiva. Son muchos los que se dicen descontentos, no tanto con el contenido de la doctrina de la Iglesia, sino con la forma como ésta es presentada. Para eso, en la elaboración de nuestros planes pastorales queremos:

- a) Favorecer la formación de un laicado capaz de actuar como verdadero sujeto eclesial y competente interlocutor entre la Iglesia y la sociedad, y la sociedad y la Iglesia.
- b) Optimizar el uso de los medios de comunicación católicos, haciéndolos más actuantes y eficaces, sea para la comunicación de la fe, sea para el diálogo entre la Iglesia y la sociedad.
- c) Actuar con los artistas, deportistas, profesionales de la moda, periodistas, comunicadores y presentadores, así como con los productores de información en los medios de comunicación, con los intelectuales, profesores, líderes comunitarios y religiosos.
- d) Rescatar el papel del sacerdote como formador de opinión.” (DA 497)

B. Atracción

En la precristiandad los que no eran cristianos se sentían atraídos por la libertad, la justicia y la alegría contracultural de los cristianos. La atracción al cristianismo era consecuencia de la atracción que ejercían los cristianos. Pero esa atracción carecía de incentivos humanos e inclusive eclesiales. En cuanto a los primeros, podían enfrentar el ostracismo y agresión de los vecinos cuando no la muerte. En cuanto a los segundos, la Iglesia buscaba que no hubiese conversiones baratas por lo cual contaba con programas de formación catequística bastante largos que asegurasen la calidad de la conversión. Los sermones buscaban ayudar a los creyentes a vivir su vida cristiana de manera genuina. “Nosotros los cristianos no predicamos grandes cosas pero las vivimos” decía un apologista.

En la cristiandad, la atracción fue menor, la confianza en la gracia de Dios fue más débil así que se utilizaron también otras formas más

de imposición de la fe y de conquista de los no creyentes. La opción cristiana parecía obligatoria o la atracción en algunos se debía a que era la misma religión del emperador. La tentación de recurrir a métodos impositivos o manipuladores es también de nuestros tiempos como es también el repliegue en un encerramiento temeroso, todos aspectos rechazados en la precristiandad. De allí las advertencias de Aparecida: “*La Iglesia crece no por proselitismo sino ‘por ‘atracción’: como Cristo ‘atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor*”²⁵. *La Iglesia ‘atrae’ cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó* (cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34).” (DA 159)

Esta atracción debe tener unos frutos específicos no siempre aceptados serenamente por su ser anticulturales: “*esta misma fe deberá engendrar modelos culturales alternativos para la sociedad actual. Los cristianos, con los talentos que han recibido, talentos apropiados deberán ser creativos en sus campos de actuación: el mundo de la cultura, de la política, de la opinión pública, del arte y de la ciencia*”. (DA 480)

C. Sentido de peregrinación

Especialmente en los dos primeros siglos, los cristianos se describían a sí mismos como residentes peregrinos (paroikoi). Eran conscientes de estar en la casa pero también no totalmente en la casa. No se identificaban totalmente con la cultura pero sí la apreciaban y buscaban impregnarla de sentido cristiano. Este sentido cristiano que los llevaba a ser distintos y a no tener una ciudad permanente era vivido intensamente. La carta de Diogneto describía muy bien esta actitud: “Cada país extranjero es su patria y la patria de ellos es una tierra extranjera”²⁶. Para mantener esta identidad que los distinguía, los cristianos eran exigentes en su formación catequética prebautismal así que la fe podía encontrar la cultura e iluminarla con fidelidad al evangelio e igualmente la cultura podía iluminar la fe explicitando sus riquezas escondidas. ¿Qué tal que nos hubiésemos quedado sólo con

²⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13 de mayo de 2007, Aparecida, Brasil.

²⁶ Carta a Diogneto 5

la fe de la comunidad judeocristiana? Las otras culturas como la griega y la asiática, enriquecieron la fe.

En la vida de la iglesia han entrado en juego dos principios como son: El de indigenización y el de peregrinación. Por el primero, uno se siente en su casa. Por el segundo uno se siente en continua movilidad, en camino. En la precristiandad el acento más fuerte se colocaba sobre el principio de la peregrinación. En la cristiandad, el acento más fuerte se colocó sobre el principio de la indigenización lo que llevó a que los cristianos se sintieran muy en su casa generando ello un debilitamiento de su sentido contracultural y de su original contribución a la sociedad.

Aparecida, realizada en un contexto de peregrinación muy propia de la religiosidad popular, acentúa ese principio de peregrinación que nos pone en camino, nos abre a enfrentar las nuevas realidades culturales y a despojarnos de antiguos impedimentos:

“La Iglesia peregrina vive anticipadamente la belleza del amor, que se realizará al final de los tiempos en la perfecta comunión con Dios y los hombres²⁷. Su riqueza consiste en vivir ya en este tiempo la “comunión de los santos”, es decir, la comunión en los bienes divinos entre todos los miembros de la Iglesia, en particular entre los que peregrinan y los que ya gozan de la gloria²⁸.” (DA 160)

Este sentido de peregrinación llevó a las primeras comunidades a ponerse en movimiento misionero para una propagación maravillosa del influjo y seguimiento de Jesús. Fue un movimiento que no se quedó en Jerusalén como en su única casa. Se extendió a Siria y Mesopotamia, a Grecia y Asia Menor, al Mediterráneo occidental, a Alejandría y Egipto. Quería llenar todos los rincones con el anuncio de Jesús.

Este mismo sentido de peregrinación nos lleva a poner en acto toda una misión que llegue hasta los últimos rincones del continente latinoamericano y caribeño.

²⁷ Cf. Ibid

²⁸ Cf. LG 49

“Es el mismo Papa Benedicto XVI quien nos ha invitado a “una misión evangelizadora que convoque todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño” que es pueblo de Dios en América Latina y El Caribe: “sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que se prodigan, muchas veces con inmensas dificultades, para la difusión de la verdad evangélica”. Es un afán y anuncio misioneros que tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad. “En este esfuerzo evangelizador –prosigue el Santo Padre–, la comunidad eclesial se destaca por las iniciativas pastorales, al enviar, sobre todo entre las casas de las periferias urbanas y del interior, sus misioneros, laicos o religiosos, buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad”. Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral: “Pero si las personas encontradas están en una situación de pobreza –nos dice aún el Papa–, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad.” (DA 550)

“Como hacían las primeras comunidades cristianas”. Esta expresión de Benedicto XVI tomada por Aparecida, nos reafirma ese intuición de que las primeras comunidades sean para nosotros hoy un modelo paradigmático.

D. *Figura y culto de Jesús*

La iconografía de la precristiandad presentó a Jesús como el buen pastor, el sanador y el maestro. Estas imágenes concordaban con la enseñanza central de Jesús como dador de vida.

El culto, como se anotó, tenía como sede las casas, en reuniones pequeñas, sin rituales impresionantes y restringido a los cristianos. Su finalidad no era impresionar a las masas sino dar gloria a Dios y equipar a los cristianos, como personas y comunidades, para vivir su fe en forma atrayente.

En la cristiandad se dejó en la sombra la humanidad de Jesús para presentarlo como el pantócrator, vestido como un emperador. El culto pasó a una sede diferente como fue la de la gran asamblea en la basílica

que impresionase a las masas aunque no se dejase de dar culto a Dios. Hoy también gustamos de las grandes basílicas y de las ceremonias de amplia participación y solemnidad, pero Aparecida nos hace conscientes de las necesarias purificaciones de nuestra religiosidad popular para que vivamos según el estilo adecuado, el de Jesús.

“La fuerza de este anuncio de vida será fecunda si lo hacemos con el estilo adecuado, con las actitudes del Maestro, teniendo siempre a la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera. Invocamos al Espíritu Santo para poder dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo. Él sigue convocando, sigue invitando, sigue ofreciendo incesantemente una vida digna y plena para todos. Nosotros somos ahora, en América Latina y El Caribe, sus discípulos y discípulas, llamados a navegar mar adentro para una pesca abundante. Se trata de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza (parresía), a la misión de toda la Iglesia.” (DA 363)

E. Centralidad de la misión

En la precristiandad, la misión fue central en la vida de la iglesia. Acerca de esta centralidad, los primeros cristianos escribieron muy poco. En sus escritos poco aparece la palabra evangelizar y sin embargo la Iglesia crecía rápidamente porque los cristianos estaban muy atentos a los interrogantes e intereses de los que no eran cristianos, entraban en contacto con ellos y dialogaban con ellos acerca de su fe. Era algo que les brotaba naturalmente porque hacía parte de su esencia. En la cristiandad no será algo tan natural ser misionero así que el crecimiento se debía a otros factores, incluidas las leyes imperiales y la conversión de los jefes.

“Los discípulos, quienes por esencia somos misioneros en virtud del Bautismo y la Confirmación, nos formamos con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo. Estamos dispuestos con la valentía que nos da el Espíritu, a anunciar a Cristo donde no es aceptado, con nuestra vida, con nuestra acción, con nuestra profesión de fe y con su Palabra. Los emigrantes son igualmente

discípulos y misioneros y están llamados a ser una nueva semilla de evangelización, a ejemplo de tantos emigrantes y misioneros, que trajeron la fe cristiana a nuestra América.” (DA 377)

Estas breves anotaciones sobre el período de precristiandad, diverso del de cristiandad donde cultura e Iglesia se acomodaron una a otra acentuando el principio de indigenización, nos llevan a otros aspectos igualmente decisivos en la pastoral.

21. El kerygma o primer anuncio

Aparecida introduce dos elementos más, también fundamentales, para que se dé una pastoral misionera: el primero es el acento en el kerygma y el segundo es la totalidad.

No puede haber una pastoral misionera que no tenga en cuenta como punto de partida el kerygma.

Se llama también Primer Anuncio, ese anuncio que no está dirigido a la cabeza sino al corazón como quiera que no es un asunto de ideas sino de comunicación de experiencias de fe, de corazón a corazón en un contexto emotivo y a veces altamente afectivo como cuando acontece en el hogar.

“Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8).” (DA 145)

“Benedicto XVI nos recuerda que: “el discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4, 12).” (DA 146)

La experiencia de fe que se anuncia o sea el contenido del Kerygma nos lo ha ofrecido el Evangelio y las cartas de Pablo cuando él recuerda lo que recibió y se puede sintetizar en ese testimonio gozoso de Jesucristo como signo del amor del Padre, Salvador, Señor y Santificador por medio del Espíritu enviado como Maestro interior, para que en el destinatario surja la vida de la fe y la vida en comunidad.

*“El anuncio del **kerygma** invita a tomar conciencia de ese amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado. Esto es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor 15, 10).” (DA 348)*

Este anuncio vivido y proclamado llega a los otros como Buena Noticia, una noticia de vida y de comienzo de la fe como encuentro con Cristo.

“El acontecimiento de Cristo es, por lo tanto, el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”²⁹. Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús (cf. Jn. 1, 35-39).” (DA 243)

“La naturaleza misma del cristianismo consiste, por lo tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones.” (DA 244).

²⁹ Ibid. 1

22. Diálogo y anuncio

Cuando se trata de testimoniar y ofrecer el kerygma a quienes viven otra experiencia religiosa, este anuncio puede, y casi siempre debe, estar preparado por esos pasos ya anotados del contacto humano y del diálogo interreligioso. Diálogo y anuncio se interrelacionan estrechamente.

“El diálogo interreligioso es un encuentro de personas de diferentes religiones en una atmósfera de libertad y de apertura, para escuchar al otro, para entender la religión de esa personas, para buscar posibilidades de cooperación, con la esperanza de que haya en la otra persona reciprocidad” (Card. Arinze).

“El diálogo interreligioso, en especial con las religiones mono-teístas, se fundamenta justamente en la misión que Cristo nos confió, solicitando la sabia articulación entre el anuncio y el diálogo como elementos constitutivos de la evangelización³⁰. Con tal actitud, la Iglesia, “Sacramento universal de salvación”³¹, refleja la luz de Cristo que “ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9). La presencia de la Iglesia entre las religiones no cristianas está hecha de empeño, discernimiento y testimonio, apoyados en la fe, esperanza y caridad teologales³².” (DA 237)

Aún cuando el subjetivismo y la identidad poco definida de ciertas propuestas dificulten los contactos, eso no nos permite abandonar el compromiso y la gracia del diálogo³³. En lugar de desistir, hay que invertir en el conocimiento de las religiones, en el discernimiento teológico-pastoral y en la formación de agentes competentes para el diálogo interreligioso, atendiendo a las diferentes visiones religiosas presentes en las culturas de nuestro continente. El diálogo interreligioso no significa que se deje de anunciar la Buena Nueva de Jesucristo a los pueblos no cristianos, con mansedumbre y respeto por sus convicciones religiosas. (DA 238)

³⁰ Cf. NMI 55

³¹ LG 1

³² Cf. Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Diálogo y anuncio*, 1991, n. 40.

³³ *Ibid.* 89

Esa sabia articulación entre diálogo y anuncio puede explicarse un poco más mediante algunas preguntas precisas y sus breves respuestas:

¿Es el diálogo un simple medio para el anuncio? No. ¿Es el diálogo una forma de evangelización en sí mismo? Sí. ¿Entonces, puede estar sólo sin el anuncio? Sí. ¿Así que puede del todo prescindir del anuncio? No. ¿Es libremente intercambiable con el anuncio? No. ¿Exige el diálogo dejar en la sombra las propias convicciones religiosas? No. ¿Hay diversas formas de diálogo? Sí, esta el diálogo de la vida diaria, el diálogo de la acción con miras a la cooperación, el diálogo teológico entre expertos y el diálogo espiritual o de las experiencias religiosas como el que tenía lugar entre Chiara Lubich católica y Nikkyo Niwano, budista.

23. Totalidad

La totalidad es un aspecto muy práctico acentuado por Aparecida para que el evangelio llegue a todos sin excluir a nadie y para que todos se sientan de verdad participantes en la iglesia, así que ninguno se considere un anónimo en la misma, una especie de cero a la izquierda. Esa totalidad exige sectorización y fomento de las pequeñas comunidades.

“Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias, es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio. Es recomendable que los agentes misioneros promuevan la creación de comunidades de familias que fomenten la puesta en común de su fe cristiana y las respuestas a los problemas.” (DA 372)

24. Evangelización y promoción humana

Otro elemento indispensable de una pastoral misionera es la unión de evangelización y de promoción humana. Son como los dos rieles por los que avanza la misión al servicio de la vida que hace opciones preferenciales por los más necesitados:

“Asumiendo con nueva fuerza esta opción por los pobres, ponemos de manifiesto que todo proceso evangelizador implica la promoción humana y la auténtica liberación “sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad”³⁴. Entendemos, además, que la verdadera promoción humana no puede reducirse a aspectos particulares: “Debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre”³⁵, desde la vida nueva en Cristo que transforma a la persona de tal manera que “la hace sujeto de su propio desarrollo”³⁶. Para la Iglesia, el servicio de la caridad, igual que el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos, “es expresión irrenunciable de la propia esencia”³⁷. (DA 399)

Benedicto XVI resumía estas exigencias en su discurso inaugural de Aparecida de esta manera: “La evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana” (DI 3)

Aparecida ha introducido un pensamiento muy insistente en la encíclica “Dios es amor” de Benedicto XVI que coloca al mismo nivel tres realidades eclesiales como son el Credo, el Culto y la Caridad. Al mismo tiempo, el Papa insiste en la dimensión universal de la caridad, que sea sin fronteras, que llegue a todos indistintamente:

“La caritas –ágape supera los confines de la iglesia; la parábola del buen samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado “casualmente” (cfr. Lc 10,31) quienquiera que sea.” (DCE, 25)

La calidad de este amor dirigido hacia todos, aún el más extraño, es posible cuando consideramos que ya no hay judío ni griego, hombre ni mujer, sino que todo ser humano es mi hermano y en él veo la presencia de Cristo, tema de fe tan querido por Teresa de Calcuta y vivido con tanta intensidad.

³⁴ DI 3
³⁵ GS 76
³⁶ PP 15
³⁷ DCE 25

25. El Espíritu Santo y la Misión

Último de los elementos fundamentales en una pastoral misionera, pero el primero en todo sentido, es el Espíritu Santo, su presencia y su acción en la Iglesia y fuera de ella.

La Iglesia puede definirse criatura del Espíritu mas que templo del Espíritu. Lo segundo daría a entender que la iglesia ya está hecha y que sólo requiriese que venga a habitar el Espíritu en ella. La primera, en cambio, hace notar que el Espíritu le va dando forma cada día, obviamente la forma del cuerpo de Cristo. Por este motivo, es muy interesante poner de manifiesto los empujones del Espíritu, que Aparecida llama más elegantemente irrupciones, y son dos: Uno hacia arriba y el otro hacia fuera.

El empujón hacia arriba es hacia la santidad. El Espíritu mueve a la Iglesia toda y a cada cristiano hacia la santidad, prerequisite indispensable para toda misión como lo anotaba Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio*: “La santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la iglesia. La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión” (N. 90). Es la vida misma de Jesús que así nos lo deja saber:

“Jesús, al comienzo de su vida pública, después de su bautismo, fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para prepararse a su misión (cf. Mc 1, 12-13) y, con la oración y el ayuno, discernió la voluntad del Padre y venció las tentaciones de seguir otros caminos. Ese mismo Espíritu acompañó a Jesús durante toda su vida (cf. Hch 10, 38). Una vez resucitado, comunicó su Espíritu vivificador a los suyos” (cf. Hch 2, 33). (DA 149)

El empujón hacia fuera, hacia la misión, aparece en forma dramática³⁸ en diversas ocasiones empezando por Pentecostés, continuando

³⁸ Dupont no sólo habla de empujón sino que añade los términos “con irresistible violencia”.

con Felipe (Hc 8,29) y con Pablo (Hch 20,22)³⁹ y siguiendo siempre en la historia de la Iglesia hasta Aparecida:

“A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas (cf. 1Cor 12, 1-11) y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (cf. 1Cor 12, 28-29). Por estos dones del Espíritu, la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos (cf. 1Cor 1, 6-7). El Espíritu en la Iglesia forja misioneros decididos y valientes como Pedro (cf. Hch 4, 13) y Pablo (cf. Hch 13, 9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (cf. Hch 13, 2).” (DA 150)

Aparecida no puede entrar a hacer una lista de todos esos misioneros decididos y valientes de los cuales puede enorgullecerse la acción misionera de la Iglesia, pero la historia de esta acción misionera lo ha puesto de manifiesto abundantemente en las diversas épocas y Aparecida lo reconoce en forma muy bella:

“Nuestras comunidades llevan el sello de los apóstoles y, además, reconocen el testimonio cristiano de tantos hombres y mujeres que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires. Su ejemplo de vida y santidad constituye un regalo precioso para el camino creyente de los latinoamericanos y, a la vez, un estímulo para imitar sus virtudes en las nuevas expresiones culturales de la historia. Con la pasión de su amor a Jesucristo, han sido miembros activos y

³⁹ “El Espíritu del que se habla es aquél al que los Hechos atribuyen una función determinante en el dar a los hechos un giro antes que otro: es el que empuja a Felipe para que alcance el coche del eunuco etíope (Hch 8,29), es el que le ordena a Pedro que vaya con los invitados del centurión de Cesarea (10,19;11,12), es el que le prohíbe a Pablo que vaya a Éfeso (16,6) y es este mismo Espíritu de Jesús que no le permite entrar a Bitinia (16,7) porque quiere que primero vaya a Macedonia” (Ver, Dupont, Jacques, *Il Testamento Spirituale di San Paolo*, Ed. Paoline, Roma, 1980, p. 148-149. Pablo no es libre, no se pertenece más, pertenece a Cristo, se siente encadenado por el Espíritu quien lo empuja en determinadas direcciones. No puede no ir a Jerusalén aún sabiendo todo lo que le espera. Pero él se ha puesto en total servicio de Cristo y en docilidad absoluta al Espíritu. Con razón se puede definir como un encadenado por Cristo (Ef 3,1 2Tm 1,8).

misioneros en su comunidad eclesial. Con valentía, han perseverado en la promoción de los derechos de las personas, fueron agudos en el discernimiento crítico de la realidad a la luz de la enseñanza social de la Iglesia y creíbles por el testimonio coherente de sus vidas. Los cristianos de hoy recogemos su herencia y nos sentimos llamados a continuar con renovado ardor apostólico y misionero el estilo evangélico de vida que nos han transmitido.” (DA 275)

El llamado a continuar el estilo evangélico de nuestros santos apóstoles y misioneros no se limita a unos pocos sino es general. Desde los niños hasta los adultos, desde los obispos hasta el último de los fieles, todos están llamados a convertirse en discípulos y misioneros de Jesucristo, empujados por el Espíritu, porque nadie puede excluirse de vivir su identidad en plenitud.

“La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta.” (DA 366)

Uno de los signos de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia son precisamente esos movimientos que luchan a favor del reconocimiento de todos los ministerios que responden a las exigencias de la misión.

Aparecida, iluminada por el Espíritu Santo, insistirá en todas y cada una de las categorías de agentes para que sean discípulos y misioneros de verdad como lo pide la misión de Cristo que la Iglesia continúa en la historia. Me limito, a manera de ejemplo, al llamado que hace a los párrocos:

“La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. La primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Pero, al mismo tiempo, debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración.” (DA 201)

El párroco en su parroquia como el Obispo en la diócesis deben ser los primeros animadores misioneros, esos que generan procesos pedagógicos y pastorales, espirituales y teológicos, para que el pueblo de Dios crezca en su conciencia misionera.

26. ¿Cuál misión continental según Aparecida?

Ante todo hay que decir que una misión continental es en primer lugar el esfuerzo por colocar toda nuestra pastoral del continente en estado permanente de misión, según los contenidos y procesos que Aparecida nos ha ofrecido y que he buscado de presentar en las páginas anteriores. Sin este estado permanente de Misión, todo otro esfuerzo de misión continental sería como construir sobre la arena y no sobre la roca firme.

“Este despertar misionero, en forma de una Misión Continental, cuyas líneas fundamentales han sido examinadas por nuestra Conferencia... buscará poner a la Iglesia en estado permanente de misión. Llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas.” (DA 551)

La misión continental como evento más particular, como bien se anotó en Aparecida, debe hacerse principalmente a nivel diocesano, sin descuidar las orientaciones nacionales, así que cada iglesia local diseñe la manera de realizar su misión sobre ese esfuerzo de colocar toda su diócesis en estado de misión.

Sin embargo, una misión no puede llamarse continental si no hay algunos elementos compartidos por todas las iglesias del continente. Ya el esfuerzo común por colocarse en estado de misión es un aspecto común, pero es necesario determinar otros aspectos más específicos que orienten en términos muy generales la misión diocesana.

Quisiera sugerir, a manera de conclusión de esta presentación sobre la misión en Aparecida, cuatro pasos (cuatro Aes) recogiendo los elementos ya anotados.

- **Aceptación** (*Aquí estoy, Señor, mándame a mí* Is 6,8)

El emprender una misión no solo continental sino diocesana o nacional requiere una interpelación a los cristianos para que ellos se pronuncien frente a tres puntos muy precisos: a) Aceptación del llamado de Cristo a vivir la misión; b) aceptación del movimiento del Espíritu que a la misión los empuja; c) aceptación de la invitación que la Iglesia explícitamente les formula.

Se trata entonces de generar un movimiento de animación misionera de los cristianos católicos todos a partir de la reflexión y la decisión de aceptar o no esta invitación a la misión. Esta animación misionera puede comprender enormes campañas a través de los medios de comunicación como comunicaciones muy personales a católicos muy comprometidos.

La invitación en síntesis es a entrar en un nuevo Pentecostés en el que el Espíritu los sacará a todos de su encerramiento espiritual para ir hacia los demás, especialmente los alejados de la iglesia, los que se han enfriado en la fe o los que nunca han sido cristianos.

- **Acercamiento** (*Hoy quiero entrar en tu casa. Lc 19,5*)

Una vez aceptada la invitación y asumida con entusiasmo misionero, hay que pasar a poner en práctica otros tres elementos ya anotados en este artículo:

- A. Contacto humano con las personas que en el propio contexto se identifiquen como punto de llegada de la misión.
- B. Diálogo con estas personas en alguna de sus diversas formas: diálogo de la vida, diálogo de las experiencias religiosas, etc.
- C. Testimonio que está implícito en los dos anteriores pero que es necesario especificarlo porque se trata de generar atracción desde la propia fe y no de actuar una conquista o una manipulación.

494

- **Anuncio** (*Yo soy el camino, la verdad y la vida. Jn 14,6*)

Los dos pasos anteriores han creado la buena tierra sea en el misionero como en el destinatario. Ahora se trata de pasar a la evangelización explícita empezando por el kérigma o anuncio de tres

realidades centrales: A. Anuncio de la persona de Jesús. B. Anuncio de su enseñanza evangélica. C. Anuncio de la iglesia.

Este triple anuncio es fundamental porque puede llevar a quien se ha alejado a mirar con una mirada nueva, sin dejarse influir sólo por los prejuicios o las experiencias negativas que tal vez lo alejaron, a Cristo y a la Iglesia.

- **Acogida** (*Vamos a celebrar esto con un banquete. Lc15,23*)

La misión se realiza con fe en la fuerza del Señor y de su Espíritu. Por ello, hay que dar este otro paso que es el de acogida de aquellos que, a raíz de la misión, de forma inmediata o postergada, se deciden a volver a Cristo y a la iglesia.

Ante esa decisión, hay que responder con una voluntad de acogida sincera y entusiasta y ello en tres aspectos: A. Acogida en la comunidad de fe que ofrece un sentido nuevo de vida a quien regresa a ser discípulo de Jesucristo en forma consciente y decidida. B. Acogida en la comunidad de amor que debe ser cada grupo, parroquia o iglesia particular y que sabe crear un clima de aceptación, familiaridad y fraternidad espiritual donde quien regresa se siente amado. C. Acogida en la comunidad de trabajo apostólico porque quien regresa desea sentirse útil como discípulo misionero, capaz de aportar a la iglesia y está dispuesto a utilizar su iglesia como plataforma de acción apostólica beneficiosa para sí y para los demás.

Concluyo con las anotaciones llenas de fervor evangelizador con que Aparecida se refiere a la misión continental sea con las palabras del Papa como con las de la misma asamblea:

“Es el mismo Papa Benedicto XVI quien nos ha invitado a “una misión evangelizadora que convoque todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño” que es pueblo de Dios en América Latina y El Caribe: “sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que se prodigan, muchas veces con inmensas dificultades, para la difusión de la verdad evangélica”. Es un afán y anuncio misioneros que tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad. “En este esfuerzo evangelizador -prosigue el Santo Padre-, la comunidad eclesial se destaca por las iniciativas pastorales, al enviar, sobre todo entre las

casas de las periferias urbanas y del interior, sus misioneros, laicos o religiosos, buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad”. Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral.” (DA 550)

Esta convocación del Santo Padre como de Aparecida nos coloca frente a una conversión apostólica, espiritual y misionera:

“Recobremos, pues, “el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”⁴⁰. Recobremos el valor y la audacia apostólicos.” (DA 552)

Y queda como primera invitada a la misión continental la Virgen María a quien le decimos con las palabras de un popular canto: Ven con nosotros a caminar, Santa María, ven:

“Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la anunciación y encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel, para que, peregrinos en el camino, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros conforme a su promesa.” (DA 553)

⁴⁰ EN 80.